UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993541 2

TEATRO

TOMO SEXTO

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO SEXTO

Amor de amar. — ¡Libertad!

El tren de los maridos.

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29
1904

108328
13/3/11

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AMOR DE AMAR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid,
el 24 de Febrero de 1902.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA MARQUESA ROSALINDA.	Sra. Pino.
LA MARQUESA CELIA.	Srta. Catalá.
RISELA.	» Bremón.
EL MARQUÉS OCTAVIO.	Sr. Morano.
EL CAPITÁN RODRIGO.	» Tallaví.
LAURO.	» López Alonso.
MEDORO.	» Castro.
PEDRO.	» Belda.

La acción en Francia.—Siglo XVIII.

AMOR DE AMAR

ACTO PRIMERO

Sala en una casa de campo. Una estatua del Amor

ESCENA PRIMERA

RISELA y PEDRO

PEDRO

Perdonad, graciosa Risela, si mis palabras os han ofendido; por nada del mundo quisiera yo disgustar á la camarista preferida de mi señora.

RISELA

¿Ofenderme? No. Vuestras palabras muestran que sois un rústico sin crianza. ¡Suponer que la Marquesa solo acude á pasar unos días á esta casa de campo cuando quiere deshacerse de un amante!

PEDRO

Yo digo... lo que dicen.

RISELA

¡Lo que dicen! ¿Quién lo dice? La gente del pueblo. Es graciosa la pretensión de estos campesinos. ¡Supo-

ner que en París las costumbres son depravadas, y que solo en el campo existe la virtud! Pues yo sé, por lo que he observado, que, como suele decirse, en el aldehuela más mal hay del que suena; que son pocas las aldeanas sencillas que dejan pasar, entre boda y bautizo, el tiempo necesario para que la gente no murmure; que hay en el pueblo maridos tan bienaventurados como los de París, y que hasta el señor cura tiene la casa parroquial con más angelitos que retablo de la Ascensión. Conque dejáos de malicias á lo villano y piense mejor de su señora y también de su doncella... para servirle.

PEDRO

¿Pero no es cierto que la Marquesa vuelve á casarse y que son muchos los enamorados que la pretenden?

RISELA

¡Habladurías! En vida de su esposo pasaban de veinte sus adoradores, y no hubo día que no saliera yo por diez escudos; pero la muerte del Marqués los ahuyentó como por encanto, y hoy no tengo más gajes que mi salario y algunos regalos que agradezco á la generosidad de mi señora. El motivo, si queréis saberlo, de que la Marquesa haya decidido pasar esta primavera en el campo, no es otro que el hallar descanso después de su luto, un luto riguroso que ha dejado fama en París. La vuelta á la vida agitada de la corte ha quebrantado su salud. Vió, con alarma, que sus mejillas perdían color, brillantez su mirada. Consultó con su médico, que la recetó una temporada de reposo en el campo... y... Oigo ladrar al perro en el jardín. Ved quién ha llegado.

PEDRO

Es que andará por allí el negrito, y los perros le la-

dran en cuanto le ven. ¡También es gusto de la señora hacerse servir por semejante carátula!

RISELA

No hay dama de calidad en París que no tenga á su servicio un negro, desde que madame du Barry se acompaña en todas partes de su Medoro. Pero no es el morito el que anda por el jardín.

PEDRO

Es el señor Lauro, nuestro vecino.

RISELA

¡Ah! El filósofo. Vendrá á ofrecer sus respetos á la Marquesa. Hacedle pasar. Yo avisaré á mi señora. *(Sale Risela.)*

ESCENA II

PEDRO, LAURO y después RISELA

PEDRO

Pasad, señor Lauro.

LAURO

Que no se turbe su reposo. Decid que mi deseo es solamente informarme de su salud, y que volveré en ocasión más oportuna á ofrecer mis respetos.

PEDRO

Mi señora está levantada desde muy temprano; tendrá mucho gusto en veros. En fin, aquí llega su doncella, que podrá deciros mejor que yo...

RISELA

Señor Lauro, para serviros. Mi señora os suplica que aguardéis un instante.

LAURO

¡Si yo no pretendía verla!... Apenas ha llegado de París, y bien sé que no es ocasión para una visita. Le diréis de mi parte que yo volveré más despacio...

RISELA

Será un disgusto para mi señora. Ya está consentida en veros.

LAURO

Si es así...

RISELA

Toda la mañana pasea por el jardín y por la huerta; se entretuvo en el palomar. Figuráos que ayer se nos murió la hembra del mejor palomo, y hoy le han traído otra lo más parecida posible á su compañera. Mi señora quería ver cómo la recibiría.

LAURO

¿Y qué tal?

RISELA

Pues la emprendió á picotazos con ella y con todas las hembras del palomar; ¡y exhala unos arrullos tan quejumbrosos!... ¡No harían otro tanto muchas personas!

LAURO

De seguro. El hombre tiene mucho que aprender de los animales.

RISELA

Mi señora está conmovida, y desde hoy ese palomo

será otro de sus animales favoritos. Tendremos un cuidado más, como si fuera poco la cacatúa y el mico.

LAURO

¿La Marquesa es amante de los animales? ¡Es natural! Su corazón, desengañado de los afectos humanos, como el mío, no puede prescindir de amar, y, por distinta senda, los dos buscamos expansión á este desbordamiento de nuestro espíritu. Pero ella, ¡al fin mujer!, desciende en la escala de los seres, necesita de la animalidad viviente para mantener el fervor de su corazón amante; yo, en cambio, asciendo cada día más á lo inmaterial, á lo inefable, y espero llegar muy pronto á no saber de mí, á perderme á mí mismo, confundido en el todo. ¿Qué hubiera sido de mí sin la filosofía?

RISELA

¿De vuestra mujer no habéis vuelto á tener noticias?

LAURO

¡Calla, calla! No la nombres, no la recuerdes, porque desciendo de golpe al grado ínfimo de la animalidad.

RISELA

¡También fué partida! ¡A los seis meses de matrimonio escaparse con otro!

LAURO

No fué con otro. Fué con el de siempre.

RISELA

¿Y se había casado enamorada de vos?

LAURO

Sin duda. Yo estoy bien acomodado, pero ella era más rica que yo; soy joven, pero no soy apuesto, y siempre fuí descuidado en el vestir; entonces tampoco había yo cultivado mi inteligencia, no sabía lo que sé ahora, no había nada en mí que pudiera hacer interesada su elección. Tú, que eres mujer, podrás explicarme: si no había en mí ningún mérito, ¿porqué se casó conmigo si no fué por amor?

RISELA

Es verdad. ¿No tenéis el remordimiento de no haber correspondido á las ilusiones que toda mujer aporta al matrimonio?

LAURO

Ninguno. Dime ahora si yo puedo volver á amar en mi vida, si queda para mí otro refugio que el estudio y la filosofía.

RISELA

¿Filosofía? ¡No me digáis! Filosofía la de monsieur du Barry, el marido de la favorita, que hoy es el verdadero rey de Francia. ¿Sabéis el título de la última ópera que se representó en su palacio?...

LAURO

Lo sé. *El cuerno de la abundancia.*

RISELA

Y un chusco dijo que hubiera estado mejor al contrario. La abundancia de...

LAURO

Cierto.

RISELA

París se desquita con burlas de sus tiranos.

LAURO

¡Pobres de los tiranos el día que en París se agote el ingenio!

ESCENA III

Dichos, ROSALINDA y MEDORO, que trae un palomo.

ROSALINDA

Amigo Lauro,...

LAURO

Marquesa...

ROSALINDA

Vengo encantada. No hay duda: es preciso acercarse á la Naturaleza para hallar la verdad en los sentimientos. ¡Qué raro ejemplo de fidelidad! Ved un palomo, un viudo inconsolable. Corre, Medoro, ponle una cinta negra al cuello y suéltale en el jardín, que llore allí á sus anchas. ¿No sabéis?... El mismo finge el arrullo de su compañera y él solo se pregunta y se contesta amores. ¡Qué noble animal! Me ha conmovido. Cuida de que nada le falte; encierra al mono en la jaula, no vaya á hacerle daño, y á la cacatúa átale corto la cadena; ya sabes lo envidiosos que son esos bichos. ¡Parecen personas!

MEDORO

¡Pobre tití! Ya sabéis cómo rabia cuando le encierran. Luego me araña.

ROSALINDA

Pues cuida no haga daño al palomo.

RISELA

Obedece, Medoro. Hoy priva el viudo inconsolable. Mañana... el viento dirá.

MEDORO

¡Ay, me ha picado! (*Salen Risela y Medoro.*)

ESCENA IV

ROSALINDA y LAURO

ROSALINDA

¡Qué fidelidad! Solo conozco otra semejante: la vuestra, y al fin no es tan meritoria.

LAURO

En mí no es fidelidad, es escarmiento: el del gato escaldado.

ROSALINDA

Pero, en fin, otro hubiera buscado el olvido en amores fáciles. Sé de muchos que, en vuestro caso, han pretendido después vengarse con otros maridos, como si el mal de muchos disminuyera en algo el propio. Yo pienso lo contrario: que debe estimarse en todo la rareza, y que si hubiera un solo marido engañado en el mundo, sería cosa admirable de que todos hablaríamos sin faltar quien le compadeciera; pero siendo en tan gran abundancia no es posible consagrar atención á cada uno para estudiar su caso particular y compadecerle,

como se debe, si es digno de lástima. ¿No digo bien, querido amigo?

LAURO

Discurrís de un modo admirable. Departir con vos es mi único consuelo viviente.

ROSALINDA

¿De veras? Yo también siento por vos gran simpatía. No sois de los que, al padecer una desgracia injusta, adquieren experiencia á costa de la bondad.

LAURO

De ningún modo. Porque una mujer hiciera traición á mi cariño, no creeré nunca que no debe amarse á ninguna. Sé que hay mujeres dignas de ser amadas, como yo soy capaz de amar. Pero no es de ellas de quien desconfío, es de mí. ¿No seré yo el indigno de ser amado? ¿No habré sido yo la causa del engaño primero y volvería á serlo de otro? El amor propio, herido, sabe decir muy pronto: ¡Esa mujer me ha engañado! ¿Porqué no decir: Esa mujer se ha engañado? Yo estoy seguro de que mi esposa me ha querido, creyó quererme siempre...

ROSALINDA

¿Porqué no? Una mujer no deja de querer á su marido porque le engañe. Al contrario. ¿No habéis experimentado nunca la simpatía que se siente por una persona cualquiera, de quien sabemos algo venturoso ó desgraciado antes de que ella misma lo sepa? La seguridad de tener un momento pendiente de nuestras palabras la tristeza ó la alegría de esa persona, nos da ante ella cierta majestad de dioses superiores al destino. Pues esa es la actitud de una mujer ante su marido en-

gañado, de simpatía protectora, porque sabe algo de que él no tiene la menor noticia y se siente superior á él... El verdadero momento en que una mujer deja de querer á su marido no es cuando se decide á engañarlo, sino cuando él se entera del engaño, porque destruye el encanto de engañarle. Pero no vayáis á creer que yo sé de estas cosas por experiencia propia. Las amigas... los libros... leo, converso... medito á solas... Vos, como filósofo, comprenderéis qué poco sabría una mujer si solo supiera de lo que ha pasado en su vida; la imaginación es nuestra vida, y la verdadera historia de las mujeres no se escribirá nunca con sus hechos, sino con lo que hemos dejado de hacer.

LAURO

¡Ah, Marquesa! Sois la única mujer por quien comprendo un afecto inteligente, digno de un filósofo, el intelecto de amor de que habla el poeta italiano.

ROSALINDA

¿Y qué viene á ser eso? Si queréis explicarlo...

LAURO

El amor, amor; el amor vulgar que apetece y desea, ciega el entendimiento; el entendimiento sin amor, en cambio, seca el corazón; solo es completa ciencia de la vida la que entiende y ama. ¿Veis á un ser indigno de amor en su apariencia miserable? No apartéis de él los ojos, no le huyáis; consideradle atento; estudiadle, entendedle; la luz con que lucháis contra las sombras será al mismo tiempo calor contra la frialdad. Lo que logra el sabio, al consagrar su estudio á la materia inerte, á un montón de pedruscos acaso, amarlos por amar á la ciencia, ¿no ha de lograrlo el alma si quiere

saber de almas? Y sabiendo de ellas, ¡qué semejantes todas! ¡Cómo calla en unas lo que habla en otras! ¡Cómo habla en otras lo que existe callado en la nuestra! ¡Pero todas iguales, todas humanas! ¡Todas dignas de amor si las amamos con entendimiento!

ROSALINDA

¡Bien dicen que no hay cosa como la sabiduría! Eso mismo que tan bien me habéis explicado, ha sido siempre mi modo de entender el amor. Pero ved, yo misma, y cuantos conocen mi modo de ser, lo atribuíamos á falta de entendimiento, y en París pasaba yo por loca ó por coqueta. Y ya lo veis, no hay tal locura ni tal coquetería; ahora lo comprendo, ahora veo claro en mí; era... lo que decís: intelecto de amor. ¿No es eso? Porque es el caso, mi querido filósofo, que yo encuentro siempre motivo para querer á todo el mundo. La admiración ó la piedad, la conformidad de carácter conmigo ó la mayor oposición, todo despierta en mí un sentimiento que, empezando por curiosidad, concluye siempre en inquietud de amor. Si considero á un héroe, á un genio excelso, siento impulsos de levantar mi espíritu hacia el suyo con elevada aspiración; si considero á un ser miserable, despreciado por todos, pienso que mi cariño sería capaz de dignificarle y de redimirle. Por el mismo demonio sería yo capaz de condenarme, y, como Eloa, el ángel todo amor de piadosa leyenda, perdería el cielo por compasión amorosa hacia Luzbel. Esa es la triste historia de mi corazón, su dolencia incurable, lo que me hace pasar por loca y por coqueta ante los muchos adoradores que se disputan mi cariño, pretendiendo cada uno ser el solo preferido entre todos. Y yo no sé preferir; el que me parece un momento más indigno de amor, me inspira tanta lástima por lo mis-

mo que, sin darme cuenta, me doy á quererle con toda mi alma. Y así vivo, sin amor de nadie, porque nadie comprende mi amor... que es amor de amar.

LAURO

¡Amor sublime! ¡Unico digno de un espíritu racional, sin egoísmo, sin celos! ¡Ah! ¡Si me permitiérais compartir con vos esa universal comprensión, si nos uniéramos para amarlo todo!...

ROSALINDA

Os advierto que para eso me basto yo sola. Pero, en fin, como nuestra vecindad ha de acercarnos con frecuencia, cursaremos juntos lo que llamáis filosofía de amor. ¿No faltaréis desde esta noche á nuestra partida de ajedrez?

LAURO

No faltaré una sola noche.

ESCENA V

Dichos y RISELA

RISELA

Señora... Vuestro primo, el capitán Rodrigo, desea ofreceros sus respetos.

LAURO

¿Cómo? ¡Ese bárbaro!... ¿Es pariente vuestro ese matamoros, ese soldadote grosero?... ¿Y vais á recibirle? Os advierto que en el poco tiempo que lleva aquí se ha hecho aborrecible á todos.

ROSALINDA

¡Pobre! Lo mismo que en París. Yo estaba presente en la sala de juego de Su Majestad, cuando el Rey en persona le indicó la conveniencia de trasladarse aquí á instruir reclutas. Figuráos que, admitido por señalado favor á la mesa de juego de Su Majestad, se permitió descubrir las trampas que allí están admitidas de común acuerdo. ¿Qué os parece la inconveniencia? ¿No tiene bien ganado su destierro? Que pase, Risela. (*Sale Risela.*)

LAURO

No quisiera dejaros á solas con él.

ROSALINDA

¿Olvidáis los principios de nuestra filosofía? ¿Creéis que el capitán no merece ser estudiado y que no habrá algo en él que merezca un poco de simpatía? Por lo pronto su figura: es un arrogante soldado.

LAURO

No, Marquesa; ese bruto no merece vuestra atención, y mucho menos vuestro cariño.

ROSALINDA

Estoy pensando que eso mismo, salvo el calificativo, me diría él de vos si yo le dijera que os amaba.

LAURO

¡Ah! ¿Me comparáis con él?

ROSALINDA

Mal empezáis vuestro estudio. Después discutiremos más despacio. Hasta la noche, amigo Lauro.

LAURO

Hasta la noche. *(Sale Lauro.)*

ESCENA VI

ROSALINDA, RODRIGO y RISELA

RISELA

(Muy sofocada.) Señora... El capitán...

RODRIGO

¡Querida prima!

ROSALINDA

Leo en la cara de Risela que te has permitido alguna libertad al entrar...

RODRIG

¡Bah! Un abrazo, un saludo...

ROSALINDA

Algo brutal.

RISELA

¡Ya lo creo! Me habéis hecho daño, y además es un atrevimiento... *(Sale Risela.)*

RODRIGO

¡Qué diablo! Llevo un mes en esta población instruyendo reclutas... y lugareñas...

ROSALINDA

¿Instrucción militar también?

RODRIGO

Todo es preparar soldados para la patria.

ROSALINDA

Suprime las atrocidades de cuerpo de guardia.

RODRIGO

¿Y qué ventolera te ha traído á estos lugares? ¿Te ha desterrado Su Majestad como á mí? ¿Quieres ayudarme á instruir reclutas?

ROSALINDA

¡Pero qué bruto eres! Un joven de noble familia como tú, con influencia en la corte; de excelente figura, aunque no lo parece, por lo desaliñado y desgarbadote que eres; de buen corazón, aunque tampoco lo parece, por lo impetuoso y groserote...

RODRIGO

¿De qué me sirve todo eso? Nadie me quiere. Ni mi familia, ni mis compañeros... ¿Y porqué? Porque no sé fingir, porque soy muy franco.

ROSALINDA

Mira, primo: de la franqueza á la grosería no hay más que un paso, y ese paso es un pisotón. Procura educarte.

RODRIGO

¿Cómo? ¿Yo solo? Si soy un bruto, ¿cómo voy á educarme á mí mismo? Nadie se interesa por mí. ¿Te parece buen remedio á mi rusticidad desterrarme de la corte para traerme entre gente inculta? ¿Qué maneras voy á aprender aquí? Volveré más zafio todavía, y la primera vez que me presente en la corte, si antes descubrí á

Su Majestad las trampas del juego, ahora le descubriré... ¡qué sé yo!... las de su favorita.

ROSALINDA

¡Tendría gracia! Pero es preciso que pongas algo de tu parte. Cultiva tu espíritu de alguna manera. Lee. Yo te prestaré libros agradables de fácil lectura.

RODRIGO

Me duermo. Como no sea cosa de mucha risa y de mucho...

ROSALINDA

Sí, sí; comprendo.

RODRIGO

Yo no tengo en mi cuarto más que un libro que trata de las diferentes posiciones...

ROSALINDA

¡Primo!

RODRIGO

¡No te asustes! No me has dejado concluir. De las diferentes posiciones de un ejército beligerante. Es un libro de táctica.

ROSALINDA

Sí que me habías asustado.

RODRIGO

¿Lo ves? Es que todo el mundo cree que yo no puedo decir más que barbaridades, y no me agradecen las que me callo.

ROSALINDA

Yo sí, yo sí te las agradezco.

RODRIGO

¿Y qué sucede por París? ¿Te has divertido este Carnaval?

ROSALINDA

He procurado divertirme, y solo he conseguido cansarme y arruinar mi salud. Figúrate: bailes, cenas, representaciones de óperas y de pastorales, fiestas á la veneciana, á la española, á lo morisco...

RODRIGO

Se te conoce el trajín. Has perdido carnes.

ROSALINDA

¡Rodrigo!

RODRIGO

¿Tampoco está bien decir eso? Me callo para toda la vida.

ROSALINDA

Piensa, antes de hablar, en lo que vas á decir.

RODRIGO

Si lo pienso es peor, ¡porque pienso cada cosa!... Pues si yo dijera todo lo que pienso, entonces sí que no me admitirían en ninguna parte. Por supuesto, yo creo que eso le sucedería á todo el mundo. El toque está en que uno piense una cosa y se diga: «Esta es para callada, ó esta es para dicha», y saber escoger; y eso es lo que me falta á mí: saber escoger. De seguro que á lo mejor pensaré algo bonito, y eso es lo que me callo. Porque ten la seguridad de que todos pensamos algo que está bien y todos pensamos algo que está mal. ¡Quisiera yo saber lo que tú piensas algunas veces!

ROSALINDA

Todo lo que yo pienso puede saberse y decirse muy alto.

RODRIGO

¿A que no? Yo creo que, poco más ó menos, las mujeres, cuando veáis á un hombre que os sea agradable, pensaréis lo que pensamos los hombres cuando nos gusta una mujer. ¿Y en qué va á pensar uno? ¿No es verdad?

ROSALINDA

Te has propuesto que tampoco vuelva á recibirte en mi casa. Yo, que siempre he sentido por ti gran simpatía, por lo mismo que nadie te quiere, que nadie estima el buen fondo que hay en ti; yo, que hubiera emprendido de buena gana tu educación...

RODRIGO

¿De veras? ¿No te burlas de mí? ¡Ay, prima, prima; no te arrepientas! ¿Es verdad eso? ¿Has pensado eso? Yo te juro que, delante de ti, no volveré á decir una palabra; estaré callado, callado siempre, como un chico de escuela, aprendiendo de ti todo lo que tú digas, todo lo que tú quieras. Creen todos, porque me ven así, que nada me importa, que estoy alegre con vivir á mi modo, que me complazco en ser un bruto; pues no es verdad. Muchas veces me desespero y me doy de puñetazos yo mismo, porque yo no quisiera ser así; muchas veces, por ejemplo, he sentido verdadera amistad por un camarada, y sin querer, por estas barbaridades mías, le ofendía en algo, y perdía el amigo y las ganas de tener otro; y con las mujeres no se diga: soy muy desgraciado; ninguna cree en mi cariño, y es porque, la verdad, yo lo conozco, tengo un modo de querer que no lo pa-

rece. ¡Si te digo que me he dado de puñetazos muchas veces y... hasta he llorado! Sí, una vez lloré y todo... ¡Ya ves tú lo que yo daría porque tú me educaras!

ROSALINDA

¡Pobre Rodrigo! *(Pausa.)* ¿Sabes jugar al ajedrez?

RODRIGO

Desde una vez que rompí el tablero en la cabeza de un camarada, no he vuelto á jugar.

ROSALINDA

Se comprende. Te lo pregunto para invitarte á pasar aquí la velada cuando tus deberes militares lo permitan. Jugaremos al ajedrez.

RODRIGO

¿Estarás tú sola?

ROSALINDA

De ningún modo. Vendrá también algún otro amigo.

RODRIGO

¿Amigo?...

ROSALINDA

El señor Lauro, persona excelente, de espíritu cultísimo, de cuya amistad lograrás seguramente gran provecho.

RODRIGO

¿El señor Lauro? ¿Una especie de buho que pasea siempre con un libro bajo el brazo? Días ha le dí un susto mayúsculo. Paseaba cerca del campo de instrucción, y ordené á mis reclutas que dispararan sobre él.

ROSALINDA

¿Hiciste eso?

RODRIGO

Con pólvora sola. No vayas á creer que soy tan bruto.

ROSALINDA

No, ya puesto... Comprendo que no hayas conquistado su estimación.

RODRIGO

¡Ah! ¿Te ha hablado de mí? Dirá que soy un salvaje, naturalmente.

ROSALINDA

Con ese modo que tienes de darte á conocer...

RODRIGO

Pero no podrá decir que estoy en ridículo como él; que me ha engañado mi mujer, escapándose con otro en mis narices.

ROSALINDA

¿Tú qué sabes lo que podrá sucederte? Y te advierto que es de pésimo gusto aludir á ese asunto. De maridos engañados y de edades no se habla nunca en sociedad. El señor Lauro es un hombre superior á esas ruindades de la vida.

RODRIGO

De todos modos siento encontrarle aquí. Ya no podremos hablar con libertad, como ahora. ¡Si tú supieras!... ¡Hoy ha sido el día más feliz de mi vida!

ROSALINDA

¿Es verdad? ¡Pobre Rodrigo!

RODRIGO

Ya lo ves. Cuando menos lo esperaba, supe esta mañana que habíais llegado anoche de París; estaba aburrido en mi alojamiento, y me dije: «¡Vaya!, saludaremos á mi primita, no diga que soy mal criado; una visita corta, y hemos cumplido.» Y vengo aquí, entro...

ROSALINDA

Abrazando á la criada...

RODRIGO

Y ahora saldría abrazándote á ti... si tú lo permitieras.

ROSALINDA

Un abrazo, no. Un beso á lo cortesano. Así, no; con más gracia esa reverencia. ¿No has reparado nunca en el Duque de Richelieu? ¿No te has propuesto un modelo en la corte?

RODRIGO

¡Yo no sé de esas cosas! Yo no quiero más modelo ni más maestro que tú, y déjame de reverencias y de besar la mano... ¡Toma un abrazo! Así. ¡Otro!...

ROSALINDA

¡Suelta, suelta! *(Entra Risela.)*

RISELA

Señora... ¡Ay! ¿Se puede?

ROSALINDA

¡Adelante, adelante!

RISELA

¿Os ha hecho daño como á mí?

ROSALINDA

No; era de broma.

RISELA

Un cazador de la Marquesa Celia anuncia que su señora no tardará en llegar á visitaros.

ROSALINDA

¡Celia! ¡Qué alegría! ¡Pronto, disponed algún agasajo: fresas á la crema, confituras, café!... *(Risela sale y se vuelve poco antes de concluir la escena.)*

RODRIGO

Veo que no estás muy sola en el campo.

ROSALINDA

¡Es extraño! Porque mi deseo es descansar de la vida agitada de París, y á nadie anuncié mi partida; solo á veinte ó treinta personas de mi intimidad, que prometieron visitarme algún día.

RODRIGO

¡Diablo! La hora de la instrucción y á media legua del campamento. A tu lado se pára el sol, como Josué...

ROSALINDA

¿Qué dices?

RODRIGO

Bueno, quiero decir que tú eres Josué... Vamos, que á tu lado no pasan las horas... es decir, pasan sin sen-

tir... ¿Lo ves? Para una vez que voy á decir un madrigal, lo confundo todo. ¿Habré dicho alguna barbaridad?

ROSALINDA

No; como ensayo está bien. No desconfíes tanto de tí mismo. Hasta la noche.

RODRIGO

Hasta la noche. Después de retreta estoy aquí. Hoy acuesto al batallón dos horas antes. *(Sale.)*

ESCENA VII

ROSALINDA y RISELA

RISELA

¿Y veníais al campo á descansar?... ¡Buena jaqueca os habrá levantado!

ROSALINDA

¿Quién? ¿Mi primo? No... ¡Pobre muchacho!

RISELA

¿No os ha dicho mil inconveniencias?

ROSALINDA

Bien puede perdonársele. Su corazón es sano y franco su lenguaje. No se debe juzgar de nadie por las apariencias.

RISELA

¡Ya! *(Pausa.)* ¿Y el señor Lauro? De ese sí que no habéis escapado. Os ha repetido una vez más sus desdichas conyugales. ¿Qué había de sucederle? Es un hom-

bre insufrible: toda su vida está ordenada y prevista con rigurosos métodos. Sus criados me lo han contado. La infeliz de su mujer había de ser como una máquina más de reloj en la casa, y figuráos que el marido solo daba cuerda á los relojes una vez por semana. ¿No había de escapársele?

ROSALINDA

Reprime esas libertades en tu lenguaje. El señor Lauro es un alma noble, digno en todo de estimación.

RISELA

¿De modo que el señor Lauro y vuestro primo el capitán, lejos de aburriros como yo temía, os han encantado?

ROSALINDA

La triste situación de los dos, cada uno por su estilo, ha despertado en mí la mayor simpatía. Esta noche vendrán á jugar al ajedrez.

RISELA

¿Los dos? ¿Y jugaréis dos contra uno? Es juego muy difícil de llevar. A no ser que haya un mirón, papel muy desairado.

ROSALINDA

¿Y quién ha dicho que se juegue? Ese es el pretexto... Pero yo cantaré ó se hablará, ó... y ¿quién sabe todavía si estaremos los tres solos?

RISELA

No, con vuestro sistema. Es probable que vuestro primo traiga á todo su batallón.

ROSALINDA

¡Risela!

RISELA

¡Pobres reclutas! Su historia será tan interesante... Arrancados de sus hogares, lejos de los suyos...

ROSALINDA

¿Te burlas de mí? Pues mira, sí que me da compasión esos pobrecitos, y he de enviar á mi primo para que los obsequie del mejor vino de mi bodega.

RISELA

Tenéis un gran corazón, señora mía; pero temo que os ha de causar muchas desdichas.

ROSALINDA

No las temo. Mira: el Amor, como en altar pagano, preside esta morada, y él me protegerá. Es un dios...

RISELA

¡Ay! ¿Es un niño?... Por eso me asusta.

ROSALINDA

¿Quién grita? ¿Oyes?

RISELA

Es Medoro, el negrito.

ESCENA VIII

Dichos y MEDORO (llorando.)

MEDORO

¡Mi señora, señora mía!

ROSALINDA

¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa?

MEDORO

Me ha pegado Pedro; se burla de mí, del pobre Medoro; señora, mandad que no me pegue; yo no haré nada malo; jugaba en el jardín con el mono...

ROSALINDA

No llores. Yo castigaré á ese truhán Risela, llámale...

RISELA

Os advierto que no debéis hacer caso de este buena pieza. Conozco sus marañas; habrá hecho alguna trastada y toma el partido de quejarse antes de que nadie se queje. Es un embustero.

MEDORO

No soy embustero; soy bueno, señora; es que tienen envidia á Medoro porque mi señora le quiere...

RISELA

¡Calla, pícaro; tú si que!...

ROSALINDA

Basta, Risela. No quiero que nadie le maltrate. ¡Pobre criatura! Su suerte es muy triste: entre gente que no es de su raza, que le mira con horror ó con burla...

MEDORO

¡Pobre Medoro!

ROSALINDA

¡Qué será de él en el mundo! Condenado á vivir sin cariño... ¿qué mujer podrá amarle?

MEDORO

¡Pobre Medoro!

ROSALINDA

¡Cuando lo pienso!... Figúrate que algún día te vieras cautiva entre negros.

RISELA

No digáis: les parecería muy aceptable; pero éste, aun entre los suyos, debe parecer horrible.

ROSALINDA

No hables así... ¡Vaya, no llores!

MEDORO

Mi señora es muy buena, es una reina muy buena, la reina más hermosa del mundo. Medoro subiría al cielo por una corona de estrellas de oro para su señora hermosa, más hermosa que el cielo.

ROSALINDA

Tu señora no te abandonará nunca.

RISELA

¿Sabes jugar al ajedrez, Medoro?

ROSALINDA

Risela, basta de burlas.

RISELA

Señora, no os enojéis conmigo, no sea yo, por mujer, la única que caiga en vuestra desgracia.

ESCENA IX

Dichas y la MARQUESA CELIA

CELIA

(*Dentro.*) ¡Rosalinda! ¡Rosalinda!

RISELA

La marquesa Celia...

ROSALINDA

Retiráos. ¡Querida amiga!

CELIA

¡Rosalinda del alma!

ROSALINDA

¡Cuánto agradezco tu visita en esta soledad!

CELIA

No es de agradecer; vengo á implorar tu protección.

ROSALINDA

¿Qué te ocurre? ¡Me asustas!

CELIA

No sé cómo vengo, ni cómo me he vestido. ¡Soy la mujer más desgraciada!... ¿Ves esta amazona? No es mía, es de Gabriela; me vestí en su casa; vengo desde allí huyendo... Gracias á que las dos tenemos el mismo cuerpo. ¿Me está bien?

ROSALINDA

¡Admirable! Y la caminata te ha sentado muy bien. ¡Tienes unos colores!...

CELIA

Naturales.

ROSALINDA

¡Oh! Ya se nota; el carmín no engaña de día. Pero dime...

CELIA

Estoy loca. He cometido una imprudencia irreparable. Tú sí que estás encantadora con ese atavío campestre. Una Tirsis de pastoral versallesca; por supuesto, con ese traje no correrás mucho por esos campos; lo que me indica que en el campo y en París tu vida es la misma. ¿Es verdad que tu primo Rodrigo está aquí desterrado porque madame du Barry coqueteaba con él más de lo conveniente?

ROSALINDA

No hay tal cosa.

CELIA

Me lo dijeron en el último baile de Carnaval. Fué el más lucido de todos. ¡Lástima que ya no asistieras!... Yo me presenté vestida de circasiana; la favorita quiso dar ejemplo de modestia y se disfrazó de vendedora del mercado. Hubo quien dijo que el resto del año era cuando se disfrazaba. No son justos, porque ella tiene una gracia natural para todo, que no hace parecer improvisada su elección. Pero en París se la detesta más cada día; la corte arde en intrigas...

ROSALINDA

Como siempre.

CELIA

Madame du Barry, que es muy avisada, procura congraciarse con la gente eclesiástica; ya sabes que en la corte hay que ampararse de ella para contener á los maldicientes. Es gente de mundo que se contenta con las prácticas exteriores y corre el velo de su absolución sobre las intimidades. De todos modos, creo que el Rey no podrá sostenerla mucho tiempo. Yo no presto atención á lo que se dice, porque me basta con pensar en mis asuntos, de una gravedad terrible, amiga mía... Yo no sé cómo otras mujeres pueden llevar una vida de intrigas sin verse nunca en trance tan apurado. Tú sabes lo poco que yo he dado que hablar; mi exceso de prudencia... la primera vez, la primera, puedes creerlo, que me decido á permitir galanteos asiduos, doy la preferencia á un loco frenético que será capaz de comprometer mi reputación, ¡quién sabe!... de matarme.

ROSALINDA

¿Qué dices? El marqués Octavio por fin...

CELIA

El mismo. Yo, que pensaba hallar en él un amigo leal, el confidente, necesario á toda mujer distinguida, de sus asuntos sentimentales, de sus pensamientos delicados; yo, que le juzgué el más discreto de los *cavalieri serventi*, el *sigisbeo* modelo, le veo trocarse, apenas obtenida una leve concesión de mi voluntad, en el más celoso enamorado, en el tirano más insoportable; un turco feroz, un español hosco, inquisitorial, que me persigue, me amenaza y, no satisfecho con sus celos, pretende despertar los de mi marido para sumar fuerzas en contra mía. Por fortuna, mi marido no es hombre

que se inquieta por insinuaciones mal intencionadas; pero tanto podrá decirle... Además, mis criados son otros tantos espías comprados por él á peso de oro; no puedo dar un paso que él ignore; no puedo enviar una carta que él no sorprenda, y en lo más inocente cree sorprender una clave misteriosa. Mi vida es un continuo sobresalto. Ayer mismo le anuncié mi intención de visitarte, y la escena fué horrible; supuso que yo venía á ver á un amante, que tú favorecías nuestras entrevistas...

ROSALINDA

¿No tiene mejor opinión de mí ese caballero?

CELIA

No lo tomes en cuenta. Está loco. Ante su actitud decidí visitarte sin falta. Me amenazó con decírselo todo á mi marido, con aparecer aquí los dos juntos á sorprenderme...

ROSALINDA

¡Tendría gracia! ¿Y esperas?...

CELIA

Lo espero todo, porque de un loco todo puede esperarse. Pero si se atreviera á presentarse aquí, confío en que tú, mi amiga de toda la vida, le hagas comprender que todo ha concluído; no quiero volver á verle; no volveré á París, no saldré de tu casa hasta que no te haya dado palabra de no perseguirme más, de no pensar en mí nunca.

ROSALINDA

Todo eso es posible si llega solo; ¿pero y si?...

CELIA

No lo creo. Y sentiría que no viniera solo, porque mi marido sería capaz de reconciliarnos.

ROSALINDA

Espera. Oigo voces en el jardín... Los criados disputan con un hombre... ¡Sí, es él!... ¡El Marqués Octavio!

CELIA

Le esperaba; le conozco...

ROSALINDA

Recordará que estás en mi casa...

CELIA

No lo sé; conmigo no cuentes; yo perderé el sentido. Es el único medio de no contestarle.

ESCENA X

Dichas, el MARQUÉS OCTAVIO, PEDRO y MEDORO, deteniéndole. Después RISELA

OCTAVIO

¡Nadie me estorbe!... ¡Quiero entrar! ¡Tú, no huyas, no! ¡Vengo á matarte, á concluir de una vez!...

CELIA

¡Dios mío! *(Cae desmayada.)*

PEDRO

¡Caballero!...

ROSALINDA

¡Socorro!... ¡Risela!... Caballero *(entra Risela)*, ¿olvidáis quién sois y que estáis en mi casa?

RISELA

¡Señora! *(Acudiendo á Celia.)*

OCTAVIO

Sí, es verdad. ¡Estoy loco! ¡Entrar en vuestra casa como un foragido!... ¡Pero no sabéis!... ¡Quiero á esa mujer con toda mi alma! ¡Se burla de mí sin piedad! ¡No puedo vivir sin ella!

ROSALINDA

¡Ved lo que habéis hecho!

OCTAVIO

(Arrodillándose junto á Celia.) ¡No, no, Celia; vuelve en ti; perdóname! ¡Si desde ayer mi vida es un infierno! ¡Pero vuelve en ti... mírame! ¡Estoy loco, ya lo sé; pero te quiero con toda mi alma, como no se puede querer más!

ROSALINDA

¡Risela, pronto!... ¡Llevadla á mi habitación; avisad á un médico!

RISELA

¡Si es fingido, señora!

ROSALINDA

Ya lo sé; pero hay que disimular.

OCTAVIO

¡Celia de mi vida! ¡Celia de mi alma!

RISELA

¿Pero qué especie de loco es éste?

ROSALINDA

Un loco, sí; pero sabe amar. ¡Celia, amiga mía!...

OCTAVIO

(Reponiéndose y saludando á Rosalinda.) ¡Ah, señora! ¡No sé cómo pediros perdón!...

ROSALINDA

¡Amáis!... ¡Estáis perdonado!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA CELIA y RISELA

RISELA

(Mirando por la ventana.) Sí, pasea por el jardín con mi señora. Ahora desaparecen, se internan en el laberinto; sin duda subirán al *belvédère*...

CELIA

¿De modo que ya se ha tranquilizado?

RISELA

Al parecer. ¡Pero nos ha dado un susto!... Cuando os acostamos en la habitación de mi señora y él esperaba aquí, pesaroso de su arrebato, que recobrárais el sentido para implorar vuestro perdón sin duda, al entrar yo y decirle: «Caballero, la Marquesa apenas volvió en sí, se arrojó del lecho, compuso su traje precipitadamente, salió corriendo, bajó al jardín, montó en su caballo y, á galope tendido, vuelve á su casa, perjurando que no volverá á veros.» ¡No queráis saber cómo se puso! Quiso matarme por no haber estorbado vuestra fuga; increpó

á mi señora en términos que ella no había oído desde la muerte de su esposo; intentó correr en vuestra persecución; por fortuna, su gente había desenganchado la silla de postas y pudieron decirle que estaban herrando los caballos; por si acaso, mi señora dió orden secreta de que no le facilitaran coche ni cabalgadura, y con todo esto ha podido contenerle hasta ahora, sin dejar de mostrarle, con todo género de reflexiones, cómo su conducta no era digna de un noble caballero; que una dama como vos no es una plaza fuerte...

CELIA

Bien dicho.

RISELA

Y ya que no vuestra tranquilidad, debiera respetar la de vuestro esposo, inocente de todo, que no tiene porqué llevarse un disgusto...

CELIA

¿Todo eso le dijo tu señora?

RISELA

Y mucho más. Mi señora posee un tesoro de consuelos para todo género de desdichas.

CELIA

Lo importante para mí es que el Marqués entienda que así no se puede querer; que me odie ó que me olvide; pero mi tranquilidad no puede estar á capricho de un loco.

RISELA

Yo no he visto á nadie tan apasionado.

CELIA

El Marqués Octavio lleva sangre italiana en las venas; los franceses, por dicha nuestra, no son tan violentos en sus afectos.

RISELA

¿Y estáis decidida á romper con él para siempre?

CELIA

Sería yo tan loca como él si no escarmentara.

RISELA

¡No digáis! Las reconciliaciones, con una persona tan vehemente, deben tener un encanto especial.

CELIA

Cierto que nadie me ha querido de esa manera.

RISELA

Estoy segura de que volveréis juntos á París, como si nada hubiera pasado.

CELIA

Ahora me parece imposible; pero no quiero decir nada.

RISELA

¡Señora!... ¡Vuelve hacia aquí! Acaso éntre en la casa... sí...

CELIA

Vuelvo á mi escondite. ¡Si tu señora consiguiera traerle á la razón, si cambiara un poco!...

RISELA

Eso es; que guarde esa impetuosidad para cuando estéis á solas; pero delante de gente... ¡Aquí vienen!

CELIA

Si sospechase que estoy tan cerca... *(Entran Celia y Risela.)*

ESCENA II

La MARQUESA ROSALINDA
y el MARQUÉS OCTAVIO

OCTAVIO

No es el paseo al aire libre; no es la calma conventual de vuestro jardín cultivado con arte primoroso, en que la naturaleza, ajustada á ceremonial cortesano, parece mostrarnos cómo hemos de recortar también nuestro espíritu si hemos de parecer jardines deleitables y no selvas desoladas; es vuestra compasión, son vuestras palabras, dulce Rosalinda, las que vuelven la calma á mi corazón.

ROSALINDA

Y estas mismas reflexiones que habéis escuchado de mí, ¿no pudísteis antes escucharlas de vos mismo?

OCTAVIO

Ya sabéis lo que dice Alcestes, el misántropo de los verdes lazos, por boca de Molière: la razón no gobierna en asuntos de amor.

ROSALINDA

Por el estilo es el galante dístico que nuestro rey ha hecho grabar con letras de oro en las fichas de su mesa de juego.

Yo de todos, el señor,
esclavo soy del amor.

Pero nuestro bien amado rey no se revela contra su esclavitud como vos, más parecido al hombre de los lazos verdes que tanto nos hace reir en el teatro. Y hay que convenir en que la suerte os ha deparado, para vuestra desesperación, una mujer más coqueta que la misma Celimena del Misántropo. ¿Cómo fué enamoraros de la Marquesa Celia? ¿Acabábais de llegar á París?...

OCTAVIO

No. Sabía... sabía que yo no era su primer amante, que yo era el sucesor de Mr. de Montbazon...

ROSALINDA

El sucesor... Sí, como Luís XV es sucesor de Farmundo en el trono de Francia.

OCTAVIO

No os burléis de mí; sí, lo sabía todo: lo que me dijeron, lo que yo he visto; más que todo eso, lo que yo he imaginado, porque no hay engaño ni traición de que no la creyera capaz. Es de esas mujeres que enloquecen, que destrozan para siempre la existencia de un hombre. Ese acorde armonioso de dos almas, que es el mayor encanto del amor, no fué posible nunca entre nosotros. Bastaba que yo estuviera triste, para que ella mostrara la más loca alegría; que yo pareciera alegre, para mostrar ella tristeza. Ha jugado cruelmente con mi corazón.

ROSALINDA

¿Y sois también de los que la juzgan hermosa? ¿Os admitió nunca á presenciar su tocado? Pero, en fin, pase vuestra ceguedad para sus defectos físicos; eso prueba que vuestro amor es puramente espiritual. ¡Pero

que hayáis estado tan ciego para sus cualidades morales!... Una mujer sin corazón, que aceptó vuestro cariño como se acepta un adorno á la moda; que ha hecho de vos la fábula de París, poniéndoos en el caso de cometer mil locuras; que os desacreditaba con sus amigas para estorbar de ese modo que ninguna se atreva á corresponderos si algún día, curado de vuestro loco amor, buscáis más digno empleo á vuestro corazón; una mujer... ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Qué imprudente! Olvido que la amáis sobre todo, que mis palabras os lastiman seguramente y acaso juzgáis mal de mí; pensaréis que soy traidora y falsa con mis amigas; que descubro sus defectos, que los censuro sin piedad; tal vez penséis que es envidia ó rivalidad mujeriles el sentimiento que habla en mí...

OCTAVIO

No, Rosalinda.

ROSALINDA

Sí, sí; debo pareceros odiosa, aborrecible. ¿No es eso?

OCTAVIO

No, Rosalinda.

ROSALINDA

Sí, sí, pero no me importa. Algún día comprenderéis lo piadoso de mis intenciones; en la conciencia más cerrada tiene una hora de claridad la justicia, y entonces sabréis la compasión profunda que siento por vos; si yo supiera que ella era capaz de comprender al fin la grandeza de vuestro corazón, de compensar lo que os ha atormentado... Pero la conozco, conozco la ruindad de sus sentimientos, la pequeñez de su alma; y creedlo: por curaros de esa infausta pasión, por veros tranquilo, os diría... no ya lo que sé de ella, que es bastante, sino

qué sé yo, sería capaz de calumniarla, si fuera posible calumniar á esa mujer. ¡Pero qué loca soy! Mañana mismo estaréis á sus plantas, implorando su perdón y maldiciendo de mis palabras y, en pago á mis bondades, habré conseguido su aborrecimiento y el vuestro.

OCTAVIO

No, Rosalinda.

ROSALINDA

Sí, sí; pero no importa. Sé que más tarde ó más temprano, no mis palabras, su conducta indigna, os hará odiosa á esa mujer para siempre, y entonces os acordaréis de mí. Entonces... acaso esté yo lejos, acaso haya muerto...

OCTAVIO

No, Rosalinda.

ROSALINDA

Sí, sí; pero no importa. Entonces diréis: «¡Pobre Marquesa Rosalinda! ¡Me dijo la verdad! ¡No me engañaba! ¡Pobre Marquesa! ¡Si yo no hubiera estado tan loco!...»

OCTAVIO

¡Es verdad! ¡Si yo no hubiera estado tan loco!... ¡Pasásteis á mi lado muchas veces, y hasta ahora no os conocía! ¿Porqué no os conocí antes, Rosalinda? Mis ojos han hecho traición á mi corazón, porque era á vos á quien buscaba.

ROSALINDA

¿A mí?

OCTAVIO

Un corazón como el vuestro, Rosalinda. Al amaros, no hubiera yo parecido un loco. El que ama sin ser co-

rrespondido, ¿qué otra cosa puede parecer más que un loco? Es la ridícula figura de uno que danza sin música que le acompañe. Y es loco amor el de un corazón que ama sin que otro corazón le responda con dulce armonía. Pero siempre es así: uno que ama, otro que se deja amar. Si el amor de uno no acudiera á reparar el desequilibrio del otro, no habría castillo de naipes levantado por el amor que no viniera á tierra á un leve aliento. Y así fué mi amor: solo mío. ¿Que era locura, porque esa mujer no merece mi cariño? Lo sé; pero no era á esa mujer á quien yo amaba: era al amor que nació en mí y que yo animé con mi alma. ¿Pues qué pensaba esa mujer? Sin lo que yo puse en su amor de mi alma, ¿qué valdría? Pero vuestro corazón no es el suyo; el vuestro es ara preciosa, santo reposorio digno del amor infinito que desborda en mi corazón.

ROSALINDA

Amigo mío, sí... yo pretendía curaros; pero tan pronto no esperaba...

OCTAVIO

Solo vuestro amor puede salvarme.

ROSALINDA

No habléis así; yo no soy capaz de atormentar á nadie. Decís que un amor ideal, un amor...

OCTAVIO

Mi amor, Rosalinda, mi loco amor, que siempre debió ser vuestro.

ROSALINDA

¡Por favor! Llega gente, y estamos á obscuras... ¡Risela!... ¡Risela!...

OCTAVIO

No os alejéis, Rosalinda. (*La sigue en la obscuridad.*)

ROSALINDA

Esperad... No veo...

OCTAVIO

¡Os amo! (*Siguiéndola siempre.*)

ESCENA III

Dichos y RISELA

(*Al entrar Risela el Marqués le da un beso en la mano.*)

ROSALINDA

(*Al oir el beso.*) ¿Eh?...

RISELA

¡Nada!... Algo que se ha perdido.

OCTAVIO

¡Oh!...

ROSALINDA

¡Luces, Risela! Disponlo todo para cuando lleguen esos señores.

RISELA

Voy, señora.

OCTAVIO

¿Esos señores?... ¿No estaréis sola?

ROSALINDA

Espero á unos amigos; pasaremos aquí la velada.

OCTAVIO

¡Qué fastidio!

ROSALINDA

No seáis egoísta.

OCTAVIO

No es egoísmo: son celos.

ROSALINDA

¡Ya!... No me haréis creer que es por mí. Serán los que han sobrado de mi amiga.

RISELA

(Vuelve con un candelabro. Bajo á la Marquesa.) Traigo un solo candelabro, porque os advierto que hoy estáis descolorida, y la mucha luz no favorece...

ROSALINDA

(Bajo á Risela.) ¿Y la Marquesa?

RISELA

Espera en la biblioteca á que el Marqués se haya tranquilizado; pregunta cómo va...

ROSALINDA

Inquieto, inquieto todavía.

ESCENA IV

Dichos, LAURO y PEDRO

PEDRO

(Anuncia.) El señor Lauro. *(Se retira.)*

LAURO

¡Señora mía!...

ROSALINDA

Mi filósofo. Sois el primero en acudir á mi invitación.

LAURO

(Reparando en el Marqués.) ¿El primero?

ROSALINDA

Es verdad; olvidaba... *(Presentando.)* El Marqués Octavio; el señor Lauro.

OCTAVIO

Caballero, tuve el gusto de saludarle en otra ocasión.

LAURO

Cierto; en París.

OCTAVIO

¿Y vuestra esposa? *(Rosalinda hace señas al Marqués.)*

LAURO

¡Ay!...

ROSALINDA

No extrañéis el silencio del señor Lauro; renováis una herida cruel. Su esposa ha muerto.

OCTAVIO

¡Cómo! ¡Juraría haberla visto en París pocos días ha!

ROSALINDA

¡Imposible!

OCTAVIO

Sí, en un baile público.

LAURO

Es posible...; digo, ¡imposible, imposible!

OCTAVIO

Perdonad si os he recordado... ¡Esa es la vida! Todos hemos de pasar por ello.

LAURO

Casi todos.

ROSALINDA

Risela, sirve el café; dispón el juego; avisa á Medoro.

RISELA

¿Para qué? ¡No puedo soportar al negro!

ROSALINDA

¡Es manía!... ¿Le tienes envidia?

RISELA

¡Pues bien, sí! Eso de que el último que llega sea vuestro preferido... Ese negro es un pícaro redomado. Yo no sé por dónde se introduce en la bodega, y no quiero deciros cómo se pone. Yo serviré el café. *(Sale y vuelve con un servicio de café; dispone el juego de ajedrez.)*

ROSALINDA

¿Qué libro es ese, señor Lauro?

LAURO

Un precioso libro. Le traje conmigo, pensando hallaros sola.

ROSALINDA

El Marqués Octavio es también aficionado á curiosos estudios. No le estará mal aplicarse en nuestra academia de amorosa filosofía. También ha padecido tormento de amor.

OCTAVIO

¿Y de qué trata ese libro?

LAURO

Son las ciento cuatro cuestiones de amor propuestas por el rey Renato. No hay punto de amor que aquí no se discuta y se resuelva. ¿Cuál es desdicha mayor: amar sin ser amado, ó ser amado sin amar? Si una dama honesta puede amar de amor á otro hombre que no sea su legítimo dueño. Si cabe sumar en un amor ideal amor que, de objetos diversos, se compone en la realidad. Si... ¡Oh! Es un precioso libro.

ROSALINDA

¡Quién hubiera vivido en aquellos tiempos de amor y poesía! El mundo era joven y las almas eran audaces. Yo hubiera sido reina de una corte de amor; mis leyes hubieran sido cantadas en rimas primorosas, y el mundo entero las hubiera acatado, porque serían leyes de paz y de amor. Mi reino hubiera parecido encantado como el reino de las hadas buenas, como una eterna primavera florecida á un beso de sol y de la tierra.

LAURO

(*Besando la mano á Rosalinda.*) ¡Divina Rosalinda, celestial Rosalinda!

OCTAVIO

Veo que vuestra filosofía se aplica á las cosas de este mundo.

LAURO

Responderé lo que el sabio: «¿Creéis que las cosas buenas se han hecho solo para los tontos?»

OCTAVIO

¿Queréis decir?...

ROSALINDA

(*Interponiéndose.*) ¡Nada, señores!

OCTAVIO

Ese filósofo es un impertinente, y os advierto que si me molesta demasiado...

ROSALINDA

Tendréis paciencia. Yo no soy la Marquesa Celia.

LAURO

(*Bajo á Rosalinda.*) El caballero parece un presumido, muy pagado de su persona.

ROSALINDA

No sois justo. Acaba de decirme que sois un hombre encantador.

LAURO

¿Ha dicho eso?

ROSALINDA

Podéis creerlo.

OCTAVIO

(Aparte á Rosalinda.) ¿Os hablaba de mí?

ROSALINDA

Nada malo, como pensáis. Dice que le parecéis muy inteligente, y que ha de procurar ser gran amigo vuestro. *(Lauro y el Marqués Octavio se dirigen uno hacia otro y se dan la mano.)*

LAURO

Gracias, caballero.

OCTAVIO

Agradezco la...

ESCENA V

Dichos y el CAPITÁN RODRIGO. Rodrigo canta dentro.

ROSALINDA

El Capitán... Mi primo...

RODRIGO

¡Salud, caballeros! ¡No diréis que he tardado!

ROSALINDA

Yo creí que conocías al Marqués Octavio.

RODRIGO

No; he oído hablar mucho de él. No me lo figuraba así.

OCTAVIO

Pues cómo...

RODRIGO

¡Qué sé yo! Pero no me lo figuraba así. Cosas que se figura uno.

OCTAVIO

(Bajo á Rosalinda.) ¡Qué impertinente!

ROSALINDA

No lo toméis en cuenta. Justamente me hablaba siempre muy bien de vos.

OCTAVIO

¿Sin conocerme?

ROSALINDA

De oídas...

RODRIGO

(Bajo á Rosalinda.) Este es ese loco italiano, enamorado de la Marquesa Celia, ¿no es eso? Presume de noble, y su abuelo prestaba con usura á mi padre...

ROSALINDA

Eres injusto. Me hablaba muy bien de ti...

RODRIGO

¿Sin conocerme?

ROSALINDA

Sin conocerte.

RODRIGO

¡Ah! Por eso...

ROSALINDA

Sentáos, amigos; tomaremos café y departiremos gustosamente. El libro del señor Lauro puede servir de tema á nuestra conversación.

RODRIGO

¡Déjate de libros!... ¡Buen café!

OCTAVIO

¿Tenéis dispuesto el ajedrez? No suspendáis vuestra partida. ¿Es el señor Lauro ó el Capitán vuestro contrincante?

ROSALINDA

Cualquiera, ó vos, si sabéis jugar.

OCTAVIO

Algo.

RODRIGO

Pues aquí donde me ves tan campante, primita, no sabes las cosas que yo he hecho desde que salí de aquí, todo á paso de carga: la instrucción, el baño de los reclutas en el río .. Desde que yo mando el batallón se baña á diario. ¿Porqué no vienes un día á verlo? Te advierto que es un espectáculo muy divertido.

ROSALINDA

¡Primo!...

RODRIGO

Las orillas del río es el paseo á la moda de las damiselas del lugar. Hay quien manda á preguntar al cuartel á qué hora es el baño.

ROSALINDA

Inventas unos disparates...

RODRIGO

¿Inventar? ¡Si yo supiera inventar, no inventaría disparates! Cuento lo que veo. ¿Sabes lo que me sucedió anoche al ir á acostarme?

ROSALINDA

¿De noche, al acostarte... y tú?... ¡No quiero saber nada!

RODRIGO

Te reirías. Puede que, como hay gente delante, no te rías; pero te reirías luego.

ROSALINDA

¡Rodrigo, Rodrigo!

LAURO

(*Al Marqués Octavio, que está distraído.*) ¡Qué bárbaro!

OCTAVIO

¿Eh?...

LAURO

El primito, digo...

OCTAVIO

¡Es intolerable! ¡Si yo hubiera sabido que la Marquesa no estaba sola!...

LAURO

¿Cómo?...

OCTAVIO

No lo digo por vos; lo digo por ese...

LAURO

Estará diciendo atrocidades. La Marquesa hace señas de que me acerque á interrumpirle.

OCTAVIO

¿Señas?... No veo... (*La Marquesa se ríe.*)

LAURO

Es una seña especial que yo conozco.

OCTAVIO

Pues parece que le escucha muy complacida.

LAURO

Es risa fingida. Esa es la seña... *(Acercándose.)* ¡Marquesa!... *(No le atiende.)* ¡Marquesa!...

ROSALINDA

Señor Lauro...

RODRIGO

¿Es filosofía también interrumpir cuando hablan dos personas?

LAURO

¡Caballero!...

ROSALINDA

¡Primo! ¡Señor Lauro!

RODRIGO

(Conteniéndose.) ¡Bien está! *(Acercándose al Marqués.)* ¡Si yo hubiera sabido que mi prima no estaba sola!...

OCTAVIO

¿Eh?...

RODRIGO

No lo digo por vos; lo digo por ese.

ROSALINDA

(A Lauro.) Jugaremos nuestra partida.

LAURO

Es lo mejor. Será el único medio de teneros cerca de mí. Yo esperaba hallaros sola. Jugaremos. ¡Qué se ha de hacer! Nos contentaremos con jugar.

OCTAVIO

(A Rodrigo.) Ved, se sienta; ¡como si no estuviéramos aquí!

RODRIGO

(Aparte.) ¿De que será el tablero? O la cabeza ó el tablero: lo que pueda más.

OCTAVIO

La Marquesa se burla de nosotros.

RODRIGO

Eso creo.

OCTAVIO

Y comprenderéis que no estoy dispuesto á tolerarlo.

RODRIGO

Ni yo.

OCTAVIO

Mucho menos cuando acaba de arrancarme por sorpresa una declaración de amor.

RODRIGO

¿Eh?...

OCTAVIO

Vine aquí loco de celos, de amor desesperado; después... quise olvidar, dar celos á mi vez. ¡La Marquesa me habló de un modo!...

RODRIGO

Y á mí...

OCTAVIO

¿A vos?

RODRIGO

Sí. Vine á visitarla esta tarde; empezó á decirme que era una lástima que yo fuera así... ¡Vamos!, así... ¡Ya sabréis cómo soy: abrutado!... Me lo dijo tantas veces que llegó á conmoverme. Sentí vergüenza de mí mismo, y no sé qué la dije; pero quedamos así... ¡Vamos, como cuando se empieza algo! Esperaba encontrarla sola esta noche y... ¡qué diablo! Como la vida de guarnición es tan aburrida y tiene uno tan mal alojamiento...

OCTAVIO

Ved: no juegan. Hablan, ríen... ¡Se burlan de nosotros!

RODRIGO

Ella, pase; pero el buho... ¡Ese no vuelve aquí!

ROSALINDA

(A Lauro.) Tenéis un juego muy claro.

LAURO

No tanto como pensáis. Es un doble juego. Parece que voy por este lado, y ya veréis la sorpresa. *(Rodrigo y el Marqués se acercan á verlos jugar.)*

ROSALINDA

¡Ah, señores! Miren qué apurado está el rey.

LAURO

Apuradillo, apuradillo. ¡Jaque!

ROSALINDA

Dejadme pensar. *(Pausa. El Capitán tararea una canción; á poco la tarareau los cuatro. El Capitán y el Marqués mueven al mismo tiempo una pieza.)*

OCTAVIO

Esta...

RODRIGO

Esta es la jugada.

LAURO

Perdonad. Dos piezas á un tiempo... no nos entenderemos.

RODRIGO

Esta es la jugada.

OCTAVIO

Permitid, no es esa: la jugada es ésta. ¿No veis que luego viene á caer aquí con el caballo y se come el alfil y la reina queda indefensa?

RODRIGO

Y de este modo, ¿no veis que se come la torre con el caballo y se corre aquí con la reina, y el rey está perdido?

OCTAVIO

Perdonad... Con vuestro permiso, yo jugaré por la Marquesa.

RODRIGO

Yo por el caballero. Veréis si digo bien.

OCTAVIO

¡Lo veremos! Yo vengo aquí. ¿Y ahora?

RODRIGO

Esperad. Ahora...

ROSALINDA

Puesto que tanto les interesa, dejemos que sigan la partida y hablaremos nosotros... Sentémonos aquí. *(Se retiran y se sientan al otro lado.)*

LAURO

Hermosa Rosalinda, os suplico que aceptéis la dedicatoria, y que leáis con atención este breve razonamiento que me habéis inspirado; es un compendio de cuanto hablamos esta tarde; en él se halla lo más substancioso de nuestra filosofía de amor. Yo estoy seguro de que nuestras almas han de compenetrarse en su excelsa doctrina. Leedlo, Rosalinda.

RODRIGO

¡Nada, como si no estuviéramos aquí! ¡Se acabó! *(Dando un golpe al tablero y tirando las piezas.)*

ROSALINDA

(Asustada.) ¡Ay! ¿Qué sucede?

OCTAVIO

Nada, que habéis perdido.

ROSALINDA

¿Yo?

OCTAVIO

Sí, el Capitán jugaba por vos.

RODRIGO

Sí, he perdido, he perdido. Necesito el desquite. Señor Lauro, venid acá; necesito el desquite.

LAURO

¿Yo? Yo no jugaba con vos.

RODRIGO

Ya lo sé. Conmigo no juega nadie, pero el Marqués llevaba la partida por cuenta vuestra; he perdido; necesito el desquite.

LAURO

Dejadme en paz. ¿Creéis que estáis entre vuestros reclutas?

RODRIGO

¡Por vida!...

ROSALINDA

¡Rodrigo! ¡Lauro!

OCTAVIO

¡Caballeros!

ROSALINDA

(A Rodrigo.) Veo que no puedes alternar con nadie; no volveré á recibirte en mi casa.

RODRIGO

¡Ah! Eso es echarme, ¿no es eso? Te has burlado de mí. Me invitaste á que viniera para reirte con el filósofo á mi costa. Está bien. Señor Lauro...

LAURO

Entiendo, caballero.

ROSALINDA

¿Qué significa?

RODRIGO

¡Nada, nada!... Querida prima, tienes muy bien ganada tu fama de coqueta.

ROSALINDA

¿Qué dices?

RODRIGO

Mañana te enviaré mi batallón para que juegues al ajedrez.

OCTAVIO

Reportáos, aunque os sobre la razón.

ROSALINDA

¿Vos también?

RODRIGO

Vamos.

LAURO

Os sigo.

ROSALINDA

¿Dónde vais? ¡Lauro, Rodrigo!

LAURO

Señora, soy hombre antes que filósofo.

RODRIGO

¡Burlarse de mí! *(Salen Lauro y Rodrigo.)*

ESCENA VI

ROSALINDA, MARQUÉS y OCTAVIO

ROSALINDA

¡Corred, detenedlos! ¿Qué intentan?

OCTAVIO

Matarse, por lo visto.

ROSALINDA

¡No puede ser! ¡Impedidlo!

OCTAVIO

Yo, no; agradeced que he tenido calma para no provocar antes el lance.

ROSALINDA

¿Vos?...

OCTAVIO

Sí, yo, yo. ¡Lo de siempre! ¡Lo de todas! Ponéis á los hombres en el trance de jugarse la vida, el honor... y preguntáis todavía: «¿Pero es mía la culpa? ¿Qué hice yo? ¡Están locos!» ¿Creéis que puede así jugarse con el corazón, con la dignidad de los hombres? ¿Qué os propusísteis al reunirnos aquí? Y no contenta con ponerlos frente á frente, me detenéis también con palabras engañosas de consuelo, de esperanza, y yo... ¡Pero es que he nacido para ser juguete de las mujeres!... ¿Y hablábais de vuestra amiga? Celia no emplea en sus engaños tan perversa coquetería. Hay lealtad, al menos, en sus traiciones... Dice: «No puedo quererte más de lo que te quiero; no exijas más de mí...» Y el loco es uno, que no acepta su noble franqueza; pero vos...

ROSALINDA

¡Basta, basta! Si los tres habéis interpretado mi compasión por preferencia amorosa, no es culpa mía. Soportar quejas celosas de quien no puedo creer que me ame, es demasiado.

OCTAVIO

Sí; fuí tan loco, que un momento soñé que por vos era posible olvidar un amor desdichado; creí vuestras palabras, creí en vuestra bondad.

ROSALINDA

¡Ah! Mientras creísteis que era solo para vos mi bondad. ¿Me queríais egoísta, insensible para todos, y solo para vos compasiva y amante? Entonces, decís bien, amad á la Marquesa Celia; esa, á lo menos, no ama á nadie, y su modo de igualar á todos sienta mejor al egoísmo y á la vanidad de los hombres... Ya os lo dije: volveríais á ella más enamorado que nunca.

OCTAVIO

Sí, volveré; y solo siento lo que he tardado.

ROSALINDA

No tardaréis mucho más. Os espera aquí, muy cerca. Yo misma os la traeré. ¡Celia, amiga mía!

OCTAVIO

¿Está aquí?

ROSALINDA

Sí; esperaba que yo os convenciese de que no debíais perseguirla, de que ella no podía soportaros, de que...

ESCENA VII

Dichos y CELIA

OCTAVIO

¡Celia!

CELIA

Sí; yo, muy satisfecha de los buenos oficios de mi amiga. ¿No has reparado en medio alguno para atraer al Marqués á la razón? ¿Es el Luís XV en la dinastía de

mis amantes? No tengo corazón, y nunca le admití á presenciar mi tocado. No te basta con negarme el contenido y me niegas también el continente. Recomendaré los auxilios de tu amistad á cuantas amigas deseen romper con su amante...

OCTAVIO

Celia, yo no he pensado... Pensé un momento en darte celos para que supieras lo que son.

CELIA

Ya lo sé. Celos de una amiga que yo creí leal, y de mi amante, de quien nunca pude creer que me olvidara tan fácilmente...

OCTAVIO

¿Olvidarte? ¿Pudiste creerlo?... ¿Olvidarte yo?...

ESCENA VIII

Dichos, RISELA y MEDORO. Entran disputando.

RISELA

¡Pícaro! ¡Te he de matar!

MEDORO

¡Señora, señora!

ROSALINDA

¿Qué es esto? Llegáis en buena ocasión.

MEDORO

Me ha pegado. Dice que Medoro está borracho.

RISELA

¿No lo veis? Y si no le despedís de vuestro servicio, seré yo quien me vaya.

MEDORO

Porque la he visto abrazarse con el Capitán en el jardín.

RISELA

¡Pícaro, embustero!

MEDORO

El Capitán, que ha roto la cabeza al señor Lauro. Medoro lo ha visto, porque no está borracho.

ROSALINDA

Qué dices? El señor Lauro...

RISELA

Sí señora, sí; el Capitán le ha roto la cabeza... Por eso fué el abrazarle.

OCTAVIO

¡Pobre filósofo!

ESCENA IX

Dichos y PEDRO

PEDRO

¡Señora!

ROSALINDA

¿Qué ocurre? ¡Día horrible!

PEDRO

La cacatúa...

ROSALINDA

¿Qué?...

PEDRO

Se soltó de la cadena y fué á picar al mono, que fingía dormir; el mono la cogió por el cuello y la ha destrozado; el mono también está mal herido; ya sabéis que no se podían ver de envidia.

ROSALINDA

¡Todos lo mismo! Las personas, los animales...

MEDORO

¡Pobre Medoro!

PEDRO

Yo no tuve la culpa...

ROSALINDA

Sí, sí; no quiero saberlo.

ESCENA X

Dichos y LAURO, con una venda en la cabeza.

ROSALINDA

¡Señor Lauro!

LAURO

No es nada.

OCTAVIO

En la cabeza... Menos mal, había defensa.

LAURO

¡Por amor vuestro!

ROSALINDA

No, señor Lauro. Mi amor no es de nadie. Recoged vuestro libro y volved al estudio de vuestra filosofía, y vosotros *(al Marqués y á Celia)*, ya lo veis, seguid vuestro camino, que solo dos á dos ofrece paso... Eso es lo que llamáis amor. Yo quise amar á todos, y por ver á todos dichosos, solo desdichas he ocasionado. El amor es preferencia, es elección, ya lo veo.

OCTAVIO

Sí, Rosalinda; es preciso elegir.

CELIA

No se puede amar á todo el mundo.

ROSALINDA

Sí, es más fácil no amar á nadie.

LAURO

Y cuando os decidáis á elegir, Rosalinda, ¡seré tan dichoso!...

ROSALINDA

No, Lauro; ya vísteis qué poco puede fiarse de mí y y de vuestra filosofía. Mi amante es el amor... *(Cogiendo las rosas que habrá al pie de la estatua y deshojándolas.)* Como estas rosas de su altar pagano he deshojado mi corazón, que nadie podrá llamar suyo, como quiere amor que un corazón lo sea, porque mi amor... es amor de amar.

TELÓN

¡LIBERTAD!

COMEDIA EN TRES ACTOS DE SANTIAGO RUSIÑOL

Estrenada en el Teatro de la Comedia el día 17 de Marzo de 1902.

(Traducción del catalán.)

REPARTO

ACTORES	PERSONAJES
EL NEGRO JAUMET. . .	1.er acto Niño Sillo. 2.º y 3.er acto Sr. Tallaví.
MARTÍN.	Sr. Morano.
DON PATRICIO..	» Vallés.
EL MAESTRO..	» Mendiguchía.
DON ANTÓN.	» Gonzálvez.
JEPET..	» Mora.
BASILIO.	» Mata.
ALCALDE (el y ex). . . .	» Rubio.
EL SECRETARIO.	» Sepúlveda.
EL PERIODISTA.	» López Alonso.
EL FOTÓGRAFO..	» Cayuela.
FLORENTINA..	1.er acto Srta. Santiago. 2.º y 3.er acto Sra. Pino.
DOÑA CARMEN.	Sra. García.
LA SECRETARIA.	Srta. Sampedro.

Tres menestrales.—Tres obreros.—Tres obreras.
Dos mujeres.—Un exaltado.—Acompañamiento.

¡LIBERTAD!

ACTO PRIMERO

Una plaza en un pueblo.

ESCENA PRIMERA

JEPET, don ANTÓN, BASILIO y MARTÍN

JEPET

¿Y á qué hora es eso de la lápida?

ANTÓN

Dentro de un rato. Primero vendrá don Patricio con el Ayuntamiento; entrará en la sala de actos con todos los honores de rúbrica; le entregarán el título de hijo adoptivo honorario, y después aquí, en la plaza, terminará la ceremonia con memoria, discursos, descorrer la cortina y vivas á esto y vivas á lo otro...

BASILIO

¡Tontunas!

ANTÓN

¿Pues qué harías tú?

BASILIO

¡Ya sabéis cómo las gasto! Soy socio de San Mus, y soy de los de la Cachera; ¡toda gente de broma!

ANTÓN

Ya lo sabemos. ¿Pero que harías en este caso?

BASILIO

Quiero decir que los de San Mus hacemos estas cosas de otra manera. Nada de lecturas ni de discursos. Una buena broma que dé qué hablar, sin ofender á nadie. Por ejemplo, á don Patricio llenarle los bolsillos de cohetes, volcarle la tartana...

ANTÓN

Se ofendería, de seguro. Don Patricio es hombre serio. Ha hecho el viaje de ida y vuelta de América á aquí, y viceversa, para que le nombren hijo adoptivo, y no está para cohetes ni para vuelcos.

BASILIO

¡Demasiado ha hecho con venir!

ANTÓN

¡Es hombre emprendedor!

JEPET

¡Ya!... ¿Pero qué ha hecho por el pueblo? Pregunto yo: ¿Nos ha quitado los consumos? ¿Ha hecho leyes igualitarias? ¿Ha nivelado el presupuesto ordinario del Municipio económico? Vuelvo á preguntar: ¿Ha dado libertad al pueblo?

BASILIO

¡Muy bien dicho!

ANTÓN

¡Alto, señores! Don Patricio es muy fraternal para todos, y, tocante al ramo de progreso, le debemos mucho. Ya habéis visto, tocante á industria, la fábrica que ha edificado; una fábrica en que cabrá todo el pueblo, tan perfecta y tan progresiva, que se puede decir que andará sola. Todo se moverá con un manubrio por la combinación del mecanismo, sin que se sienta á los hombres para nada.

BASILIO

Se le da cuerda, y en marcha. ¿No es eso?

ANTÓN

Pero con decoro. Allí el obrero depende de la máquina. No necesita saber nada: la vigila, la limpia... la... y ¡alza, máquina!

BASILIO

Eso es progresar. ¿Verdad, Martín?

MARTÍN

Sí, si la máquina no os coge por el cuello.

ANTÓN

Después, ya habéis visto la nueva calle de casas. ¡Cómo están hechas todas! Del modo más igualitario. No hay una más alta que otra. ¡Tan exactas, tan derechas, con tanta caligrafía!... Allí, cuando aquello marche, todos tendrán el mismo jardín, las mismas vistas, las mismas luces, la misma obscuridad y las mismas alcobas. Todo en regla. Nivelación obligatoria para todos y libertad para cada uno.

BASILIO

¿Quién no está conforme?

ANTÓN

Además, tienen un subsuelo para hacer un escarmiento con los microbios; los que no se mueran quedarán inutilizados. ¿Y el ramo de enseñanza, y el ramo de higiene, y el ramo de riego?...

BASILIO

¿El del himno?

ANTÓN

De agua natural. Y una escuela de artes y oficios, y una caja de seguros para los muertos y otra caja para los vivos.

BASILIO

¡Eso es broma! ¿También caja para los vivos?

ANTÓN

Un montepío.

JEPET

Alguna mira se llevará don Patricio con todo eso.

ANTÓN

¿Qué miras han de ser? Miras progresistas que ha traído de América.

BASILIO

Usted ha estado allí, ¿no es verdad?

ANTÓN

¡Claro que estuve! Y allí aprendí el culto á la libertad. Aquello es terreno joven, terreno nuevo. Allí el hombre es libre, la mujer libre y los hijos más libres

todavía. Allí se encuentran inventos por las puntas de los dedos, y todo se hace á máquina.

MARTÍN

Y esos inventos, ¿sirven para que los hombres sean mejores y más dichosos?

ANTÓN

¿Y para qué quieres que sirvan? Todos para mejora de la raza humana. ¿Que aquí hay tres clases de vapor? Allí catorce. ¿Que aquí te casas una vez? Allí seis, y en vida de la difunta si quieres, gracias al divorcio. ¿Que aquí hay una religión? Allí tienes un muestrario de religiones, todas de confianza. ¿Que aquí puedes tener un par de chicos? Allí una docena para ti, otra para tu mujer y, los que te sobren, para el Estado de la nación, que paga nodrizas laicas que te los crían de un modo que, cuando vuelven, ni tú mismo los conoces, y... ellos conocen menos á su padre y á su madre.

BASILIO

¿Y no se gastan bromas por allí?

ANTÓN

¡Nunca! Es terreno serio. Allí no harías carrera.

BASILIO

¿Y usted cómo la hizo?

ANTÓN

¿Yo? Tuve un café y fuí presidente de un casino.

JEPET

¿Y estuvo usted mucho tiempo?

ANTÓN

Tres meses.

JEPET

No era para hacer dinero.

ANTÓN

Por eso no lo hice. Pero adquirí ideas... ideas, que valen más.

JEPET

Y don Patricio, ¿habrá ganado mucho?

ANTÓN

¿En ideas?

JEPET

¡En dinero, hombre, en dinero!

ANTÓN

No lo sé. Yo no he estado en esa América.

BASILIO

¿Pero hay más de una?

ANTÓN

Hay muchas. Allí hay mucho de todo. Don Patricio estuvo en la Isla de Cuba, y allí, el que tiene ingenio, ya tiene hecha su suerte.

JEPET

No sé qué diga. ¡Eso de haberse traído un negro!...

ANTÓN

No es un negro: es un negrito.

JEPET

¿Y no es lo mismo?

ANTÓN

¡Qué ha de ser! Los negros eran esclavos, los negritos son independientes y libres. Si alguien conserva alguno, como don Patricio el suyo, es que son negros... nacidos en casa, negros de nido, que se han encariñado con él y no saben volar. Pero la esclavitud no existe. Todos somos unos. Son iguales á nosotros gracias á nuestros principios, á nuestras ideas políticas y á la supresión de colores por miras humanitarias.

BASILIO

¡Muy bien dicho!

JEPET

¡Eso es hablar como Dios manda! (*Salen del Ayuntamiento alguaciles y serenos, en dos filas. El Periodista, que sale con ellos, se detiene en el café.*)

ESCENA II

Dichos y el PERIODISTA

PERIODISTA

(*A don Antón.*) Prepare usted la sorpresa, que ya van á buscar á don Patricio.

ANTÓN

Todo estará á punto.

PERIODISTA

¡Qué fiesta! ¡Qué gran fiesta!

MARTÍN

Fiesta cívica.

PERIODISTA

¿Cómo cívica? ¡Una apoteosis, una verdadera apoteosis! Ya verán ustedes *El Clamor del Pueblo*. ¡Preparo un número!... A la moderna, cosmopolita.

ANTÓN

¿Qué ha hecho usted, qué ha hecho usted?

PERIODISTA

Nada de artículos. Nada de literatura ni tonterías. Un taquígrafo siguiendo á los que hablan, y, con las mismas palabras, á la imprenta; y un fotógrafo sacando instantáneas de todo lo que pase, y de la fotografía á á la máquina. Dos columnas de texto y dos columnas de *clichés*...

MARTÍN

¿Nada más?

PERIODISTA

Y cuatro planas de anuncios.

BASILIO

¡Bravo!

PERIODISTA

Y dejo á ustedes, porque no puedo entretenerme. Señores...

ANTÓN

¡Adelante el cuarto poder!...

ESCENA III

Dichos y el MAESTRO

MAESTRO

(Al periodista, al salir.) Y no se olvide usted del negrito, que es de lo más curioso que se ha visto en el pueblo.

ANTÓN

¡Buenas, señor Maestro!

MAESTRO

Es un negro auténtico. No es de los más negros ni de los más claros, pero es digno de figurar en cualquier colección de negros.

BASILIO

¿Pero no son iguales todos los negros?

MAESTRO

Hay muchas variedades y numerosas castas. Este no es de los más puros: es cruzado.

JEPET

¿Y cómo se conoce de qué familia son?

MAESTRO

Están clasificados como los coleópteros.

BASILIO

¿Y es gente alegre? ¿Saben gastar bromas?

MAESTRO

¡Ya lo creo! Bromas salvajes. Se atraviesan las narices con anillos y agujas y se adornan con cuentas de colores, como aquí la aristocracia del género femenino; pero los verdaderos salvajes prefieren las danzas guerreras.

MARTÍN

Como aquí.

MAESTRO

Pero con otras armas. Sus luchas varían en los detalles. Van á la guerra bailando, y aquí van muy serios. No temen á la muerte, y aquí... ¡Dios nos dé muchos años de vida! Aquí vamos por la negra honrilla, y allí van por divertirse ó para defender á los suyos.

BASILIO

¿Y qué color político tienen?

MAESTRO

No entienden de política. Cazan, pescan y se defienden de los blancos que les visitan.

BASILIO

¿De nosotros?

MAESTRO

Son tierras vírgenes. Allí la bestia no está domesticada: es siempre bestia. Allí no hay escuelas como aquí. Allí no pagan maestros (¡ay!, como aquí) y no tienen cultura.

ANTÓN

¿Y porqué leyes se gobiernan?

MARTÍN

Mejores que las vuestras.

MAESTRO

¡No diga usted! Viven en el obscurantismo. Las luces del siglo no han llegado hasta ellos, ni los adelantos, ni...

MARTÍN

¡Y pobres de ellos cuando lleguen! Cuando vivan á la moderna tendrán consumos, quintas, ejércitos uniformados, hasta comités y sufragios. Todo, menos el derecho á ser felices.

ANTÓN

¿Y ahora lo son?

MARTÍN

Pueden serlo. No tienen llena la cabeza de novedades mal aplicadas.

MAESTRO

¡Alto, alto, joven! ¿Y el telégrafo? ¿Y el vapor?

MARTÍN

Muy bueno todo para que el hombre ande más de prisa, pero no para que ande mejor. Todo ello no es un fin: es un medio.

ANTÓN

¿En tan poco estimas el progreso?

MARTÍN

En más que vosotros.

BASILIO

Lees demasiado.

MARTÍN

Y tú nada.

ANTÓN

Como no haces más que leer no tienes trato, ni pacto social, ni partido político.

MARTÍN

Y estoy muy bien solo.

MAESTRO

Ya cambiarás.

MARTÍN

Cambiad vosotros, si estáis á tiempo todavía. Sois de una raza que muere; estudiad antes de ser hombres, que hasta ahora solo sois niños viejos.

MAESTRO

Vaya, Martín; hoy es día de fiesta. Dejemos las querellas intestinas.

BASILIO

Dice bien el Maestro; que cada cual sea dueño de pensar y de no pensar...; pero siempre con libertad de pensamiento. *(Sale don Antón.)*

ESCENA IV

Dichos y doña CARMEN con una amiga.

CARMEN

Desde aquí lo veremos muy bien. Nos sentaremos.

MAESTRO

(A doña Carmen.) Veo con satisfacción que espera usted el acto solemne.

CARMEN

¿Quiere usted sentarse, señor Maestro?

MAESTRO

Muy agradecido al honor que me dispensa la señora presidenta de las damas grises.

CARMEN

Chico, trae unas sillas.

ESCENA V

Dichos y el PERIODISTA con el FOTÓGRAFO

PERIODISTA

Usted aquí, y no se mueva usted hasta que vengan. Enfoque usted lo que se ponga por delante. No escatime usted placas. En cuanto uno abra la boca, usted abre el objetivo y *plaf*, *plaf*... palo de ciego: todo lo que se le ponga á usted por delante. No escatime usted placas.

FOTÓGRAFO

No tenga usted cuidado.

PERIODISTA

Le dejo á usted. No puedo detenerme... ¡Qué día, qué día para la pobre prensa! *(Sale.)*

CARMEN

Siéntense, que no pueden tardar.

ESCENA VI

Dichos. La SECRETARIA; después la comitiva.

SECRETARIA

(Con dos hijas de María.) ¡Ya vienen!

LAS HIJAS

Ya están aquí.

SECRETARIA

Los hemos visto, doña Carmen. D. Patricio va muy ufano... Muy peripuesto, con una leontina que no sé cómo no le rompe el chaleco de lo que pesa.

MAESTRO

¿Y el negrito?

SECRETARIA

El negrito va tan modoso y tan quietecito... Tiene la cara triste, como un retrato de un niño de esos que ponen en los nichos... Le han vestido como á un hospiciano en día de fiesta, y lleva una gorra con visera de marfil. Será marfil de algún animal de allí, de América.

MAESTRO

De búfalo, seguramente.

SECRETARIA

En medio del gorro le han puesto la borla de un sillón, que le cae así... ¡Pobre! No es mal plantado; pero tan negro, y con los brazos tan largos, parece una mona sabia...

CARMEN

Tengo curiosidad de verle.

SECRETARIA

Ya deben estar cerca. D. Patricio tiraba cuartos á los hicos, y con los empellones por cogerlos, por poco no natan al negrito. ¡Pobre! Al ver aquellos apretones pa-ecía un pájaro asustado, y se cogía á los faldones de u amo, gritando y llorando como un niño blanco... ¡Mi amo, yo volverme! ¡Yo miedo blanco! ¡Yo aquí mo-irme, mi amo!» Y tembloroso y aturdido suspiraba de an hondo y lloraba tan amargamente, con unos lagri-nones, que ¡vamos... daba pena verle!

MAESTRO

Los negros son muy expresivos. Es una raza muy nímica.

SECRETARIA

Ya vienen.

MAESTRO

Sí... Ya los tenemos aquí, con toda la comitiva.

ESCENA VII

Dichos, la comitiva y el PERIODISTA

PERIODISTA

¡Viva don Patricio!...

TODOS

¡Viva!...

PERIODISTA

¡Viva el hijo adoptivo de este pueblo! ¡Viva el padre de la patria!...

TODOS

¡Viva!...

SECRETARIO

(Al Alcalde.) Vamos, ahora el discurso.

ALCALDE

Dice usted...

SECRETARIO

¡Vamos!... ¡suéltelo usted!

ALCALDE

Allá va: ¡Villatanos! Profundamente conmovido...

SECRETARIO

¡Muy bien!

ALCALDE

Conmovido, en esta ocasión solemne... sí, solemne... propicia é inolvidable en la historia, larga y, no obstante, gloriosa de las páginas de este pueblo... No sé si bastarán mis fuerzas para salvar á nado la línea de flotación y diluir en ella las ideas que quisiera transmitiros... Seré breve.

TODOS

¡Bravo!...

ALCALDE

Seré breve y corto. Al penetrar en los umbrales de la Casa de la Villa el eximio hijo natural, que hoy hemos nombrado adoptivo... No hace otra cosa que penetrar, por la voluntad del pueblo, en los umbrales de su propia casa.

TODOS

¡Bravo!...

ALCALDE

Él es algo más que hijo del pueblo: es padre... es algo más... es abuelo... ¿Qué digo? Es nuestro padre eterno, porque eterna será su memoria, que vivirá por siempre esculpida en los pergaminos de nuestra historia.

PERIODISTA

(A los chicos.) Dejad en paz al negrito.

CHICO

¡No se despierta, señor Maestro!

MAESTRO

¡Déjale, niño!... Es tristeza natural.

ALCALDE

Él nos trae de lejanas tierras la luz de la civilización, la luz eléctrica, que ha de sacarnos de las sombras en que hasta ahora vivimos... Luz que nos llevará al adelanto con todas las fuerzas vivas, uniendo en un solo impulso, al capital y al trabajo, las clases proletarias con las clases directoras, la palanca de la prensa con las creencias venerandas de nuestros antepasados, el perfume del incienso con el humo de las grandes chimeneas... ¡Las chimeneas! Esos sagrados obeliscos de las modernas necrópolis...

SECRETARIO

¡Sublime!

TODOS

¡Bravo! ¡Bravo!... ¡Viva el Alcalde!

PATRICIO

¡Señores!

PERIODISTA

¡Silencio!

PATRICIO

Yo no acostumbro á hablar. Yo... hechos... No esperéis de mí un discurso, que allí en América no he tenido tiempo de derramar elocuencia. Yo soy hijo del trabajo... un hijo virgen, un hombre que, si la fortuna ha mimado con sus preciosos dones, ha sido reconquistada con el sudor de mi rostro...

TODOS

¡Bien, bien!

OBRERO

¡Viva el trabajo!...

PATRICIO

Yo no he hecho nada por el pueblo...

TODOS

¡Sí, sí!...

PATRICIO

¡No!

TODOS

¡Sí, sí!...

PATRICIO

Yo os digo que no... No ser tozudos. Más ha hecho el pueblo por mí, que me ha hecho nacer en días, ¡ay! muy lejanos...

PERIODISTA

¡Un momento! No mueva usted los brazos. Así... ¡Listo!... Muchísimas gracias, don Patricio.

PATRICIO

No hay de qué... Solo tengo de deciros, compatri-
ios... una gran declaración. Vuelvo á América, pero
ondequiera que la muerte me sorprenda, yo os pro-
neto enviaros mi cadáver, que quiero sea enterrado, ¿y
omo no?, donde allí mismo ví la luz del sol por prime-
a vez en mi vida.

PERIODISTA

¡Música, señores, música! (*Música, aplausos.—La
omitiva entra en el Ayuntamiento.*)

ESCENA VIII

Doña CARMEN, MAESTRO, La SECRETARIA,
El NEGRO, JEPET, BASILIO y depués la comitiva.

CARMEN

Han sido dos sermones magníficos.

MAESTRO

Han tenido conceptos muy precisos.

SECRETARIA

Hija, para hablar bien, el vicario que tenemos en las
ijas...

MAESTRO

¿Ustedes han oído hablar de Cicerón?

SECRETARIA

¿Era escolapio?

MAESTRO

Era una especie de misionero pagano; vivió en la antigüedad clásica y murió en tiempos muy nebulosos.

CARMEN

¿Qué gritos son esos?

MAESTRO

Los chiquillos, que no dejan al negro.

CARMEN

Tráigale usted acá... ¡Vaya, chicos, á casa... y no atormentéis al negro! ¿No veis que es vuestro?...

MAESTRO

¡A casa, microbios inciviles!...

CARMEN

Acércate, hijo mío. ¿Quieres un caramelo? ¡Qué negro es! ¿Cuántos años tienes?

NEGRO

Diez.

CARMEN

¿Y de dónde eres?

MAESTRO

Casi nunca lo saben. Son razas problemáticas difíciles de resolver.

CARMEN

¿Y cómo te llamas?

NEGRO

Me llamo... moreno...

CARMEN

¿Moreno? Moreno no es nombre cristiano... ¿No te han bautizado, hijo mío?

SECRETARIA

¡Qué le han de bautizar! Entre esa gente...

CARMEN

Se me ocurre una idea... Pedir á don Patricio que nos lo deje, y lo bautizaremos.

SECRETARIA

¡Sería una fiesta solemne! Usted como presidenta de las damas grises, podría encargarse de los preparativos; las hijas de María nos cuidaríamos de todo: de vestir al negro, de adornar el altar, de buscar un buen misionero.

CARMEN

¡Qué día para los creyentes y para nuestros cofrades! Señor Maestro, pida usted que nos dejen al negro.

SECRETARIA

Yo ví una vez bautizar á uno, y fué una verdadera gloria. ¡Qué lujo! ¡Qué trajes las señoras! ¡Y qué gracioso estaba el negro! Le vistieron de negro, quiero decir, todo el traje negro: pantalón negro, chaqueta negra, calcetines negros... Lo menos negro era la cara. No le rizaron el pelito, porque los pobres ya lo tienen rizado naturalmente... Era una monada. Si hubiera sido blanco, hubiera parecido un ángel. Vistieron el altar todo de azul con muchas flores, y predicó un fraile blanco, todo de blanco, que habló mucho de los negros, de las Indias, de los herejes y de las misiones de China,

donde por mil sellos se compra un chinito para convertirlo...

CARMEN

¿Un chinito?

SECRETARIA

Un chinito. Habló tan bien, con tanta expresión, que todos llorábamos... menos el negro, que se quedó dormido junto á un confesionario.

CARMEN

Nada, nada, aquí haremos una fiesta igual. Si nosotros no bautizamos á esa criatura, nadie pensará en ello. Escucha, ¿no tienes padre ni madre?

NEGRO

No señora.

SECRETARIA

¡Pobre! ¡Ni padre ni madre!

MAESTRO

¿Y no te gustaría tenerlos?

CARMEN

¡Vamos, no llores! Ya los tendrás cuando seas grande.

SECRETARIA

¿Sabes leer?

NEGRO

Un poquito.

CARMEN

Y lo entiende todo. Contesta muy bien.

SECRETARIA

Parece un monito.

MAESTRO

Desciende del mono.

CARMEN

Debe ser muy triste ser negro.

MAESTRO

¡No lo crea usted! Son muy alegres y muy ingeniosos.

CARMEN

Entre ellos, no digo; pero lejos de su tierra, sin el consuelo de la familia, no pueden estar muy alegres.

SECRETARIA

¡Pobre! ¡Qué delgadillo está!

CARMEN

¿Estás malo?

SECRETARIA

¿Y qué sabe la criatura?

CARMEN

Ven acá. ¿Cómo os crían en vuestro pueblo? ¿Os cantan la *nana*? ¿Os cuentan cuentos? ¿Porqué tiemblas? ¿Tienes frío, hijo?

SECRETARIA

Debe tener miedo.

CARMEN

¿Miedo? ¿Porqué?

SECRETARIA

¡Qué sé yo! De nosotros.

MAESTRO

Miedo á los extraños, como un animalillo perdido.

CARMEN

Vamos adentro, si tienes frío.

NEGRO

No quiero; mi amo me pegaría.

CARMEN

¿Te pega, hijo?

MAESTRO

Se acostumbra á pegarlos. Lo exige la tradición, y así se fortalece la raza.

CARMEN

Pues nosotros no queremos que te peguen, ¿lo oyes? ¡Nada, señor Maestro! Usted se encarga de que el negrito se quede en el pueblo. Será nuestro, de todos, y entre todos haremos de él una persona.

ESCENA IX

Dichos, PERIODISTA, ALCALDE, SECRETARIO, don PATRICIO, don ANTÓN y la comitiva.

PERIODISTA

¡Viva don Patricio!

TODOS

¡Viva!...

ALCALDE

Muy bien.

SECRETARIO

Ha estado colosal.

PERIODISTA

Ya es nuestro hijo.

PATRICIO

¡Gracias, señores! No soy digno, no soy digno...

PERIODISTA

¡Viva el benemérito!

TODOS

¡Viva!...

JEPET

(A Basilio.) Ya vuelven. Dura más la broma que las de San Mus.

BASILIO

Pero es una broma muy pesada.

ALCALDE

Ahora, señores, pasemos á inaugurar la lápida.

SECRETARIO

Vamos allá. «¡Señores!... En el día veinticuatro del mes de Septiembre...

ALCALDE

¡Tira ya!

SECRETARIO

»Etcétera, etcétera... Habiendo este Municipio acordado que... etcétera, etcétera. Visto los méritos del ilustre don Patricio, Gran Cruz de Carlos III, Comendador y demás. Habiendo entrado en el pueblo en el carro del Progreso; habiendo fundado en la villa fábrica, casas obreras, hospital, escuelas, subsuelo, etcétera, etcétera, etcétera...

ALCALDE

Suprime las etcéteras.

SECRETARIO

»En vista, pues, de...

MAESTRO

Pausa.

SECRETARIO

»De tantos y tantos méritos; considerando además que *item,* el pueblo es acreedor eterno de... vuelta... *(vuelve la hoja)* por las mejoras nombradas y por el susodicho carro del antedicho Progreso, acuérdase con la mayor unanimidad sustituir el nombre vetusto de la Plaza de los Condes y llamarla por siempre Plaza Mayor de la Villa del Ilustre Don Patricio. ¡He dicho!»

TODOS

¡Muy bien! ¡Bravo!...

BASILIO

¡Vaya un nombre largo!

JEPET

Así se mata el tiempo.

ALCALDE

Vamos con la lápida. Descorre la cortina. «En este momento solemne de la historia de nuestro pueblo...

PERIODISTA

¡Corriendo, que traigan una escalera!

ALCALDE

»Momento supremo, momento...

PERIODISTA

¡Rómpela si no corre!

ALCALDE

»Momento que marca el paso de nuevas glorias... No sé qué decir...

PERIODISTA

¡Tira de una vez!

ALCALDE

»Momento de gritar con todas nuestras fuerzas: ¡Vivan los pueblos que adelantan marchando siempre hacia adelante! ¡Vivan los pueblos que saben arrancar... arrancar... el velo de la ignorancia!...» ¡Gracias á Dios!

TODOS

¡Viva!... ¡Bravo!...

BASILIO

Cayó el telón.

JEPET

Pero sigue la comedia.

TODOS

¡Viva!... ¡Viva!...

PATRICIO

Gracias, pueblo mío. Me voy conmovido, me voy triste, me voy orgulloso. ¿Cómo no? Me voy...

PERIODISTA

Espere un momento. *(A don Antón.)* Ahora la sorpresa.

ESCENA X

Dichos, FLORENTINA y NIÑAS

ANTÓN

Anda, Florentina; no tengas miedo.

FLORENTINA

¡Ay, padre!

ANTÓN

¡No tengas miedo!

FLORENTINA

Señor de alma varonil,
aceptad sin dilación
estas flores, que son dón
de nuestra mano infantil.
Ellas nacen del pensil...

¡Padre, me da miedo!

ANTÓN

¡Vamos, niña!

FLORENTINA

¡Me da miedo, padre!

ANTÓN

¡Si es un negro como los otros! ¡Vamos, niña!

FLORENTINA

Ellas nacen del pensil
y del amor que sentimos...

(Se echa á llorar.)

PATRICIO

¡Déjela, déjela!... Muy bien, niña, muy bien.

ANTÓN

En casa lo decía de corrido. ¡Da un beso al negrito!

FLORENTINA

¡Me da miedo, padre, me da miedo!

ANTÓN

¡Dale un beso en seguida!

FLORENTINA

¡No quiero!

ANTÓN

¡Bueno! Un abrazo. *(Le abraza y le besa.)*

TODOS

¡Muy bien, Florentina, muy bien!

PERIODISTA

¡Viva la unión de las razas!

TODOS

¡Viva!...

MAESTRO

Esto llega al corazón de todos los que tenemos sangre en las venas. ¡Hasta las piedras se conmueven! Aprovecharé la ocasión de una escena tan patética para haceros una demanda en nombre de estas señoras.

PATRICIO

Diga...

MAESTRO

Que deje usted al negro en el pueblo. Todos se lo pedimos: las señoras, las autoridades, la prensa, las clases pudientes y mi humilde personalidad.

PATRICIO

¡Pero... señores!...

MAESTRO

¡No nos desaire usted, don Patricio!

SECRETARIA

¡Déjenos usted al negro!

PATRICIO

No creáis que es un esclavo...

ANTÓN

No importa. Será todavía más libre.

CARMEN

¡Déjenosle usted!

ALCALDE

El pueblo entero le servirá de padre.

CARMEN

Y nosotras de madre.

MAESTRO

Le instruiremos...

SECRETARIA

¡Háganos usted ese obsequio!

PERIODISTA

Usted tendrá otros...

PATRICIO

Tengo unas seis docenas.

ALCALDE

Entonces... ¿qué le importa á usted uno menos?

TODOS

¡Que se quede!... ¡Que se quede!...

PATRICIO

Bueno; que se quede. Deseo daros una nueva prueba de que os quiero más que mi plata. Quédate en el pueblo, moreno. Serás un hombre libre, y que la libertad te ampare, que yo me voy al otro mundo, país de las libertades.

ANTÓN

¡Viva la libertad!

TODOS

¡Viva!...

NEGRO

¡Mi amo!...

PATRICIO

Quédate con esta gente de bien.

NEGRO

¡Mi amo!... ¡Yo querer seguirte!

PATRICIO

¡Te mando que te quedes!

ANTÓN

¡Viva la libertad!

TODOS

¡Viva!... *(Salen don Patricio, etc.)*

ESCENA XI

Doña CARMEN, la SECRETARIA, el MAESTRO, JEPET, BASILIO, MARTÍN, el NEGRO y las dos Hijas de María.

CARMEN

Bueno. Ya eres nuestro. Veremos si eres bueno. Te daremos nombre, que no tienes; te daremos educación, y serás como nosotros.

SECRETARIA

¡Vaya! Vamos á casa, que papá nos espera. Usted tendrá cuidado del negro. *(Sale con el Maestro y las dos Hijas.)*

CARMEN

¡Vayan ustedes con Dios, señores! Y ahora me acuerdo: yo también tengo que marcharme; es la hora del

rosario... ¿Y cómo voy á la iglesia con el negro? Me seguiría la gente... Se lo dejaré á Jepet. Mira, Jepet, aquí te dejo al negro; ya lo recogeré á la vuelta. *(Sale.)*

JEPET

¿Y voy á quedarme yo con el negro? ¡El que quiera negros, que los compre! Cuida tú de él, Basilio, que yo no quiero compromisos.

BASILIO

Y yo, menos. Estas son bromas muy pesadas. Mira, hijo, juega por ahí un ratillo, que ya vendrán á buscarte. Piensa que todos somos unos. Piensa... lo que quieras, y, sobre todo, piensa que eres libre. *(Sale.)*

NEGRO

¡Mi amo! ¡Mi amo! ¡Madre! ¡Madre mía!...

TODOS

¡Viva la libertad! ¡Viva la igualdad!

MARTÍN

¡Y no hay una ley que castigue á estos asesinos! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una sala en el Casino.

ESCENA PRIMERA

Don ANTÓN y JEPET

ANTÓN

Pues, sí señor; desde el día del entierro de don Patricio empecé á tomar cariño al negro...

JEPET

Ya es fecha.

ANTÓN

Diez años hará...

JEPET

¿Y todavía se acuerda usted?

ANTÓN

Me acordaré siempre. ¡Pobre don Patricio! Bien cumplió su promesa. A poco de haberle declarado hijo adoptivo, se nos murió y nos envió su cadáver con gran

ceremonia... Tú no estabas aquí entonces, y no pudiste verlo...

JEPET

A mí los entierros no es cosa que me divierte.

ANTÓN

Pues éste sí te hubiera gustado: fué muy lucido. Delante iba el difunto presidiendo la comitiva, detrás la música tocando *El entierro de las víctimas;* lo más triste que sabían... Detrás una porción de parientes que nadie conocía, pero que, al olor de los pesos, brotaron como la mala hierba... Detrás el Orfeón, El Pensil, el médico, el arrendatario de consumos, la pareja y obreros y señorío... Todos muy serios y muy enlutados.

JEPET

¿Y Jaumet, el negro, iría también?

ANTÓN

¡Vaya! De luto por dentro y por fuera... Como le habían bautizado pocos días antes fué con los trapos de cristianar. ¡Pobrecillo! Te hubiera dado lástima. Detrás del cortejo, como perro sin amo...

JEPET

¿Y fué hasta el Camposanto?

ANTÓN

Allí fueron nuestras fatigas. Enterramos á don Pa-

tricio en aquel panteón tan bonito, que parece un dibujo de álbum... ya tú lo has visto...

JEPET

¡Qué panteón ni qué panteones!... ¡Igualdad ante la tumba! Un número en cada una, y basta; que la familia se acuerde del número.

ANTÓN

Aprobado. Pues, como digo, allí fueron las fatigas. Cuando el negro vió caer la losa, comprendió lo solo que se quedaba, y como un náufrago, agarrándose desesperado á la anilla de la piedra, gritaba. «¡Mi amo! ¡Yo no moverme! ¡Yo quererle! ¡Yo quedarme con mi amo!» Y nos vimos y nos deseamos para poder arrancarle de allí... como quien arranca de raíz un ciprés viejo.

JEPET

¡Resabios de la esclavitud en que ha vivido!

ANTÓN

Por eso mismo me dió tanta lástima que me le llevé á casa, para que aprendiera de cerca las leyes de la democracia y quitarle de manos de las damas grises.

JEPET

¡Muy bien hecho! ¡Las damas grises!... Las cosas claras, nada de medias tintas.

ANTÓN

¡Y tan claras! Le he educado como á mi chica, sin hacer diferencias odiosas en nada y para nada.

JEPET

¡Como si fueran hermanos! Igualdad de parentesco.

ANTÓN

Y he tenido suerte con los dos. He querido que la chica estudiara como un hombre...

JEPET

¿Y estudia?

ANTÓN

Nada... Yo quise imbuirla eso del feminismo... y acabará por imbuirse. En cuanto al negro, estudia y trabaja como... lo que es, como un negro. Es inteligente, es honrado... Tiene inculcadas las ideas y sabe más que todos nosotros.

JEPET

Como que el mozo ha recibido muy buenos ejemplos.

ANTÓN

Y todavía le tendría en mi casa si no fuera porque mi divisa es libertad. ¡Libertad para todos, sean animales, sean personas!

JEPET

¡Pues más libre que el negro!... Sin padre, sin madre, ni perro que le ladre...

ANTÓN

Por lo mismo, y porque don Patricio se lo regaló al pueblo como si fuera un lorito; en la próxima Junta ya sabes en lo que hemos quedado, le nombraremos vocal, para nombrarle presidente cuando convenga.

JEPET

Cuando le convenga á usted.

ANTÓN

Veo que nos entendemos.

JEPET

Yo haré lo que usted quiera. Hoy por usted, mañana por mí y pasado mañana por... los dos.

ANTÓN

No digas una palabra, que es una sorpresa.

ESCENA II

Don ANTÓN, MARTÍN, el NEGRO y JEPET

ANTÓN

¡Hola, jóvenes! Ya veo que acudís á la Junta general; el hombre ha de ser solidario y no faltar á los actos públicos.

MARTÍN

No faltar ni sobrar.

ESCENA III

Dichos y MENESTRAL 1.° y 2.°

MENESTRAL 1.°

Señor Antón, encienda usted el gas, que vamos á jugar una partida.

JEPET

La cuestión es no perder el tiempo.

MENESTRAL 2.°

Y menos en el billar, que cuesta á peseta la hora.

JEPET

Pero es en beneficio total. Igualdad de juego y de ganancia.

ANTÓN

Ya tenéis encendido.

MENESTRAL 1.°

Yo impondría á todos los socios una hora de billar obligatoria.

MENESTRAL 2.°

Se puede añadir un artículo al Reglamento. *(Entran en el billar. Quedan solos Martín y el Negro.)*

MARTÍN

¿Conque vienes á la Junta? ¿No es eso?

NEGRO

¿Porqué me lo preguntas?

MARTÍN

No te ruborices, hombre... No ha de conocérsete.

NEGRO

Dime. ¿Porqué me lo preguntas?

MARTÍN

Porque leo en tu pensamiento. ¿Porqué has de avergonzarte de confesar qué quieres, si es verdad que quieres; si solo vienes aquí por ella, no á escuchar frases más vacías que un nicho vacío, sino á embriagar tus ojos y tus labios con la alegría de verla?... ¿Porqué has de avergonzarte?

NEGRO

Y no me avergüenza. Demasiado sabes que los únicos momentos felices de mi vida son los que paso cerca de ella. Pero escucha; sí sé que la quiero, que me dejaría matar por ella, eso sí lo sé, lo sé de cierto... pero no sé si este cariño que siento es gratitud de huérfano... cariño de hermano... Lo que sé es que cuando no la veo me parece que el cielo se nubla, y cuando la veo llegar alegre, sonriente, con aquella claridad de aurora color de rosa, que ilumina su frente, me parece que se abren de par en par las puertas del cielo de mi tierra.

MARTÍN

¡Pobre Jaumet! ¡Bien te explicas!

NEGRO

Desde que estoy aquí, solo oigo hablar de leyes y de deberes y de derechos, y yo no sé de otras leyes que la ley de quererla. A todas horas me dicen que soy libre, y yo, te lo juro, la única libertad que deseo es la libertad de estar cerca de ella, de ser su esclavo... de vivir encadenado en sus brazos para siempre.

MARTÍN

¿Y ella te quiere?

NEGRO

Cuando la hablo de cariño... se ríe, pero su risa es tan dulce que no quiero saber más... Puede que ni me escuche; pero ¡qué importa!, la hablo, la veo... Es bastante.

MARTÍN

¡Oh, juventud! Arde en ti todavía el fuego de tu tierra; procura que el frío de aquí no hiele tu alma.

NEGRO

¿Porqué? Todos me quieren. He trabajado, he estudiado, me he hecho un hombre...

MARTÍN

Ese es el mal.

NEGRO

¿Que me haya hecho un hombre?

MARTÍN

Sí. Mientras eras un niño..., un juguete de movimiento que distraía á los niños de los ricos, eras... un entretenimiento gracioso para todos; eras... un negrito. Te mandaban á recados, te hacían bailar la danza de tu país, y, como te compadecían porque eras débil, te daban de comer y te vestían con lo que les sobraba. Pero á medida que te has hecho hombre ya eres el negro á secas, y todos te querrán... de lejos, porque de cerca asustas á los niños y los asustarás á ellos. Si logras ser rico, gracias á tu inteligencia, no te querrán los pobres, y si te haces independiente no te querrán los ricos ni los pobres.

NEGRO

¿Qué debo hacer entonces?

MARTÍN

Hacerte un mundo para ti solo. Sigue mi ejemplo. Cuando yo era una oveja mansa, una oveja boba y me llevaban por donde querían, todos eran á mirarme. Pero cuando me aparté de su reata no tuve más amigos que los libros y á los hombres por enemigos. Créeme: si tratas á los hombres como á blancos, te tratarán como á negro. ¿Entiendes?...

NEGRO

Entiendo, entiendo...

MARTÍN

Pues piensa en lo que te digo, que yo me voy al desierto.

NEGRO

¿Al desierto?...

MARTÍN

Al desierto de esta casa, al salón de lectura. Nunca entra nadie. Allí están mis únicos amigos. *(Sale.)*

NEGRO

¡Que viva solo! ¡Más solo todavía! ¿No estoy bien solo? Bastante lejos me veo de todos y... de ella. Todos me dicen que soy libre; ¿para qué quiero ser libre?

ESCENA IV

EL NEGRO, FLORENTINA y BASILIO

FLORENTINA

¡Ja, ja!... Estás de broma.

BASILIO

Bueno; pero piensa en lo que te he dicho.

FLORENTINA

¡Está bien, hombre! Lo pensaré.

BASILIO

Espero la contestación. *(Sale.)*

FLORENTINA

¡Hola, Jaumet!

NEGRO

¡Estás muy alegre!

FLORENTINA

Como siempre.

NEGRO

Más que nunca. ¿Qué te decía Basilio?

FLORENTINA

¡Calla!... No me hagas reir más.

NEGRO

Pero, ¿qué te decía?

FLORENTINA

No es ningún secreto. Me ha dicho si me quería casar con él, y espera mi contestación.

NEGRO

¿Y por eso te ríes?

FLORENTINA

Yo me río de todo, y mucho más si me hablan de casamiento.

NEGRO

A mí no me da risa.

FLORENTINA

¡Qué seriedad! ¿Qué tienes?

NEGRO

¿Y qué vas á contestarle?

FLORENTINA

¿Yo? Nada. Se quedará sin contestación.

NEGRO

Gracias, gracias, Florentina.

FLORENTINA

¿Gracias? ¿De qué? ¡Es raro!... Cuando estás triste, pareces más negro; cuando estás alegre, pareces casi tan blanco como nosotros.

NEGRO

¿Sabes porqué? Porque no tengo negra el alma. Y cuando un rayo de alegría ilumina mi corazón, el alma se transparenta y se asoma á mi cara.

FLORENTINA

Pues debes estar muy alegre.

NEGRO

Sí lo estoy. No puedo acostumbrarme á la idea de que te cases algún día. ¡He sido tan feliz hasta ahora, Florentina!...

FLORENTINA

Sí hemos sido felices. Desde pequeños siempre juntos... ¡Eras tan gracioso de niño!... Me seguías por todas partes como un perrillo.

NEGRO

Como un perro negro. Y te reías mucho de mí, te reías siempre.

FLORENTINA

¿No quieres que me ría?

NEGRO

Sí. ¡Ríe, ríe!...

FLORENTINA

Y tú también.

NEGRO

¡Yo no puedo reir! Cuando no se ríe de niños, ya no se ríe nunca. ¡Llorar, sí sé!... A llorar aprende uno solo.

De niño nunca ví reir á nadie: todos serios, todos tristes... Ni un beso, ni un abrazo, ni una mirada cariñosa, ni una sonrisa de compasión... Sin nadie, sin una mujer extraña siquiera que me haya tenido en su regazo.

FLORENTINA

¡Pobre Jaumet! Yo, en cambio, tan alegre. Los primeros años de mi vida fueron una fiesta continua de cariños, de besos... Unos años en que todo era primavera. Tardé mucho en andar, porque mi madre no me soltaba de sus brazos. En hablar, más aún, porque mi madre adivinaba cuanto yo quería decir. ¡Pobre madre! Murió muy pronto, pero dejó en mi corazón alegría para toda la vida.

NEGRO

¡Para toda la vida!...

FLORENTINA

Figúrate que mi padre quería hacerme estudiar. ¡Pobre padre! Pero yo no quería estudiar, solo quería aprender á vivir.

NEGRO

Y á querer.

FLORENTINA

Y á querer. Que me digan dónde se aprende á querer, á ser buena madre; que me lo digan, y estudiaré día y noche. Pero llenarme la cabeza de sentencias, de discursos, de números... ¡Ja, ja, ja!... Es muy pequeña mi cabeza para eso. ¿No es verdad, Jaumet?

NEGRO

No sé lo que me dices. Te miro y te escucho... y me parece que no hay música más dulce en el mundo.

FLORENTINA

¡Ja, ja!...

NEGRO

Y si no te oyese me moriría de pena. ¿Te acuerdas, Florentina, del día en que nos conocimos?

FLORENTINA

¡No he de acordarme! Me daba miedo de ti.

NEGRO

Y á mí vergüenza de mirarte.

FLORENTINA

Nunca había visto un niño... como tú.

NEGRO

Y yo no volveré á ver á nadie... como tú. ¿Te acuerdas del beso que nos dimos?

FLORENTINA

¡No he de acordarme! ¿Y tú?

NEGRO

¡Si me acuerdo! Lo guardo en el corazón, lo guardaré siempre. Todavía, si cierro los ojos, lo siento en mis labios, que tiemblan al sentirlo, y vuelvo á guardarlo bien dentro como una reliquia. Será el único que pueda guardar en mi vida. ¿Y tú, y tú, has guardado así el mío?

FLORENTINA

¿Yo?... Como me río siempre... se me escapó al reirme.

NEGRO

Y ahora, ¿no te doy miedo?

FLORENTINA

Nunca me has dado miedo. Al contrario, ¡si casi me alegro de que seas así, de que no seas blanco como los demás! Así puedo quererte de otro modo.

NEGRO

¡Así puedes quererme... de otro modo!

FLORENTINA

¡Ja, ja!... ¿Porqué me miras así?

NEGRO

¡No te rías de mí, te lo suplico; no te rías de mí!

FLORENTINA

Vuelves á obscurecerte.

NEGRO

Más que una noche sin estrellas. Pero dime que me quieres, que me querrás siempre, y mi vida y mi alma se llenarán de luz para siempre.

FLORENTINA

Siempre te he querido.

NEGRO

Como á un juguete, como á un muñeco de cartón que te hubieran traído los reyes, como un monillo que te divertía. Pero piensa que también soy hombre, que tengo sangre en las venas como todos, que soy de carne y hueso como todos... ¡No te burles de mí, Florentina! Tenme cariño ó tenme odio, ¡pero no me tengas compasión! Trátame un momento siquiera como á un blanco... ¡y mátame después como á un negro!

FLORENTINA

¡Nunca me habías hablado así!

NEGRO

Todos me quieren, pero todos me quieren como á un perro. Y entre tanta gente que me rodea me siento como un náufrago perdido en medio del mar. En un desierto no me hallaría tan solo como aquí, á todas horas, en esta tierra poblada de gente.

FLORENTINA

¡Jaumet! ¿Qué tienes, Jaumet?

NEGRO

Perdona, Florentina...

FLORENTINA

No tengo que perdonarte. ¡No llores, Jaumet!... ¡Mira, que vienen!... ¿No quieres que yo esté alegre? Si me quieres, no estés tan triste. ¡Calla, calla! ¡Voy!... Si nos vieran... ¡quién sabe lo que pensarían! *(Sale Florentina.)*

ESCENA V

FLORENTINA, el NEGRO, el MAESTRO y el EX-ALCALDE

MAESTRO

La puntualidad ha sido siempre mi regla de conducta.

FLORENTINA

Dejo á ustedes; no quiero molestarles.

MAESTRO

La mujer es siempre un adorno.

FLORENTINA

Un adorno... que estorba algunas veces. *(Sale.)*

MAESTRO

Eso sí. El tiempo es oro.

EX-ALCALDE

Eso debe ser una sentencia.

MAESTRO

Podía decirla en latín, pero no me entenderían ustedes.

EX-ALCALDE

Pues no canse, señor Maestro.

ESCENA VI

D. ANTÓN, PERIODISTA, MENESTRAL 1.º, 2.º y 3.º

ANTÓN

¡Adelante, compañeros, á la sesión!

MENESTRAL 1.º

Con esto de las Juntas sociales se deja uno el dinero de la semana en el billar.

MENESTRAL 2.º

Como que debiera suprimirse.

MENESTRAL 3.º

¿El Círculo?

MENESTRAL 2.º

El billar, las mesas, los palos, la manilla, el burro y todo.

MENESTRAL 3.º

Sobre todo el burro, el burro, causa de tantas desgracias en el seno de las familias.

PERIODISTA

¡Hola, señores! ¿Cuándo se empieza? ¿Adónde puedo sentarme para asistir á la Junta?

ANTÓN

Aquí. Esta es la mesa destinada á la Prensa.

PERIODISTA

No he podido traer al fotógrafo, pero vendrá mañana á hacer una instantánea del local.

ANTÓN

¿Sin nosotros?

PERIODISTA

Ustedes es lo de menos. Lo importante es el sitio del acto.

ANTÓN

Pues empiece usted á tomar apuntes, que se abre la sesión. ¡Señores!... ¡Junta general!

ESCENA VII

Dichos, JEPET, BASILIO, MARTÍN y socios.

JEPET

Vamos á discutir asuntos muy graves.

BASILIO

Hay que proveerse de elocuencia. ¡Señor Antón, una copita de *chartreuse* Garibaldi.

ANTÓN

Bébetela tú, que yo estoy aquí para cosas más serias.

MENESTRAL 2.º

¡Perder dos pesetas al burro y no poder desquitarme!

MENESTRAL 3.°

No es culpa mía. Era hora de sesión.

MENESTRAL 2.°

¡Sesión por la noche! ¡Viene uno cansado de trabajar, y entréguese usted á la oratoria!

ANTÓN

Vayan sentándose, vayan sentándose, ¡y silencio! ¿Están todos? «¡Señores!... La sesión, más ó menos magna, no es ocasión de discutirlo, convocada para hoy por la Presidencia con arreglo al artículo... 308 de los Estatutos generales, tiene por objeto la renovación de cargos.»

MENESTRAL 1.°

¡Pido la palabra!

ANTÓN

No tenga tanta prisa el socio. La Junta anterior ha llenado su misión, con tanta modestia como valor cívico, no perdonando gastos ni sacrificios y velando de día y de noche por la buena administración, que es la base social de toda sociedad ordenada con orden.

MENESTRAL 1.°

¡Pido la palabra!

ANTÓN

¡Espere el socio! ¡Caray!...

MENESTRAL 1.°

Es para una cuestión previa.

ANTÓN

¡Tiene la palabra!

MENESTRAL 1.°

Estoy en un todo conforme con lo expuesto por la Presidencia.

ANTÓN

Queda aprobado. Y siendo de la misma opinión, y como iba diciendo, en los bailes para socios de número, que han tenido lugar en el seno de la Sociedad, no ha habido apretones ni voces subversivas como otros años. El Montepío ha continuado, tocante al reparto, inspirándose en la balanza niveladora de la justicia; cuando ha muerto un socio efectivo, la Sociedad ha asistido al entierro con la misma pena por todos y la mayor igualdad de luto y fraternidad de disgusto, y el Círculo Mercantil ha cumplido con las mejores formas y crianza todos sus actos públicos, todos sus actos privados y, del mismo modo, los que no son privados ni públicos.

PERIODISTA

No hable tan de prisa. ¿Qué ha dicho ahora?

ANTÓN

Privados y públicos, y los que no son privados ni públicos.

PERIODISTA

Continúe.

MENESTRAL 1.°

(*Al Menestral 2.°*) ¡Tú, que roncas!

MENESTRAL 2.º

Estoy cansado.

ANTÓN

Dice bien el socio. ¿Es esa manera de asistir á la Junta? ¿Qué educación ni qué modos?...

MENESTRAL 2.º

¡Qué educación ni qué modos! ¿Hay libertad ó no hay libertad?

ANTÓN

Una cosa es la democracia y otra tener principios... Continúo, dejando á un lado la educación. Hemos de tener presente, y hemos de grabar en el Casino, que el pueblo de hoy no es el pueblo de ayer, donde todo se volvía bailoteo y jarana; hoy, por medio del carro del Progreso y de la antorcha de la civilización, han penetrado nuevos horizontes en todos los ramos del saber. Hoy, ¡asombráos, señores!, hasta tenemos importación.

TODOS

¡Oh!...

ANTÓN

Así como suena, ¡importación!

EX-ALCALDE

¡Pido la palabra!

ANTÓN

La fábrica social de «Sobrinos y hermanos de don Patricio» nos ha traído las grandes manipulaciones de todas las fuerzas vivas...

EX-ALCALDE

¡Que he pedido la palabra!

ANTÓN

Ya la tendrá usted, ¡caray!... Sigo y termino. Que hoy somos internacionales, aunque no lo parezca; y que al nombrar la nueva Junta, dejando á un lado toda rencilla, debemos reunir elementos de todas clases, sin atender al color político ni al color personal; una Junta mixta, una Junta *elética* que armonice las ideas de los países más geográficos con los particulares de este término.

EX-ALCALDE

¡He pedido la palabra!

ANTÓN

Espere usted.

EX-ALCALDE

Es para una cuestión de orden.

ANTÓN

Bueno; tómela usted, y calle.

EX-ALCALDE

Sí, señores; tomo la palabra porque, antes de votar á la nueva Junta, quiero que conste, como *inerrefutable*, mi voto en contra; y constará, ¡pese á quien pese!

ANTÓN

¡Si no pesa á nadie!

EX-ALCALDE

Pues aunque no pese. Digo y sostengo que los «Sobrinos, hermanos y Compañía comanditaria» han traído el descrédito y la ruina á las pequeñas industrias; han dado muerte á la propiedad, que ya venía muy malherida; que con el humo de sus chimeneas no es posible ni tender la ropa, y vamos todos como carboneros; que con el ferrocarril nadie se pára en el pueblo; que por los hilos del telégrafo solo llegan malas noticias, y que es preciso poner coto á todos esos mal llamados adelantos que nos llegan de arriba y de abajo. He dicho.

ALGUNOS

¡Bravo!...

MENESTRAL 2.°

(Despertándose.) ¡Fuera!...

ANTÓN

¡Orden!

MENESTRAL 1.°

Tiene razón.

ANTÓN

¡He dicho orden!

MENESTRAL 3.°

No es verdad.

ANTÓN

¿Cómo que no es verdad? Lo he dicho dos veces.

MAESTRO

¡Prudencia, señores, prudencia y templanza!

ANTÓN

¡Calma, calma, sobre todo! ¿Qué es lo que quiere usted?

EX-ALCALDE

Primero, que la fábrica «Sobrinos...», etcétera, no venda género en el pueblo.

ANTÓN

Aprobado.

EX-ALCALDE

Segundo, que el tren no se pare en el pueblo.

TODOS

¡Oh!...

EX-ALCALDE

Y, ya que se pare, que pare un rato más largo.

ANTÓN

Aprobado.

EX-ALCALDE

Que no se vendan bebidas ni comestibles en la cantina de la fábrica, como si fuese un convento.

ANTÓN

Aprobado.

EX ALCALDE

¡Tanto aprobado, aprobado... parece juego de compadres! Apruébeme usted algo, pero no me lo apruebe usted todo.

ANTÓN

¡Ah! ¿Sí? Pues no apruebo nada.

MARTÍN

¿Y qué importa, desgraciados?

ANTÓN

Antes de hablar pida la palabra.

MARTÍN

Por pedida; la tomo, es igual. Discutid, discutid, mientras los hechos caen sobre vosotros como losa de plomo. ¡Desgraciados!... Vivís para la competencia, y la competencia os mata; pedís abundancia, y la abundancia os ahoga. Tened cuenta que, en fuerza de inventar máquinas, no hagáis una máquina del hombre, un engranaje más en la máquina del progreso, sin alma y sin vida propias. Tened cuenta, sobre todo, de no emplear vuestros inventos como un arma suicida; que el telégrafo, el vapor, todos esos juguetes serán buenos si los empleáis para el bien, malos si solo se emplean para daño del hombre. Creedme, compañeros: competid en bondad; trabajad de pensamiento más que de obra; dad tal forma al trabajo que no sea una carga, sino consuelo de la vida; trabajad, si podéis, individualmente, que, si cada uno trabaja para todos, seréis dignos de todos; pero si todos trabajáis á disgusto, ni de trabajar seréis dignos. En lugar de los derechos del hombre, de ese triángulo que predicáis á todas horas, aceptad y bendecid los tres amores más hermosos que la gran Naturaleza nos enseña también á todas horas: el amor al amor, el amor al bien, el amor á la belleza.

MAESTRO

¿Eso es un dilema ó una figura retórica?

MARTÍN

¡Usted sí que es figura... figura de cera!

MAESTRO

Eso ya es faltar.

ANTÓN

¡Orden! Teniendo en cuenta los intereses morales es por lo que se cambia de Junta.

MAESTRO

¡No me han entendido; no quieren entenderme!

ANTÓN

Y, por lo mismo, entra en nuestros planes que se nombre á una persona nueva, tanto en color como en ideas, y esa persona es el negro... Jaumet.

TODOS

¡Bravo!...

ANTÓN

Y así ha de ser, y todos le votaremos en nombre de la libertad... ¡Que pasen esos del billar! Y demostraremos al pueblo que todos los hombres son dignos de todas las dignidades cuando las dignidades dignifican á la persona.

JEPET

Y yo lo apruebo. Todos somos iguales, y no ha de

haber diferencias ante la ley escrita ni ante la ley hablada, que la gran Naturaleza, aquí aludida por el orador que me ha precedido en el uso de la palabra, nos ha nivelado á todos, porque no existen diferencias.

BASILIO

¡Abajo las fronteras, fraternidad universal! Todos hermanos, todos unidos como ejército de paz que camina hacia el porvenir con el ramo de oliva en la mano.

MAESTRO

Símbolo de la paz y de la agricultura.

ANTÓN

Votemos, pues, al negro en nombre de la libertad.

JEPET

Y de la igualdad.

BASILIO

Y de la fraternidad.

TODOS

¡Bravo!... ¡Bravo!...

ANTÓN

Y ahora, señores, pasen á la sala de billar, ¡y á las urnas como un solo hombre!; que cuando uno ha emitido su voto, nadie sabe el peso que se le quita de encima. (*Entran en la sala.*)

ESCENA VIII

El NEGRO, don ANTÓN, BASILIO y MARTÍN

NEGRO

Dos palabras, señor Antón...

ANTÓN

Dí lo que quieras.

NEGRO

No quisiera que se ofendiera usted, ni que tomara á desaire lo que voy á decirle.

ANTÓN

¿Qué es ello?

NEGRO

No me nombre usted de la Junta.

ANTÓN

¿Porqué no?

NEGRO

Yo no sirvo para eso, ni me importa la política, ni entiendo las teorías de ustedes. Ya sé que usted lo hace por bondad, que me ha protegido usted siempre, que me ha tratado como á un hijo al lado de Florentina, pero... no me nombre usted de la Junta... No necesito de esa Junta para saber que usted me quiere.

ANTÓN

Eres honrado, eres trabajador, eres hombre de ideas...

He procurado hacerte hombre... Quiero que veas hasta dónde llega mi aprecio.

NEGRO

Entonces... Pruébeme usted que es verdad de otro modo.

ANTÓN

Dime.

NEGRO

Concédame usted .. lo que mas quiero en el mundo, lo que no sé como pedirle... Lo que sería para mí más que la vida, sí, más que la vida... Lo que ahora no es ocasión, ya se lo diré á usted otro día.

ANTÓN

¿Qué quieres decirme? ¿Qué pides?

NEGRO

La mano de su hija...

ANTÓN

¿De Florentina?

NEGRO

De Florentina.

ANTÓN

¿Pero te has vuelto loco? ¿Estás ciego? ¿No te has visto nunca? ¡No tienes un espejo!... Vaya, déjate de bromas.

NEGRO

Hablo en serio, señor Antón... y con toda mi alma...

ANTÓN

Vaya, vaya, no seas atrevido.

NEGRO

Atrevido porque la quiero... ¿Y qué motivos tiene usted para negármela? ¿No soy honrado? ¿No soy digno? ¿No soy un hombre como los demás?

ANTÓN

¿Pero qué has de ser? ¿Cómo has de serlo?... ¿No ves que eres negro?

NEGRO

¿Negro? ¿No decía usted hace un momento que no había diferencia?...

ANTÓN

Hablaba de política. Ahora se trata de cosas serias. Y vaya, no hablemos más... y agradece que no te trate de otra manera porque hace tiempo que te conozco.

NEGRO

Y yo á usted porque empiezo á conocerle ahora.

ANTÓN

Insúltame si te atreves.

NEGRO

No; no le insulto á usted, no tema usted; pero me ha engañado usted, me ha engañado usted. Me enseñó usted una fe para hacer después que la perdiera; me predicó usted lo que usted no creía; me llenó usted la ca-

beza de palabras sin sentido; me aturdió usted de progreso, de libertad, de oratoria, de fraternidad... ¡Mentira todo!... Y no fué usted solo el que me engañó... también ese que llega... y á ese farsante indigno... á ese sí que puedo insultarle, porque con ese no tengo deber ni gratitud que me contenga...

ANTÓN

Déjale, no le hagas caso.

BASILIO

Ya sé porqué se queja... No se hicieron las uvas blancas para boca de negros.

NEGRO

¡Calla, miserable!

BASILIO

¡Calla, negro!

ANTÓN

¿Qué gritos son esos? En día de sesión magna... ¡Jaumet, fuera de aquí! ¡pronto!

NEGRO

Así se echa á un ladrón... Yo soy un hombre...

ANTÓN-BASILIO

¡Fuera de aquí!

MARTÍN

No te vayas. Pueden echarte de su casa, pero no del Casino, este templo inviolable, como ellos mismos han dicho tantas veces.

ANTÓN

Ya le echarán del Casino.

MARTÍN

Lo veremos... Al escrutinio.

ANTÓN

Al escrutinio; vengan acá, señores, antes de votar.

ESCENA IX

Dichos, el MAESTRO, el EX-ALCALDE, MENESTRALES y socios.

TODOS

¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

ANTÓN

Os llamo, señores, porque las cosas han de pensarse antes de hacerse, que el hombre no es inviolable. Antes os dije que votárais por el negro... ahora os digo, que debemos darle un voto de censura y echarle del Casino.

TODOS

¿Cómo? ¿Porqué?.

ANTÓN

Ha insultado á la presidencia en pleno, ha hecho peticiones subversivas y, valiéndose de la libertad que disfruta, se ha permitido libertades en la Junta.

MARTÍN

¡Mentira!

ANTÓN

¡Orden! Hà pretendido sembrar cizaña en el seno de la unión, destruir nuestros principios... nuestros sagrados principios, que tanta constancia nos cuesta conservar... Y por todo esto, y aun sin nada de esto, pido solemnemente que se le eche del Casino...

MARTÍN

¿Y quien va á echarlo?

ANTÓN

Todos le echaremos.

MAESTRO

Abramos una amplia discusión.

MARTÍN

No discutiré con gentuza como vosotros... Tenéis el cerebro muy estrecho; pueden danzar en él unas cuantas palabras, pero no cabe un pensamiento. Nunca afrontásteis la verdad desnuda, con toda su hermosa desnudez, como debe ser la verdad, ó la vestís de hojarascas retóricas, y ni siquiera es nuevo el vestido que la ponéis; es una túnica ampulosa zurcida con retazos mal traducidos en libros que ni entendéis ni podéis entenderlos...

MENESTRAL 1.º

¡Nos insulta á todos!

TODOS

¡Fuera!...

ANTÓN

¡Llamo al orden al orador!

MENESTRAL 2.°

¡Que hable! ¡Que hable!

TODOS

¡Fuera!...

ANTÓN

¡Orden!... ¡Orden!...

MARTÍN

Gritad cuanto queráis para poner orden. El orden no quiere gritos. El orden está en la variedad, no en la uniformidad, y vosotros queréis poner librea á la vida; pero no lo conseguiréis. La Naturaleza no lo permite, y manda más que vosotros.

EX-ALCALDE

Ya decía yo que el negro nos daría disgustos.

BASILIO

¡Que le echen! Un hombre así pone en ridículo al Casino.

NEGRO

Y un hombre como usted, lo deshonra.

MARTÍN

¡Bien dicho!

BASILIO

¡Fuera el negro!...

TODOS

¡Fuera! ¡Fuera!...

MARTÍN

Si el color, diferente al vuestro en la piel de un hombre, os espanta, ¿qué no harán las ideas que no sean como las vuestras? ¡Echad al negro, pronto, gente pequeña y miserable; echadle, no perturbe vuestras ideas de reata!

TODOS

¡Fuera los dos! ¡Fuera!...

ANTÓN

¡A votar!... Que se sienten los que no estén conformes... (*Todos se sientan, menos el Menestral 2.º*)

MARTÍN

¡Muy bien! ¡Bravo! Para destruir vuestra obra veo que no necesitáis urnas...

ANTÓN

Quedan expulsados por gran unanimidad.

MARTÍN

¡Sí! Ya está fuera... ¿Y en nombre de quién le habéis echado?

ANTÓN

De la mayoría.

MARTÍN

¿Y aquella fraternidad?

BASILIO

Eso era en tiempo ordinario...

MARTÍN

¿Y la igualdad ante la ley?

JEPET

Nosotros no somos la ley.

MARTÍN

¿Y el derecho á la libertad?

ANTÓN

Tenemos la libertad de suprimirlo.

MARTÍN

Y nosotros la de deciros que, si en alguna parte existiera la pobre libertad, no sería en vuestro espíritu, porque la misma libertad quedaría presa en la red de vuestro cerebro estúpido... Vámonos de aquí... Dejémoslos apiñados... que necesitan apoyarse unos en otros para sostenerse... No son dignos de estar solos... La soledad es para los hombres.

TODOS

¡Fuera de aquí! ¡Fuera!... ¡Fuera!... (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Una plaza en las afueras del pueblo.

ESCENA PRIMERA

El NEGRO y CHICOS

UN CHICO

¡Negro!...

OTRO

¡Déjale estar, que duerme!

CHICO

¿Te da miedo?

OTRO

Sí que me da miedo. Dice mi madre que cuando se enfada se pone muy rabioso.

CHICO

Pues á mí no me da miedo. ¡Negro! ¡Negro!...

OTRO

¡Corre, que enseña los dientes! *(Salen corriendo.)*

ESCENA II

El NEGRO, don ANTÓN, el MAESTRO y el EX-ALCALDE

ANTÓN

¿Qué es eso?

EX-ALCALDE

¿No ve usted? Que huyen del negro.

ANTÓN

¡Qué pillería!

MAESTRO

¡Guano moral, detritus de la sociedad!

EX-ALCALDE

¿Lo ven ustedes? Es lo que yo dije en la Junta. Entre esta pillería y las dichosas máquinas nos han traído la huelga y nos traerán muchos disgustos.

MAESTRO

Disgustos y controversias.

EX-ALCALDE

Las máquinas van tan de prisa que es imposible seguirlas sin quedar reventado. Saben mucho. No les falta más que hablar. Y de aquí provienen los conflictos, la vagancia, la abundancia de género y la falta de pedidos.

MAESTRO

Todo ello es falta de equilibrio. He consultado á fondo las estadísticas, ¿y quieren ustedes saber, en confianza, lo que dicen las estadísticas?

ANTÓN

¿Qué dicen?

MAESTRO

Pues... no dicen nada. Dudan...

EX-ALCALDE

Lo mismo que nosotros.

MAESTRO

Pero dudan más de lo justo. Ahora bien, á más de sus dudas también nos dicen que hay más máquinas que hombres.

ANTÓN

¡Calle usted! ¡Si lo que sobran son brazos!

MAESTRO

Para el caso es igual.

EX-ALCALDE

Pues nada más fácil que resolver la huelga.

ANTÓN

¿Cómo?

EX-ALCALDE

Suprimiendo máquinas ó suprimiendo brazos.

MAESTRO

Eso es hablar sin conocer los textos. Suprimir brazos es muy difícil; suprimir máquinas no es menos difícil. Unos y otras tienen raíces muy hondas: los primeros en el individuo, y las segundas en las fábricas.

ANTÓN

Tienen más raíces que ese árbol...

MAESTRO

No nos queme usted el símbolo.

ANTÓN

¡Por no verle tan desmedrado!... Con su corsé...

MAESTRO

Así se va secando. Estos árboles primitivos no crecen al calor de las fábricas.

ANTÓN

Volvamos á América los ojos del pensamiento: allí libertad de cultos, libertad de incultos, libertad de trabajo, libertad de vagancia, libertad... para todo. Allí no tienen un solo árbol de la libertad como este arbolito virgen... Allí tienen bosques espesos.

MAESTRO

Selvas vírgenes...

ANTÓN

¡Qué vírgenes! ¡Más que vírgenes! Selvas madres,

selvas urbanizadas, y presidiendo los Estados aquella gran estatua de una pieza, y con la antorcha eléctrica que ilumina todas las libertades de todos los pueblos á la redonda.

EX-ALCALDE

¿Y qué quiere usted decirnos con ese discurso?

ANTÓN

Quiero decir que, supuesto que los obreros por la izquierda y los «Sobrinos y Compañía» por la derecha, tan dignos unos por la levita como los otros por la honrada blusa...

MAESTRO

La blusa es la sotana laica.

ANTÓN

Bueno. Pues ya que la sotana obrera y la mitra industrial nos han honrado con el honroso cargo, al par que espinoso, de ser intermediarios mixtos para resolver la huelga, lo primero que hemos de recordarles es...

MAESTRO

Que ha estado usted en América.

ANTÓN

Eso ya lo saben. Que el trabajo debe ser libre, que la huelga debe ser no menos libre y que hemos de emplear todos los medios para que trabaje el que quiera.

EX-ALCALDE

Verá usted cómo no nos hacen caso.

ANTÓN

Bueno. También son libres de no hacernos caso.

MAESTRO

Desengáñese usted. Todos estos males solo se remedian con la instrucción obligatoria.

ANTÓN

Pero el asunto es urgente, y no es cosa de instruirlos de prisa y corriendo.

EX-ALCALDE

¡Claro está!

ANTÓN

Y menos por obligación, que es una real orden democrática.

MAESTRO

Y dragoniana.

ANTÓN

Conque dejémonos de obscurantismos y pongámonos de acuerdo.

EX-ALCALDE

Yo, por mi parte, aconsejaré á unos y á otros que evolucionen con orden y urbanidad, y, en último caso, que de una parte se supriman máquinas y de otra parte que se supriman bocas.

MAESTRO

Eso es. Equilibrio mutuo.

ANTÓN

Verá usted cómo ninguno quiere suprimir la suya.

MAESTRO

En ese caso que digan lo que quieran, y se les hará usticia.

ESCENA III

Dichos y el PERIODISTA

PERIODISTA

Señores, ¿qué saben de la huelga?

MAESTRO

Que no se trabaja.

PERIODISTA

Yo sé que los «Sobrinos y Compañía anónima de don Patricio» se contenta con aespedir veinte hombres.

ANTÓN

Los que no se conformarán serán los despedidos.

MAESTRO

Es de temer.

PERIODISTA

¡Ya lo creo! Y así lo diré en este número, que será una cosa estupenda. ¡Qué suerte para el periódico poder hablar de una huelga vista, vívida, tomada de cerca! ¡Qué información, qué tirada!

EX-ALCALDE

Sí que ha tenido usted suerte.

PERIODISTA

Sobre todo en este pueblo, donde no pasa nada... Ni un motín, ni una epidemia, ni un bonito crimen... No sabe uno cómo llenar el número. Pero ya verán ustedes mañana. Seis columnas de opiniones sobre la huelga. ¡Seis columnas!

MAESTRO

El pórtico de un templo griego.

PERIODISTA

El pórtico de la ciudad nueva. *(Sale.)*

ANTÓN

¡Adiós, palanca ilustrada!

ESCENA IV

Dichos y JEPET

JEPET

Vengan ustedes, que tenemos reunión con «Sobrinos y Compañía».

ANTÓN

¿Qué sucede?

JEPET

Los ánimos están muy exaltados. Basilio se ha puesto al frente del comité de la huelga.

EX-ALCALDE

Sí, siempre fué un burgués.

MAESTRO

Le habrán inoculado la vacuna democrática.

JEPET

El caso es que ahora predica á voz en grito la fraternidad, y pide que sean expulsados todos los forasteros que trabajan en el pueblo.

ANTÓN

¿Y tú qué opinas?

JEPET

Que todos somos iguales, pero dentro de ciertos límites y mirando por uno primeramente.

ANTÓN

Vamos, señores, á ofrecer á todos...

MAESTRO

Y á parlamentar pacíficamente con la Gerencia de «Sobrinos comanditarios y Compañía». *(Salen.)*

ESCENA V

El NEGRO, doña CARMEN, la SECRETARIA y las Hijas de María.

CARMEN

¡Ay, Dios mío! ¡Qué agitación hay en el pueblo! Todas son reuniones y Juntas. Hasta las señoras andamos de conferencias; pero las nuestras, gracias á Dios, son más tranquilas.

SECRETARIA

¡Bueno está todo!

CARMEN

La culpa es de tanto forastero como hay en el pueblo, que han venido á destruir las creencias y virtudes domésticas.

SECRETARIA

Ahí tiene usted á Jaumet.

CARMEN

¡Buena pécora ha salido el tal Jaumet! ¡Ya podía haberse largado de aquí! Yo pensaba que, al bautizarle, le hubiéramos dado la gracia; pero... sí, sí... Es un borrón que nos ha caído en el pueblo.

SECRETARIA

No hable usted así, doña Carmen. ¡Todos somos hermanos!

CARMEN

¡Vaya un regalito que nos hizo don Patricio!

SECRETARIA

¡Ay, vamos, vamos, que vienen los huelguistas!

CARMEN

Sí, sí. ¡Huyamos de las turbas!

ESCENA VI

El NEGRO y obreros.

OBRERO 1.°

Esto solo se arregla á tiros.

OTRO

Pero hemos de ir todos á una.

OBRERO

¡Compañeros, solidaridad y unión!

OTRO

¡Libertad para todos!

OBRERO

Vamos á reunirnos...

OTRO

¿No vienes, negro?

OBRERO

¡Déjale! Ese no es de los nuestros. *(Salen.)*

ESCENA VII

El NEGRO y dos mujeres.

MUJER 1.ª

Mira el negro...

MUJER 2.ª

No le mires. Cada vez que le veo me sucede alguna desgracia; prefiero que se me rompa un espejo.

MUJER 1.ª

¡Si ser negro debe ser un castigo!...

MUJER 2.ª

¡Calla, que allí viene su novia! *(Salen.)*

ESCENA VIII

El NEGRO y FLORENTINA

FLORENTINA

Se burlan, le insultan... ¡Y salen de la iglesia! Si los oyeras no dormirías así, ¡pobre Jaumet negro!... No

dormirías si supieras que yo te estoy mirando y que ya no me río al mirarte.

NEGRO

¿Quién hablaba? ¿Eras tú? ¿Eres tú, Florentina?

FLORENTINA

Sí, yo soy.

NEGRO

Es verdad...

FLORENTINA

¿Que tienes, Jaumet?

NEGRO

Creí que soñaba contigo y veo que no es sueño... ¡No te alejes, Florentina!...

FLORENTINA

Sí, te dejo; ¿pero qué tienes?

NEGRO

Me pasa... que tú me abandonas, que me muero de frío y mí único consuelo es el calor de tu mirada, y ya solo en sueño me mirarán tus ojos...

FLORENTINA

Siempre te miré con cariño...

NEGRO

Pero nunca me miraste á fondo. Escúchame, Florentina; quiero decirte lo que soñaba, para que digas si mi

sueño es verdad. Me veía en un país blanco, de un blanco frío, de un blanco de tumba, de un blanco de tierra helada... Me habían llevado en un barco, con velas negras... y me habían dejado allí, entre hombres pálidos con ojos color de acero... Todos se burlaban de mí, porque no era como todos... Todos me veían pasar como una fiera perseguida; me arrojaban piedras para que pasara más de prisa, y yo iba caminando como un enfermo del color, como un apestado, como un leproso... Siempre era de noche para mí en aquel pueblo, siempre hacía frío... un frío de tierra extranjera. Y yo caminaba, caminaba siempre, porque todas las puertas se me cerraban. Al final del camino descubrí una capilla pequeña, alegre como un nido de ángeles... y en un altar bajo un rayo de luz, una figura blanca, no de aquel blanco del pueblo... una blancura suave, de consuelo, que iluminaba el alma... un resplandor de gloria...

FLORENTINA

Debía ser nuestra Virgen...

NEGRO

Eras tú, Florentina, tú, con el velo blanco y el ramo de flores de aquel día, cuando te conocí... Caí de rodillas, te rezaba, te pedía que me mirases, y, al mirarme tú, soñe más que nunca, soñé, soñando, que eras mía; que vivíamos juntos en aquel santuario, y que, muy lejos de nosotros, huían para siempre todas las negruras...

FLORENTINA

¡Pobre Jaumet!

NEGRO

Pobre de cariño y sediento de amor...

FLORENTINA

Siempre te quise...

NEGRO

Siempre me tuviste compasión... Pero no quiero soñar más, Florentina, para despertar á la noche. Escúchame; por ti he vivido aquí como una fiera acorralada; por ti he sufrido gustoso la peor esclavitud, la esclavitud del desprecio; por ti me han arrojado del Casino, como se arroja la basura de la casa... Me han escarnecido, han derramado dentro de mí la amargura de hiel de todo el pueblo... He visto cómo todos se reían delante de mí de los sentimientos más sagrados que guardaba en mi alma, y todo lo he soportado porque no podía vivir lejos de ti; porque prefería verme escarnecido, pisoteado, que me escupieran á la cara... Todo, si, te veía, mejor que ser rey del mundo y de la fortuna si no estaba cerca de ti... Por ti, el mundo entero, por ti la vida... Todo lo que podía dar el pobre negro... Pero necesito saber la verdad... háblame claro, Florentina; dime, por última vez, si puedo esperar todavía... ¡Pero calla, si solo he de oir de tus labios palabras de indiferencia!

FLORENTINA

¿Porqué me quieres tanto, Jaumet? Yo te quiero, puedes creerlo, pero no como tú quisieras. Cuando hablas, cuando comprendo tus sentimientos... me pareces

mejor que todos. Oyéndote, eres para mí un hermano. Cuando te miro... eres un extraño. No sé cómo explicártelo. Tu alma es hermosa..., pero el alma no vive sola. Te quiero así... como eres..., y quisiera que, siendo siempre tú, no fueras... como eres.

NEGRO

Entiendo. Es mi color. ¡Ah, si pudiera arrancar esta barrera negra!... De rodillas subiría á la cumbre de las montañas, tan cerca del sol, que su luz iluminara por siempre esta noche eterna que nos separa.

FLORENTINA

Vuelves á soñar.

NEGRO

Sí, sueño. Siempre soñé... Soñé una realidad, que es una infamia negarme; soñé con una familia, con una mujer que sea mía; con tener hijos como los de todos.

FLORENTINA

¡Ay, Jaume! Tú has dicho ahora lo que yo no quería decirte. No serían como los de todos... serían como tú... ¿Y qué vida tendrían tus hijos? Volverían á sufrir el mismo calvario que tú...

NEGRO

¡Calla, por Dios, Florentina! ¡Es verdad!... Tienes razón... ¡Estaba ciego, loco!...

FLORENTINA

¿Comprendes qué pena sería?

NEGRO

¡Qué remordimiento! Tienes razón, mucha razón... Lo comprendo por mi desdicha. Déjame, Florentina, déjame... No eres tú quien me deja... ¡Es la fatalidad! Piensa que para el pobre negro has sido más que una mujer, más, un amor. Has sido su fe, su religión, el ídolo blanco que le besó un momento y volvió al cielo...

FLORENTINA

¡Jaumet!...

NEGRO

¡Déjame, déjame!...

FLORENTINA

El beso que me diste... le guardé para tí. Es mi último recuerdo. ¡Adiós, pobre Jaumet! Mi alma estará contigo... El alma es libre... *(Sale.)*

NEGRO

¡Sí, huye de mí! ¡No caiga sobre ti la maldición que va conmigo! ¡Huye para siempre, y no vuelvas á mirarme! ¡Es la santa ilusión... y la ilusión no vuelve!

ESCENA IX

El NEGRO y MARTÍN

MARTÍN

¿Qué tienes?

NEGRO

¡Ay, Martín!...

MARTÍN

¿Qué tienes? ¡Habla!

NEGRO

¡Déjame llorar! Para eso sí soy libre. ¡Ha muerto mi última esperanza!

MARTÍN

¡Valor! También los desengaños fortifican y templan el alma.

OBREROS

(Dentro.) ¡Viva la libertad!...

NEGRO

¡Dichosos los que esperan! Todavía hay que creer en la hermosa libertad. ¡Son los obreros, Martín, los obreros! Ellos pueden ampararme.

MARTÍN

También son esclavos.

NEGRO

Son de los míos.

MARTÍN

No. Eres tú de los suyos.

NEGRO

Me ayudarán...

MARTÍN

No pueden.

NEGRO

¿Quién se lo impedirá?

MARTÍN

La lucha por la existencia.

NEGRO

¡No destruyas mi última ilusión! *(Entran los obreros.)*

MARTÍN

¡Tu última ilusión!... ¡Ya vienen á enterrarla!

ESCENA X

El NEGRO, MARTÍN, BASILIO, un EXALTADO, el PERIODISTA y obreros.

BASILIO

(Subido en un banco.) ¡Viva la fraternidad!

TODOS

¡Viva!...

EXALTADO

¡Abajo las fronteras!

TODOS

¡Abajo!...

BASILIO

Sobre todo, unión, compañeros. Todos somos herma-

nos. ¡Viva el amor universal!, este será nuestro lema. ¡Viva el lema!

TODOS

¡Viva!...

BASILIO

Aquí viene la Comisión mixta.

TODOS

¡Viva la Comisión!

ESCENA XI

Dichos, don ANTÓN, EX-ALCALDE, JEPET y el MAESTRO

ANTÓN

Gracias, compañeros, gracias.

BASILIO

¿Qué condiciones han propuesto?

EX-ALCALDE

¡Calma, calma!....

BASILIO

Las conclusiones, ¡pronto!

EX-ALCALDE

Explanadas punto por punto á «Sobrinos Hermanos» nuestras justísimas peticiones, han contestado con mucha razón.

JEPET

No pueden tener razón...

EX-ALCALDE

¡Calma, calma!... Que las nuevas máquinas traen consigo revoluçiones.

JEPET

¡Ya les daremos revoluciones!

BASILIO

¡Calle, hermano!

EX-ALCALDE

Y, como á medida que las máquinas aumentan, necesitan menos hombres...

JEPET

¡Destruiremos las máquinas!

MAESTRO

Entonces, ¿para qué haberlas inventado?

OBRERO 2.º

Nosotros no las hemos inventado.

TODOS

¡Las conclusiones, las conclusiones!...

BASILIO

Al grano. ¿Cuántos hombres quieren despedir!

EX-ALCALDE

Veinte justos.

OBRERO 2.°

¿Veinte obreros?

BASILIO

¿Veinte de los nuestros?

MAESTRO

¡Es una infamia!

OBRERO 2.°

¡O todos ó ninguno!

TODOS

¡Sí, sí!

EX-ALCALDE

Y si no, ¡tiros!

BASILIO

¡Siga la huelga!

TODOS

¡Sí, sí!

EX-ALCALDE

¡Respetad la ley!

OBRERO 2.°

¡La ley la ponemos nosotros!

EX-ALCALDE

¡Viva el exterminio!

PERIODISTA

Ese grito merece un telegrama. ¡Corro al telégrafo! *(Sale.)*

NEGRO

Amigos míos, con gritos y con violencias no tendréis más razón.

BASILIO

Hablas así porque tienes sangre de esclavo.

NEGRO

¡Y tú de cobarde!

MAESTRO

¡Prudencia, sobre todo, prudencia!

BASILIO

¡Atención, compañeros! Todavía no ha llegado la hora de borrar las fronteras. No despidan á veinte hermanos nuestros.

TODOS

¡No, no!

BASILIO

Pero hay en el pueblo mucho extranjero, muchos que nada tienen que ver con nosotros.

NEGRO

¡Habla claro! Lo dices por mí, ¿no es eso?

BASILIO

Sí, compañeros. El más extraño para todos nosotros es el negro. Nunca creyó en nosotros.

NEGRO

No es verdad. Cuando en nadie creía, aún creía en vosotros. Creía que era vuestro hermano, y ni esa ilusión me dejáis.

BASILIO

Quiere conmover al auditorio.

NEGRO

No temas. No estorbaré tus planes. Prosigue con tus discursos mientras haya quien los escuche.

BASILIO

¡Calla, esclavo!

NEGRO

Esclavo, sí; pero no lo seré de vosotros.

MARTÍN

¿Dónde vas?

NEGRO

No lo sé. A mi patria ó á buscar una patria nueva, donde me quieran de verdad ó donde de verdad me maten de un solo golpe, no á pinchazos escondidos entre caricias.

MARTÍN

Dices bien. ¡Huye de aquí, huye, hombre primitivo; huye de esta torre carcomida, y busca la tierra ideal en que todos serán redimidos! Los pájaros viven sin leyes, y bien saben volar. Sus leyes son las alas.

BASILIO

Nosotros no tenemos alas.

MARTÍN

Si las tuviérais no sabríais qué hacer de ellas. Sería como una máquina más que pesaría sobre vuestras espaldas.

NEGRO

¡Adiós!... ¡No os maldigo, que no sé maldecir!

MARTÍN

Después de tantos discursos, ¿no os remuerde la conciencia al ver que debe abandonaros?

ANTÓN

Es libre de hacer lo que quiera. ¡Viva la libertad!

TODOS

¡Viva!...

MARTÍN

¡Viva siempre! Pero tened en cuenta que, si no sois dignos de conquistarla, no seréis dignos de poseerla.

BASILIO

Muchachos, ¡viva la libertad!

TODOS

¡Viva la libertad! (*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA

EL TREN DE LOS MARIDOS

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro Lara el día 18 de Abril de 1902.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA JACOBA.	Sra. Valverde.
CARMEN.	Srta. Suárez.
CLOTILDE.	» Domus.
DOÑA CONCHA.	» Alba.
FELISA.	Sra. Parejo.
GRACIA..	Srta. Rodríguez.
MANUELA.	» Quijada.
PAQUITA..	» Ziur.
PEPITA.	» Mauri.
EDUARDO.	Sr. Romea.
ANGEL.	» Santiago.
EMILIO.	» Barraycoa.
GASTÓN.	» Montenegro.
HILARIO.	» Vigo.

La acción en un pueblo de Madrid, el primer acto; en otro pueblo el segundo.

Derecha é izquierda, las del actor.

EL TREN DE LOS MARIDOS

ACTO PRIMERO

Sala modesta en un hotelito. Puerta al foro y cuatro laterales. Pocos muebles y malos. Un piano viejo al foro derecha. Cuerdas con ropa blanca tendida de un lado á otro de la escena.

ESCENA PRIMERA

CARMEN y FELISA. Felisa escribe.

CARMEN

(Examinando la ropa blanca tendida, para ver si está seca.) ¡Felisa! ¡Felisa! ¿Pero no escribes?

FELISA

Con este calor no se me ocurre nada.

CARMEN

¿Escribes á tu hermana Julia?

FELISA

Sí. ¿Quieres algo?

CARMEN

Recuerdos míos y de mamá y de Emilio, y que se divierta mucho.

FELISA

¡Ya lo creo que se divertirá en San Sebastián! ¡Lo que yo me he divertido allí de soltera!...

CARMEN

Parece que lo dices con pena.

FELISA

¡Si á mí me hubieran dicho que iba á pasar un verano sin ir á San Sebastián!

CARMEN

Eso quiere decir que te aburres aquí con nosotras.

FELISA

No digo eso... Pero tú no sabes lo que es aquello, aquel Casino, aquel boulevard, la concha... ¡y tanta gente, tanta gente!...

CARMEN

Yo he veraneado siempre aquí, desde niña, cuando el pueblo no era nada; cuando se llamaba todavía «Las Corralizas». Corraliza de Arriba y Corraliza de Abajo, como las tostadas; y no había más hotelito que el de don Crisanto, el marido de doña Concha; así es que le tengo á esto mucho cariño, como se lo tiene mamá y

como el pobre papá. Aquí conocí á Emilio, aquí estrenó su primera obra y yo trabajé en ella para un beneficio; él también trabajó; estuvo graciosísimo. ¿Tú nunca le has visto trabajar? Es mejor que muchos actores. Hicimos también una comedia de papá y, al final, Emilio improvisó unos versos dedicados á la memoria de papá. Aquella delicadeza conmovió á mamá: sabes que para mamá es sagrada la memoria de papá, y que para mamá no hay más comedias que las de papá. A mí también me parecen muy bonitas; pero no diré, como mamá, que las de Emilio no valen nada. Emilio tiene mucho talento, y sobre todo á mí me hace mucha gracia todo lo que escribe, y desde que colabora con tu marido creo que no hay nadie que pueda con ellos. ¡Ay, hija! ¡Qué fastidio de sábana! ¡Y no está seca todavía! (*Tocando la ropa que está colgada.*)

FELISA

¡Esto de tender aquí la ropa!...

CARMEN

¿Qué quieres? En el jardín se ensucia toda, con el trajín de los carros de yeso para las obras de enfrente; en los balcones no permite el alcalde que se tienda. Este año le ha dado por la finura; es decir, como él tiene sus hoteles en Corraliza de Abajo, á los que vivimos Arriba, en los hoteles de doña Concha, procura molestarnos todo lo posible. ¡Piques de pueblo!

FELISA

Es un encanto. ¿Me permites que concluya?

CARMEN

Yo también voy á terminar mi tarea. *(Se pone á coser el puño de una blusa.)* Quiero estrenar la blusa en la *Kermesse*. Ya sabes que nosotras estamos encargadas de la tómbola. A ver si podemos hacer una trampita como el año pasado, y nos toca la media vajilla que ha regalado doña Concha. *(Se pone á coser.)*

ESCENA II

Dichas y doña JACOBA que sale por el foro derecha.

JACOBA

¿Pero qué hacéis, criaturas? ¿No sabéis en qué día vivimos? ¡Sin arreglar todavía!...

CARMEN

Pero mamá, si es muy temprano.

FELISA

¿Quería usted que no supiéramos que hoy es sábado y que á la seis y media llegan Eduardo y Emilio?

JACOBA

En el tren de los maridos, como lo llaman aquí. ¿Supongo que bajaremos á la estación?

CARMEN

Como siempre. Tú ya estás vestida.

JACOBA

Como que he corrido las siete partidas.

FELISA

¿Con este calor?

JACOBA

¡Qué remedio! Me descuidé esta mañana, y ya sabéis que los sábados se acaba todo en la plaza. Todo el pueblo he corrido buscando pichones; por fin me dijeron que los encontraría á media legua, camino de Barrizales, y allí mandé á la muchacha. Nunca se ha visto una cosa igual. ¡Aquí, donde siempre tenía usted de lo mejor y casi de balde! Hoy no había caza, ni pescado, ni carne de vaca, ni verdura. Como el alcalde no tiene vergüenza, se ha propuesto desacreditar una estación veraniega que podía ser un paraíso. Todo porque no alquila esos hoteles de turrón que ha edificado, y se ha puesto de punta con doña Concha, porque la sobrina no le ha hecho caso á su hijo; un bigardo, que tiene dos casas puestas y tres chicos con cinco criadas del pueblo. Esto ya no es sombra de lo que era cuando don Crisanto vivía, y lo que yo siento, querida Felisa, es haber comprometido á usted á que nos acompañara este verano. Usted, acostumbrada á San Sebastián; verdad es que á mí, estoy segura de que no me gustaría San Sebastián. Eso de tener que vestirse á todas horas... Dicen que hay quien se baña con corsé...

FELISA

Yo lo paso muy bien aquí, gracias á ustedes; por mí no se preocupe usted. Además, ya sabe Carmen que, de no haber acompañado á ustedes, me hubiera quedado

todo el verano en Madrid, porque, ni las ocupaciones de Eduardo, ni... ¿porqué no decirlo? nuestra situación financiera nos hubieran permitido otro lujo. Y ya ve usted, allí sola, sin mi hermana Julia, Eduardo siempre ocupado con sus ensayos y su teatro... ¡Qué verano más triste! Por eso, cuando ustedes, tan buenas y tan cariñosas conmigo, le pidieron á Eduardo que me permitiera acompañarlas, ví el cielo abierto.

JACOBA

¡Por Dios!... Nosotras sí que tenemos que agradecer á ustedes...

CARMEN

Para el año que viene, Eduardo y Emilio habrán ganado mucho dinero con las obras que escriben juntos y les diremos que nos lleven á París. ¡Mi sueño dorado!

FELISA

¡Ya lo creo! Mi hermana irá este año.

JACOBA

Yo no sé porqué se me figura que París no había de gustarme. ¡Aquellas costumbres tan libres!... Y era que mi pobre Remigio tenía horror á todo lo francés. No podía ver una comedia traducida; ¡como todo lo suyo fué siempre tan original y tan castizo!... Ya se lo dijeron los críticos en vida. La pluma de Cervantes mojada en el tintero de Fray Luís. Usted conoce sus comedias, sin esas cosas que se ven ahora por los teatros. Cuarenta y ocho comedias dejó escritas, y en ninguna verá usted que una mujer falte á su marido: solo en una se inicia la falta; pero la esposa vuelve á la senda del de-

ber antes de la mitad del segundo acto, y del segundo al tercero salva á su marido de la ruina, y se sacrifica por su padre.

CARMEN

Mamá, que á Felisa acaso no le interese.

FELISA

¿Porqué no? Al fin soy también mujer de un escritor.

JACOBA

Escritor de otro género. ¡No lo digo por ofenderle! Escritor como mi yerno; no tienen ellos la culpa, es el público, la sociedad del día; eso es lo que pide y eso escriben. ¡Cuando se atreven á decir que el teatro de mi Remigio está pasado, que es ñoño y cursi!...

CARMEN

La verdad es, mamá, que cuando se representa alguna comedia de papá, la gente se aburre.

JACOBA

¡Calla, calla! Porque el público está encanallado y tampoco hay actores capaces de interpretar esas obras tan delicadas. ¡Si ustedes hubieran conocido á la Benítez! ¡Qué actriz! ¡Lástima que se casara tan pronto y se retirara del teatro! Se casó con un título. ¿Y la Rosales? ¡Qué damita joven! ¡Cómo lloraba! Como ya no llora nadie. ¿Y aquel Molinero? ¡Qué galán! ¡Qué buena figura! Bordaban las comedias.

CARMEN

Bueno, mamá. Ya sabemos que es una desgracia haber nacido tan tarde. No se puede viajar en tranvía eléctrico y haber visto á Molinero en *La huérfana de Bruselas*. Son cosas incompatibles. Pero me quedo con el tranvía.

JACOBA

Esas son las guasitas de tu marido. ¡El eterno chiste!

CARMEN

El caso es que él gana dinero con sus obras.

JACOBA

¿Pero tú crees que el género de tu padre no daba más dinero? ¿Cuándo ganará tu marido en un año lo que ganó tu padre con su *Mujer indiscreta* y su *Padre justiciero?* ¿Y sus zarzuelas? Un río de oro en Jovellanos. *La peluca de Carlos IV* y *La pastora de los Alpes*. Por cierto que fui al estreno estando tú para venir al mundo. ¡Una imprudencia! Como que naciste á la tercera representación. A tu padre le dieron la noticia en escena.

FELISA

¿Usted asistía á los estrenos de su marido? Yo no tengo ese valor.

JACOBA

Yo he compartido con él todas las luchas de su carrera. Desde que planeaba una obra hasta la última representación, yo pasaba por todo, tanto como él. ¡Cuántas veces me consultaba: «¿Cómo justifico esta

salida? ¿Qué te parece que haga con este personaje?» Cuando *La princesa de Eboli,* á mí se me ocurrió que no se muriera Felipe II.

CARMEN

Y en efecto, no se ha muerto todavía.

JACOBA

¡Ay, hija! ¡Las gracias de tu marido! *(Se oye dentro la voz de Manuela.)* ¡Manuela! ¿Habrá encontrado los pichones?

FELISA

¡Ea!, concluí la carta. No se quejará Julia; le cuento nuestra vida minuto por minuto. *(Cierra el sobre de la carta.)* ¿Te parece que nos vayamos arreglando para bajar á la estación?

CARMEN

Cuando quieras.

JACOBA

(Llamando.) ¡Manuela! Pero ¿dónde se ha metido esa chica?

ESCENA III

Dichas y MANUELA muy sofocada por el foro con una cesta en la mano.

JACOBA

¿Qué te ocurre?

MANUELA

¡Calle usted, señora! Y otro verano, no me hable us-

ted de veranear. Yo no sé qué gusto sacan ustedes. ¡Madrid de mi alma, donde tiene usted de todo y de lo mejor!

JACOBA

¿Pero no has encontrado los pichones?

MANUELA

¡Pichones! ¡Pichones! Una porquería, señora, con perdón de usted. En los puros huesos con plumas, y échese usted á pedir, ¡ni que fueran calandrias trufadas de casa de Lardhy! No ha faltado nada para pegarme con la tía palurda: ¡habrá gentuza! Y óigala usted: «Si quieren pichones, que los paguen, que yo no tengo los pichones para venderlos; serán para alguna señorita ética de Madrid, de esas que vienen aquí para cebarse.»

FELISA

¡Qué salvaje!

JACOBA

Nunca ha sucedido aquí eso. Todo es desde que esa gente lee periódicos. Antes venían á ofrecerle á una de todo.

CARMEN

Como los pastorcitos de Belén.

JACOBA

Y había que porfiarles para que tomaran el dinero. ¡Jesús, pichones! Los teníamos aborrecidos.

CARMEN

Es que mamá no se acuerda de un año para otro.

Todos los veranos ha sido lo mismo. Carnero á todo pasto y leche con más agua que en Madrid. ¡La sencillez de los campos!

JACOBA

¡Lo de este año no se ha visto nunca!

MANUELA

Se vuelve una loca para darles á ustedes de comer. ¿Qué les ponemos á los señoritos?

JACOBA

Tú verás.

MANUELA

Haré las croquetas de harina lacteada que tanto les gustaron el otro día.

JACOBA

Cualquier cosa, y disfraza el carnero todo lo que puedas.

FELISA

No se apuren ustedes. Ya sabe usted que ellos siempre traen provisiones de Madrid, porque ya saben lo que es esto; de modo que esta noche pasaremos con lo que ellos traigan.

CARMEN

¡Ja, ja!

FELISA

¿Porqué te ríes?

CARMEN

Ja, ja.

FELISA

No te rías.

CARMEN

Es que, vamos, con la mayor inocencia dices unas cosas á lo mejor, que si las oyeran en el teatro... ¡Ja, ja!... (*Vanse Carmen y Felisa por la primera derecha.*)

ESCENA IV

Doña JACOBA y MANUELA.

MANUELA

¡Ay, señora! Yo les quiero á ustedes mucho y estoy muy contenta en la casa, porque lo mismo usted que la señorita, señora del amigo del señorito que escribe las comedias con el señorito, son ustedes los señores más buenos que he conocido, sin despreciar; pero otro año no me traigan ustedes aquí, porque la hija de mi madre no pasa otro verano como éste. ¡Jesús! ¡Qué capricho! ¡Dejar aquel Madrid con aquella casa, que abre usted los balcones anochecido y tiene usted que cerrarlos; y ustedes los señores, que tienen ustedes aquel Recoletos ó se pasean ustedes en tranvía arriba y abajo, que se constipa una de fresco! ¡Es una que tiene que estar al lado del fogón, y no lo cambio por este poblacho! ¡Y la de bichos que le pican á una!

JACOBA

No digas que en Madrid se puede vivir en verano. ¡Solo respirar estos aires tan puros!...

MANUELA

¿Aires? ¡Y no se puede abrir una ventana!

JACOBA

Este año porque ha dado la casualidad de que estén levantando dos hoteles enfrente, y con el trajín de los carros de yeso... *(Se oye dentro la voz de doña Concha y Gracia.)* Oigo la voz de doña Concha y su sobrina... *(Empiezan á quitar la ropa que está colgada.)* ¡Corriendo! Descuelga esta ropa; llévatela.

MANUELA

¡Si está mojada todavía!

JACOBA

No importa; ya se secará. ¡Corre! Yo te ayudaré.

ESCENA V

Dichas, doña CONCHA y GRACIA que salen por el foro con velillos de sombreros por la cara, pero sin sombreros. MANUELA á su tiempo se va por la segunda izquierda con la ropa que estaba colgada.

CONCHA

¿Se puede?

JACOBA

Adelante, señora. ¿Cómo va? ¿Y usted, Gracita? Dispensen ustedes las colgaduras.

CONCHA

¡No faltaba más! Ya sabemos lo que es una casa.

JACOBA

Vamos, muchacha, recógelo todo. Siéntense ustedes. *(Va á coger una silla doña Concha y se la quita doña Jacoba.)* En esa no, que está un poquito coja. En esta... *(ofreciéndola otra.)* Está rota; perdonen ustedes. *(Le ofrece otra en la cual se sienta.)*

CONCHA

No se apure usted. Ya sabe una que á estas casas de campo se trae todo lo que no sirve en Madrid... ¿Y Carmencita? ¿Y la otra señora?... Nunca me acuerdo cómo se llama...

JACOBA

Felisa.

CONCHA

¿No es parienta de ustedes? ¿Verdad?

JACOBA

No señora.

CONCHA

(A Gracia.) ¿Ves lo que yo te decía? Esta me porfiaba que sí, y yo que no; ésta, que sí, tía Concha, que estoy segura; y yo, que no tengo entendido eso; que no es más que amiga. ¿Lo ves cómo yo tenía razón?

GRACIA

Sí, tía; ya me he convencido. No crea usted que soy tan burra.

JACOBA

Pues sí, señora. Felisa es la esposa de un íntimo amigo de mi yerno, su colaborador. Mi hija ha simpatizado mucho con ella, porque ella es muy buena, con un carácter muy dulce...

CONCHA

Sí; eso parece. ¿Ha visto usted qué calor se nos ha echado encima?

JACOBA

Yo creo que es el verano más caluroso que hemos tenido.

GRACIA

Tambien es desgracia...

CONCHA

¿Porqué, niña?

GRACIA

Porque todo sucede este verano que yo he venido; es el de más mosquitos, el de menos diversiones...

CONCHA

¡Qué criatura! ¡Claro! Como nunca había salido de Tarazona, le tomó tanto el gusto á Madrid en dos meses, que hubiera preferido pasar allí todo el verano.

GRACIA

¡Ya lo creo! Esto me revienta. Yo soy muy clara y se lo digo á usted.

CONCHA

Bien se conoce que no has pasado ningún verano en Madrid. ¿Verdad usted que no se puede vivir?

JACOBA

¡Imposible!

CONCHA

Ninguna persona de mediana educación se queda en Madrid. Pero sabe usted que las chicas tienen sus ilusiones, y ésta ha dejado un medio novio en Madrid.

GRACIA

¡Tía!

JACOBA

Entonces, si le quiere, es natural...

GRACIA

Sí le quiero; ¿porqué voy á decir otra cosa?

CONCHA

Pero, calle usted, si apenas sabemos quién es. Figúrese usted que yo todas las primaveras, hasta que vengo aquí, tomo un abono de carruaje á un día sí y otro no; un carruaje de lujo con dos caballos y lacayo, y todas las tardes doy un paseo por el Retiro y por la Castellana, porque, eso sí, aquello está hermoso, y á mí me gusta disfrutar ahora que puedo; bastante he pasado en esta vida, porque yo no he nacido bajo las gradas de un trono, y no soy de las que tienen á menos decirlo.

JACOBA

Al contrario, debe usted estar orgullosa.

CONCHA

¿A qué ha salido esto? ¿Qué decía yo?

GRACIA

A lo de mi novio, tía.

CONCHA

Es verdad. Pues le decía á usted que íbamos ésta y yo en carruaje descubierto todas las tardes, y un joven, bien portado, que unas veces iba en manuela y otras á pie, empezó á fijarse en ésta, á seguir nuestro carruaje; solo que el pobre con el simón nunca llegaba á tiempo de saber dónde vivíamos. Hasta que una noche le vimos en los Jardines, se sentó cerca de nosotras y allí, hablando con unas amigas, á ésta se le escapó decir las señas de casa, y al otro día venga pasear la calle y una carta pidiendo relaciones, y... ya sabe usted lo que pasa. Pero en esto que se echa encima la época de venirnos al pueblo, y todo quedó en tal estado.

GRACIA

A lo mejor.

JACOBA

¿Y dicen ustedes que no saben quién es?

CONCHA

Sí; es de buena familia. No debe estar mal; viste bien; lleva sus buenas sortijas, su buena cadena; aun-

que ya sabe usted que en Madrid hay mucha apariencia, dígamelo usted á mí, que con lo que le dejaron á deber á mi marido tendría yo más de otro tanto, y gente que se pasea en coche, no crea usted; pero, en fin, más probabilidades tiene de tener el que lo aparenta que el que no aparenta nada. ¿No digo bien?

JACOBA

En efecto.

CONCHA

En fin, esta noche le conocerán ustedes, porque le ha mandado á ésta una tarjeta postal, ¡ya ve usted si es fino!, diciendo que llega esta tarde.

JACOBA

¿En el tren de los maridos? No está mal.

GRACIA

¡Ojalá y lo fuera!

CONCHA

¡Niña! Cualquiera que te oiga creerá que estás rabiando por casarte!

GRACIA

Y lo estoy; ¡para qué voy á decir otra cosa!

CONCHA

¡Qué muchacha! Figúrese usted cuándo estará mejor que á mi lado, con su tía, que no tiene en el mundo más que á ella; por eso comprenderá que no voy á casarla con el primer pelagatos que se presente. No te fal-

tará dónde escoger, hija, sabiendo que tu tía tiene el riñón bien cubierto, gracias á Dios, y que todo ha de ser tuyo el día de mañana. ¿No digo bien, señor? Ayúdeme usted á sentir.

JACOBA

Tiene usted razón.

CONCHA

De modo que bajarán ustedes á esperar á su yerno y al marido de esa señora.

JACOBA

Como todos los sábados.

CONCHA

Pues vendremos á buscarlas á ustedes en la jardinera, y bajaremos todas. Así como que las acompañamos á ustedes no parece tan descarado que esperemos en la estación al novio de ésta. ¿Qué le parece á usted?

GRACIA

Ni que bajemos solas ni acompañadas, demasiado sabe él que á mí no me importa nadie más que él.

CONCHA

¡Qué cosas dices!

GRACIA

Que reviente si me queda otra. Yo no conozco á los maridos de estas señoras más que para servirles.

CONCHA

Eso sí; ella no finge nunca.

GRACIA

¡De buena tierra soy!

CONCHA

Y esta noche tendremos en casa un poco de reunión. ¿No faltarán ustedes? Tengo interés en que venga mucha gente. Ya sabe usted que los de Abajo tienen función de teatro, pero no irá más que la morralla; los del alcalde, ¿y quién se trata con ese tío? ¿Ha visto usted las groserías que nos hace este año? ¡Todo porque no alquila sus hoteles! ¿Cómo querrá competir con éstos, construídos por mi Crisanto, el mejor maestro de obras del mundo, el que dió vida á este pueblo y se gastó aquí una fortuna? ¿Sabré yo cómo están hechos estos hoteles, señora? Solo dos se han hundido en cinco años, y eso fué que los tomaron unas americanas muy locas y empezaron á colgar hamacas de los techos. Diga usted si hay casa que resista eso; una finca no es un circo de caballos para hacer títeres. ¿A qué iba yo? ¡Ah, sí! Que vendrán ustedes á casa esta noche, se bailará, ésta cantará la jota, y habrá sorbetes y chocolate para todos los gustos.

JACOBA

No le doy á usted palabra, porque, sabe usted, esos caballeros vienen cansados de trasnochar en Madrid y quieren acostarse temprano.

GRACIA

Es natural; para un día que vienen, hágase usted cargo.

CONCHA

¡Dices unas cosas!... Hay que dejarla á su natural. Pero este año llevan ustedes una vida muy aburrida.

JACOBA

¡Con esto de que mi yerno no haya podido acompañarnos!... Está ensayando una obra, que estrenará muy pronto, y entonces ya se instalará aquí definitivamente.

CONCHA

Me alegro; así se animarán ustedes, y cuando él venga ya haremos algunas jiras en burro á Barrizales y á Pantanillo; ¡nos comeremos un arroz!...

JACOBA

Sí, sí; ahora Carmen no está animada.

CONCHA

Bueno; niña, nos vamos.

JACOBA

Carmen y Felisa saldrán en seguida.

CONCHA

Déjelas usted. En seguida volvemos con el coche; pero antes vamos á llegarnos á encargar lo sorbetes. Sabe usted que no quiero nada del Casino; allí mangonea el alcalde, y sería capaz de envenenarnos á todos; ese tío es capaz de todo; por supuesto, ya tiene lo suyo con su mujer y las tarascas de sus hijas: las únicas que se pre-

sentan de sombrero y con trajes de raso. ¿Qué ideas tendrán de lo que es vestir en una estación veraniega? Pensarán que no tiene una para ponerse más que lo que la ven aquí á una; pero ahí está el gusto, señora. Si yo trajera aquí las alhajas que dejo en el Monte, porque me sale más barato empeñarlas en poco que depositarlas en el Banco, y los abrigos que mando á la peletería, las quitaba yo el hipo para toda su vida. Hágase usted cargo; y ésta, no se diga: tiene vestidos para cambiarse más que Frégoli, como yo la digo.

GRACIA

De todos colores.

CONCHA

Pero las cosas en su lugar. Cuando tocan á vestirse, se viste una; pero aquí... ¡por Dios! ¿A qué santo? Si me apuran, me importaría poco ir en camisa. Conque, hasta ahora, doña Jacoba; ya sabe usted.

JACOBA

Muchas gracias, Concha.

GRACIA

Abur, señora.

JACOBA

Adiós, Gracita.

CONCHA

¡Hay! los velillos; póntelo, hija, no se te llene la cara de espinillas... Hasta luego. *(Se ponen los velillos y se van por el foro; doña Jacoba las acompaña hasta la puerta.)*

ESCENA VI

Doña JACOBA y MANUELA que sale precipitada por la segunda izquierda.

MANUELA

¡Ay, señora! ¡Señora de mi alma!

JACOBA

¿Qué?

MANUELA

¡No sabe usted! Por algo le habría yo echado el fallo á este pueblo. ¡Si tenía que pasar algo gordo!

JACOBA

¡No me asustes con tus aspavientos! ¿Ha ocurrido algo en la cocina? ¿Ha vuelto á hundirse el fogón?

MANUELA

¡No está mal fogón!

JACOBA

¿Se ha roto la fuente?

MANUELA

¡No señora! Yo se lo digo á usted porque al fin usted debe saberlo antes que las señoritas; al fin para usted se trata de su yerno y no le toca á usted tan de cerca como á ella.

JACOBA

¿Qué dices? ¡Mi yerno! ¡Mi hija! ¡Habla!

MANUELA

Ya sabe usted que la ventana de la cocina cae enfrente de las cocheras de la fonda de la Madalena; estaba yo asomada hablando de broma con Eustaquio, uno de los cocheros, que tiene unas caídas que no tiene una más remedio que reirse...

JACOBA

Deja las caídas, acaba.

MANUELA

Pues que en esto, cuando estaba enganchando el coche para bajar al tren, llegan de la estación y le dicen... ¡ay, señora!... le dicen .. que el tren ha descarrilado al salir del túnel de Lagunilla entre Pantanillo y Barrizales.

JACOBA

¿El tren? ¿Qué tren?

MANUELA

El de Madrid, el de las seis y media, el de los señoritos .. el de los maridos como le dicen aquí.

JACOBA

Pero, ¿quién lo ha dicho? ¿Cómo saben?...

MANUELA

Han avisado á la estación de aquí. Muertos, dicen

que no hay ninguno, pero heridos, sí señora: ya ve usted; ¡si les ha tocado la china á los señoritos!...

JACOBA

¡Ay, qué desgracia! ¡Dios Santo! ¿Qué se hace ahora? ¿Cómo preparo yo á esas chicas? Van á volverse locas. Y de seguro les ha sucedido algo; en una cosa así no hay escape.

MANUELA

¡Qué vienen las señoritas! ¿Qué hacemos?

JACOBA

Tú corre á la estación, pregunta á todo el mundo, que te digan todo lo que sepan.

MANUELA

Sí, señora, sí.

JACOBA

Yo veré cómo las preparo entretanto. ¡Ay, qué angustia! ¿Qué les digo yo ahora? *(Vase por el foro Manuela.)*

ESCENA VII

Doña JACOBA, CARMEN y FELISA, que salen por la primera derecha.

CARMEN

Ya estamos listas. ¿Ha estado doña Concha, verdad?

JACOBA

Sí.

CARMEN

¿Qué dice? Tan famosa, y su sobrinita la de Tarazona tan francota y tan cerril.

FELISA

A mí me hace mucha gracia.

CARMEN

Vaya, mamá; cuando quieras... podemos ir dando un paseo.

JACOBA

No... si doña Concha ha quedado en llevarnos en coche.

CARMEN

Mejor. Es verdad, si me dijo Gracia que hoy llegaba también de Madrid su novio. ¡Bueno estará el novio! Algún vivo que buscará los cuartos de la tía... *(Doña Jacoba suspira.)* ¿Qué te pasa, mamá?

JACOBA

¡Ay, pensando en mis cosas!... Recuerdos... A cada paso se me representa tu padre...

CARMEN

¡Vaya, mamá! Bueno que te acuerdes, pero no te aflijas así.

FELISA

No piense usted en eso, señora.

JACOBA

¡Ay! No somos nada. No hay hora segura en la vida. Cuando se cree una más feliz... Si usted hubiera conocido á mi marido... Parecía que iba á enterrarnos á todos. Si á mí me lo hubieran dicho que iba yo á ser la viuda, no lo hubiera creído.

CARMEN

Pues lo raro es que hubieras sido tú el viudo...

JACOBA

Me pones nerviosa con eso de tomarlo todo á chiste.

CARMEN

Si es porque no pienses en cosas tristes. ¿A qué viene eso?

JACOBA

¡Ay! Siempre debe una estar preparada para todo.

FELISA

Eso es verdad.

CARMEN

Vaya, haz tú el dúo. Amén... Yo no quiero estar triste cuando dentro de una hora estará aquí Emilio...

JACOBA

¡Lo que puede ocurrir en una hora!...

CARMEN

¡Ya lo creo! Todo ocurre en una hora... ¡Ea! voy á

tocar el piano hasta que venga doña Concha á buscarnos; no suenan la mitad de las teclas, pero...

JACOBA

No, el piano no. Hay momentos en que la música destroza el corazón... ¡Hija mía! ¡Amiga mía! ¡Hijas mías! En este momomento las dos sois mis hijas. ¡Valor! No puedo consentir que vuestra alegría sea un insulto al sentimiento natural que nadie puede evitaros.

CARMEN

¿Qué dices?

FELISA

¿Qué dice usted?

JACOBA

¡Hijas mías! Vuestros maridos viven, pero no sabemos si están heridos ó si se han roto algo á estas horas.

CARMEN

¿Qué?

FELISA

¿Cómo?

JACOBA

El tren de los maridos ha descarrilado entre Pantanillos y Lagunilla...

CARMEN

¡Dios mío! ¿Quién lo ha dicho?

FELISA

¡Vamos pronto! Yo quiero saber...

ESCENA VIII

Dichas, doña CONCHA y GRACIA por el foro.

CONCHA

¿Lo saben? ¿Lo saben ustedes?

CARMEN

¡Ay, doña Concha! ¡Qué desgracia!

FELISA

¡Qué desgracia tan grande!

CARMEN

Ya estamos iguales. ¡Todas viudas!

JACOBA

Hija, no exageres; puede que no les haya ocurrido nada.

GRACIA

¡Y mi Angel! Mi pobre Angel, que venía á verme. Y de seguro está herido; traía la máquina fotográfica y, al descarrilar, se le habrá caído encima...

CONCHA

¡Si tenía que suceder alguna desgracia! ¡Si venía en el tren ese tío!...

JACOBA

¿Quién?

CONCHA

El alcalde, que había ido á Madrid á una comisión; ¡ese no se habrá roto nada!

CARMEN

Yo me voy á Madrid esta misma noche... en el primer tren.

CONCHA

Antes sabremos algo... hay que telegrafiar. *(Felisa cae desvanecida en una silla.)*

JACOBA

Felisa se pone mala... ¡Manuela!

ESCENA IX

Dichas, MANUELA por el foro con dos telegramas en la mano.

MANUELA

¡Señoritas! ¡Señoritas! ¡Ay... no puedo! ¡Dos partes! ¡Dos partes! Me he encontrado al del telégrafo...

CARMEN

¡A ver, á ver!... *(Cogiendo los partes y dando uno á Felisa.)* Este es para mí... ¡Felisa! ¡Felisa! ¡Noticias! ¡Noticias! *(Felisa vuelve del desmayo.)*

JACOBA

¡Lee pronto!

CARMEN

¡Ay, qué alegría! ¡Qué alegría! ¡Ilesos!

CONCHA

Menos mal que no ha sido más que ilesos...

CARMEN

(Leyendo.) «Yo sin novedad. Díselo á mamá con precaución: Emilio.»

JACOBA

¡Qué ganas de bromas tiene tu marido! ¡Como si yo fuera alguna suegra feróstica!

CARMEN

¿Y el tuyo? *(A Felisa.)*

FELISA

Si no puedo... estoy tan nerviosa... *(Leyendo.)* «Sin novedad... Vía interceptada. Esperamos fonda estación Lagunilla, regreso Madrid tren socorro.» ¿Qué significa esto?

CONCHA

Eso significa que están heridos.

JACOBA

No señora; eso significa que vuelven á Madrid porque no podrían llegar aquí hasta mañana, y no querrán pasar la noche en Lagunilla.

CARMEN

De todos modos, esta misma noche nos vamos á Madrid.

FELISA

Sí, es lo mejor.

CONCHA

Si hasta las doce no tienen ustedes tren, y si la vía sigue interrumpida, no adelantan ustedes nada.

CARMEN

Llegaremos siquiera á Lagunilla y allí sabremos la verdad.

CONCHA

Se me ocurre una idea. Con otro par de mulas que enganchemos á mi jardinera, en dos horas podemos plantarnos en Lagunilla, antes de que ellos hayan podido volver á Madrid. ¿Qué les parece á ustedes?

CARMEN

Muy bien, muy bien.

FELISA

Es usted muy buena...

GRACIA

Pues no pierdas tiempo.

CONCHA

Ahora mismo voy á que Fermín, el de los coches, me preste un tiro. *(Medio mutis.)*

JACOBA

Que le dé á usted dos...

CONCHA

(Volviendo.) ¡Cómo!

JACOBA

Porque así llegaremos más pronto.

GRACIA

Yo te espero aquí.

CARMEN

¿Les parece á ustedes que llevemos al médico, por si acaso?...

CONCHA

¿Para qué? Ya saben ustedes que él para casos apurados no sirve. Cuando tiene algún enfermo grave se marcha á Madrid. Vuelvo en seguida en el coche. *(Vase por el foro.)*

CARMEN

Manuela, los sombreros.

JACOBA

Y los guarda-polvos.

FELISA

Y un abrigo para la noche. *(Vase Manuela por la segunda derecha.)*

GRACIA

A mí me prestarán ustedes uno y un sombrero.

CARMEN

¡No faltaba más! Manuela, el abrigo color lacre y el sombrero de las amapolas para la señorita. Y yo creo que debíamos llevar una maletilla; nadie sabe lo que puede haber ocurrido. ¡Manuela, arregla una maleta!

JACOBA

Yo iré.

CARMEN

Pon lo más preciso nada más. No olvides las tenacillas y el infiernillo. *(Vase doña Jacoba por la primera izquierda.)*

FELISA

¿Crees tú que les habrá ocurrido algo?

CARMEN

Yo creo que entonces Emilio no tendría ganas de bromas.

GRACIA

¡Mi Angel, mi Angel es el que habrá pagado el pato!

JACOBA

(Saliendo por la primera izquierda con la maleta.) A ver, ¿cómo va esto?...

CARMEN

Lo mismo da; de cualquier manera.

MANUELA

(Saliendo por la segunda derecha.) Los abrigos, los sombreros...

JACOBA

Y usted, Manuela, mucho cuidado con la casa.

MANUELA

Descuide la señorita.

CARMEN

¿No les parece á ustedes que vayamos hacia la plaza á esperar el coche y ahorraremos tiempo?

FELISA

Sí, es mejor.

GRACIA

Vamos, vamos.

JACOBA

¡Por Dios! Manuela, que se queda usted sola: si tiene usted miedo, tráigase á cualquiera de confianza que duerma con usted.

MANUELA

¡Por Dios! señorita, no hay necesidad. En caso avisaré á la pareja de la Guardia civil. Vaya, que no haya sido nada lo de los señoritos, como es de temer; que los encuentren ustedes tan buenos y que vuelvan ustedes pronto.

TODAS

Adiós, hasta la vuelta. *(Durante este final se ponen*

todas los abrigos y sombreros. Todo muy precipitado y mucha animación.)

JACOBA

¡Dichoso verano!

GRACIA

¡Cuando lo pasaba una tan bien en Madrid!

FELISA

¡Si por algo no quería yo separarme de Eduardo!

CARMEN

¡Si por algo quiero yo estar siempre al lado de Emilio! *(Vanse todas por el foro.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala de paso en la fonda de la estación de Lagunilla. Cuatro puertas laterales. Puerta al foro y ventanas al foro derecha. Forillo de jardín. Sillas y mecedora de rejilla. Diván, etc.

ESCENA PRIMERA

HILARIO que sale por el foro. Después ANGEL por la primera derecha. Se oye dentro, en la primera derecha, risas y voces de las personas que están dentro.

HILARIO

(Se dirige á la primera derecha y llama.) ¡Señores!... ¡Eh!... ¡Valiente jaleo! ¡Señores!

ÁNGEL

(Saliendo.) ¿Qué hay? ¿Está ya dispuesta la comida?

HILARIO

Sí señor; solamente se ha concluído la langosta á la mayonesa. ¿Si á los señores les da lo mismo un *ragout?*

ÁNGEL

¿Ragout?

HILARIO

Es un plato especial de la casa. Los señores habrán comido ragout alguna vez, no digo que no; pero este ragout no lo han comido ustedes.

ÁNGEL

¿No tendrán ustedes algún pescado?

HILARIO

¿Pescado? Espere usted, voy á preguntar. (*Asomándose á la ventana.*)

ÁNGEL

Preguntaré yo también. (*A los que están en la primera derecha dentro gritando y dando voces.*)

HILARIO

¡Eh! ¿Qué pescado hay? ¿Que si hay pescado?

ÁNGEL

(*Abriendo la puerta y dirigiéndose á los que están dentro.*) Hagan ustedes el favor un momento. ¿Qué pescado quieren ustedes?

EDUARDO

(*Dentro.*) ¡Truchas!

EMILIO

(*Idem.*) ¡Salmonetes!

PAQUITA

(*Idem.*) ¡Merluza!

PEPE

(*Idem.*) ¡Escabeche!

HILARIO

(Retirándose de la ventana y viniendo al proscenio.) Pescado no hay ninguno, ¿sabe usted? Como el tiempo está así, y nosotros, como no sea de muchísima confianza el pescado, ¿sabe usted? ó para persona de muchísima confianza, ¿sabe usted? que se le pueda dar cualquier cosa... Pero á ustedes, para la primera vez que vienen ustedes...

ÁNGEL

Bueno, bueno. *(Va á la puerta y dice á los que están dentro.)* No hay pescado. ¿Qué quieren ustedes?

EMILIO

¡Perdices! ¡Jamón!

EDUARDO

¡Chuletas¡ ¡Cualquier cosa!

ÁNGEL

(Cierra la puerta y dice á Hilario.) Bueno; cualquier cosa. Pregunte usted si hay cualquier cosa.

HILARIO

No; si haber hay de todo. Yo les aseguro á ustedes que comerán á gusto.

ÁNGEL

Si ya conozco la fonda. No es la primera vez que he parado aquí.

HILARIO

¡Caramba! Pues es raro.

ÁNGEL

¿Que haya vuelto, verdad?

HILARIO

Que yo no me acuerde. Porque llevo veinte años día por día sirviendo aquí. Solo ocho días que estuve fuera por unas palabras que tuve con la señora, que tenía un genio... pero total nada; el señor, que me quería mucho, y la niña, que no podía estar sin mí, y yo, que no podía pasar sin ellos, pues aquí otra vez. ¡Qué remedio! Estaría usted en esos días.

ÁNGEL

Puede. ¿Pero la fonda no ha cambiado de dueño?

HILARIO

Según lo que usted llame cambiar. Usted conocería aquí á los señores mayores, á los padres de la señorita Clotilde, que entonces era una niña, y hoy se ha casado con el señorito Gastón, con el que ustedes se han entendido al llegar...

ÁNGEL

Un jovencito rubio...

HILARIO

Hijo de unos franceses, dueños del hotel de los baños de Carrascales. Los padres le han dejado esta fonda, porque los viejos ya estaban cansados y no lo necesitan para vivir, y han hecho muy bien, porque si usted viera cuando se llega á cierta edad, por mucho que se quiera estar en todo, no se puede, y hay que dejar el

sitio á la juventud y retirarse á la vida privada, que es lo que le dicen todos los días los periódicos á Sagasta.

ÁNGEL

Pero lo que dirá él: ¿á quién le dejo la fonda?

HILARIO

Pues si viera usted, digo, ya lo verá usted; en manos de los señoritos, esto es otra cosa. La señorita no descansa; ella en la cocina, ella en el comedor, ella con las ropas, ella con las camas, siempre encima de todo. Y el señorito con los libros... ¡Qué mejoras! ¿Se acuerda usted de la plaga de pulgas que había antes? Pues no encontrará usted una para un remedio. ¿Y los *guatercoses?* ¿Los ha visto usted por casualidad?

ÁNGEL

No; todavía no.

HILARIO

Pues vaya usted, aunque no sea más que por gusto. ¡Vaya! voy á prepararles á ustedes la comida.

ÁNGEL

Así; sin transición. *(Voces y risas dentro.)*

HILARIO

¡Qué alegres están! ¡Cómo se conoce que son recién casados! También es humor el de usted acompañarlos... porque le habrán dado un viaje... Y no le digo nada si pernoctan ustedes aquí... ¡Ah! y que le advierto á usted que la criada de la fonda es muy decente...

ÁNGEL

¿Sí?

HILARIO

Y que además es mi mujer.

ÁNGEL

Me alegro tanto... Pero no callan... Esa comidita pronto... (*Vase primera derecha.*)

HILARIO

Descuide usted.

ESCENA V

HILARIO y GASTÓN que sale por el foro izquierda.

GASTÓN

¿Han elegido el *menú* esos señores?

HILARIO

Sí, voy.

GASTÓN

¿Y qué desean?

HILARIO

Por fin han decidido comer de lo que haya.

GASTÓN

Muy bien pensado. La señorita lo dispondrá todo.

¿Quieren comer en comedor reservado? ¿No es eso? Dos pesetas más por cubierto, perfectamente.

HILARIO

No; dicen que si puede ser en el jardín.

GASTÓN

¿En el jardín? Cuatro pesetas más por cubierto, perfectamente.

HILARIO

Parece gente de rumbo. Las señoras han pedido dos veces agua con azucarillos y azahar; y ellos cognac de las Tres Estrellas.

GASTÓN

Esta gente siempre hace gasto... Porque yo no creo que sean matrimonios, ¿eh? *(Se dirige á la mesa que hay al foro izquierda á escribir en el libro de Caja.)*

HILARIO

¡Cómo lo ha calado usted, señorito! Yo tampoco. Yo no sé qué pasa, ya ve usted que hasta ahora no es que yo haya visto nada de particular, pero no sé cómo, se nota, se nota. Cuando no son matrimonio, hay otro aquel; más finura, más... vamos, que se nota.

GASTÓN

Bueno, pero no le digas nada á la señorita; ya sabes que á ella no le gusta admitir á cierta gente.

HILARIO

Descuide usted.

GASTÓN

Pero ya ves; en un negocio como éste...

HILARIO

¡Calle usted! ¿Que dicen matrimonio? Pues matrimonio. ¿Que tío y sobrina?... Pues eso... ¡Si uno se metiera en averiguaciones!... Y que esta gente es la que deja. Las personas decentes dan cien vueltas á un duro antes de gastarlo. *(Se oye hablar á Clotilde.)*

GASTÓN

¡Calla! la señorita. *(Vase Hilario por la segunda derecha.)*

ESCENA III

GASTÓN y CLOTILDE por el foro derecha.

CLOTILDE

Gastoncito, gatito mío, ¿qué haces?

GASTÓN

Ya lo ves, Clotilde; cuentas, cuentecitas para nuestra casita, para hacer mucho, mucho dinerito, como nuestros papás...

CLOTILDE

Así me gusta: aplicadito. Oye, ¿qué precio les has dicho á esos señores?

GASTÓN

Como no piensan estar aquí más que unas horas, ya sabes; lo mismo que si estuvieran ocho días: es la costumbre.

CLOTILDE

Muy bien; no conviene abusar. Llevamos muy buena temporada: á este paso tendremos un año excelente. Yo espero cerrar el balance con un líquido... ¿Qué calculas tú?

GASTÓN

Todavía no puedo precisar... pero de seis á siete mil pesetas y todos nuestros gastos pagados. ¡Más de mil duritos ahorrados! ¡Encanto!

CLOTILDE

¿Nada más? Ese fué el último balance de papá. Hay que ganar algo más para que vean que somos juiciosos. ¿Ganaremos dos mil pesetas más, nenito?... ¿Vamos á ser muy buenitos y á jugar á que ganamos mucho dinero?

GASTÓN

Ya ves que el nene hace lo que puede... ¡Mira cuánto número bonito!... ¡Rabia! tú no tienes números.

CLOTILDE

Pero la nena sabe hacer muchas cositas... Yo sé hacer de una chuleta dos... queda perfectamente... Se corta así, al hilo...

GASTÓN

¡Eres un ángel!

CLOTILDE

Y el pavo trufado con miga de pan me sale ya admirablemente; mejor que á mamá.

GASTÓN

Si este año tenemos la suerte de que suban los francos, con la rentita del papel francés que yo cobro, y lo que ahorremos aquí, podemos emplearlo en algún buen negocito; alguna hipotequita sobre alguna buena finquita. ¿Qué le parece á la nena bonita?

CLOTILDE

Que mi nene es muy listo y yo le quiero mucho.

GASTÓN

¡Qué felices somos! ¿Verdad? Luego dicen que el matrimonio no tiene poesía.

CLOTILDE

Para esos matrimonios que nunca están de acuerdo; pero nosotros pensando siempre en nuestra casita... ¿Tú crees que dentro de veinte años podremos tener reunido lo mismo que papá?

GASTÓN

Y el doble también.

CLOTILDE

¿De veras? ¡Cuando tú lo dices!... Tú no eres capaz de engañarme en eso. ¿Estás seguro?

GASTÓN

Y tan seguro. Y contigo á mi lado...

CLOTILDE

Entonces sí que seremos felices, ¿verdad?

GASTÓN

Entonces nos permitiremos el lujo de hacer el viajecito á París, á mi tierra...

CLOTILDE

Yo sí que puedo decir que me han traído el nene de París...

GASTÓN

¡Ja, ja! En cuanto acabe estas cuentas voy á darte un abrazo...

CLOTILDE

¿Sí? Pues mira, yo, mientras, voy á apuntar la ropa que han traído, y en seguida vuelvo... para eso... ¿Me esperas?

GASTÓN

Aquí te espero... Y llevo ocho... *(Sumando.)*

ESCENA IV

Dichos é HILARIO por la segunda derecha.

HILARIO

(A Clotilde.) Los señores ya tienen puesta la comida en el jardín... ¿Quiere usted dar un vistazo?

CLOTILDE

No; supongo que estará bien. Ten cuidado de que no cojan flores ni destrocen nada, porque... porque me parece gente algo así...

HILARIO

Se nota, se nota.

CLOTILDE

Que es gente alegre. ¡Ya lo creo! Pero no le digas nada al señorito. Ya sabes que no le gusta admitir á ciertas personas, pero en negocios como este, ya ves... ¡Cuántas veces ha tenido que hacer papá la vista gorda!

HILARIO

¡Calle usted, señorita!

CLOTILDE

Bueno; avisa á esos señores. *(Vase por la segunda derecha.)*

HILARIO

(Llamando á la primera derecha.) ¿Se puede? *(Abre la*

puerta y la vuelve á cerrar.) No se puede. *(Vuelve á abrirla y entra.)* Ya se puede. La comida cuando ustedes gusten. *(Sale, cierra la puerta y se va por la segunda derecha.)*

GASTÓN

Veintitrés... veintitrés... sobran veintitrés... más vale que sobre... ¿Pero á quién le habré yo cobrado de más estas veintitrés? Luego irá diciendo que le hemos robado.

ESCENA V

GASTÓN, EDUARDO, EMILIO y ANGEL, que salen de la primera derecha.

EMILIO

Bajaremos en seguida; las señoras quieren hacer un poco de *toilette*. *(Gastón deja de escribir y baja al proscenio.)*

EDUARDO

¿Hay flores en la mesa? ¿Muchas flores? Yo no puedo comer sin flores y sin Champagne.

ÁNGEL

Sí; cuando ha vivido uno muchos años de huésped á tres pesetas, se acostumbra uno mal.

GASTÓN

(Va á la segunda derecha.) Oye, Hilario. Poned flores

en la mesa. Champagne, tenemos Cliquot, Gladiateur, Montebello, Codorniu...

ÁNGEL

Cualquiera. El caso es el taponazo.

GASTÓN

Entonces, tenemos una marca especial que es un tiro.

EMILIO

Lo creo.

GASTÓN

Quedarán ustedes encantados de su breve estancia en este delicioso pueblo. *(Vase segunda derecha.)*

EDUARDO

(A Emilio.) ¿Pero qué tienes? ¿Qué te pasa?

EMILIO

Tengo que hemos hecho muy mal... pero muy mal...

EDUARDO

¡Hombre! ¡Es gracioso! Después que has sido tú el que ha inventado todo esto.

EMILIO

¿Yo? ¿Yo? ¡Tienes valor de decirme!...

EDUARDO

¡Ah! ¡Quieres decirme que he sido yo! Habrá sido Angel en todo caso...

ÁNGEL

¿Yo? A mí no me metáis en líos... Yo quería seguir el viaje de cualquier modo, en coche, en bicicleta, á pie... ¿Qué dirá mi novia? ¿Qué dirá su tía?

EMILIO

Pues figúrate qué dirá mi mujer, qué dirá mi suegra.

EDUARDO

¿Y la mía? Hemos hecho muy mal.

ÁNGEL

¡Es gracioso! De modo que ahora resulta que los tres venimos de víctimas y que nadie pensaba en esta juerguecita... Vosotros sois los que conocíais á esas chicas descarriladas. Vosotros los que propusísteis pasar el día aquí alegremente... Y me habéis traído de tapadera... sí señor, de tapadera. Exponiéndome á que mi novia y su tía se enteren y pierda yo una proporción como no volveré á encontrar otra en mi vida.

EDUARDO

Perdona, yo no propuse nada. Si yo apenas las conocía.

EMILIO

¿Cómo que no? Yo sí que las veía hoy por primera vez.

EDUARDO

Sí; después de dos años en que las veías á diario...

Estaban en el Coro cuando estrenaste *La pandereta*, tu primera obra de dinero...

EMILIO

No tienes memoria. Cuando las conocimos en el Coro fué la temporada de *Los boceras;* recuerda que salían de golfas.

ÁNGEL

¡Qué habían de salir! Entraban.

EDUARDO

Bueno. El caso es que hemos hecho muy mal, pero muy mal, en invitarlas y en quedarnos aquí. Nuestras mujeres comprenderán lo burdo de nuestra invención, indigna de autores como nosotros... ¡Volver á Madrid en el tren de socorro, en vez de proseguir el viaje de cualquier manera!

EMILIO

O creerán que estamos heridos y hemos querido ocultarlo, y son capaces de plantarse en Madrid.

EDUARDO

¿En Madrid? Y en ese caso...

ÁNGEL

En ese caso no os queda más recurso que romperos algo..

EDUARDO

¡Calla! Que bien expuestos hemos estado.

ÁNGEL

Yo, si no es por aquella señora gruesa que me sirvió de colchón...

EMILIO

Hemos podido matarnos.

EDUARDO

¡Morir sin estrenar la zarzuela grande que hemos planeado! Para que vean si somos capaces de hacer algo literario.

ÁNGEL

Gracias á que la vía estaba muy mal desde hace un año, y el maquinista estaba prevenido para descarrilar cualquier día...

EMILIO

Sí; menos mal que estaba bien ensayada.

ESCENA VI

Dichos. PEPITA y PAQUITA por la primera derecha.

PAQUITA

¡Allons à table!

PEPITA

¡Allons! ¡Allons!

EMILIO

¡Qué elegantes!

PAQUITA

¿Qué os creíais? Llevamos muy buen equipaje.

PEPITA

Nos han dado muy buen préstamo.

EDUARDO

Pero, ¿es verdad eso de la contrata?

PEPITA

¡Y tan verdad! ¿Pues qué habíais pensado? ¿Nos íbamos á ir las dos solas por esos mundos sin algo seguro?

ÁNGEL

Unas jóvenes tan bonitas como ustedes... siempre llevan algo seguro.

PAQUITA

Muchas gracias. Es más amable que vosotros.

PEPITA

Es muy simpático este amigo vuestro.

PAQUITA

Pues, sí señor, vamos á San Sebastián contratadas para un salón de actualidades que ha puesto allí Menéndez...

EDUARDO

El Japonés-Jai... ¿No se llama así?

PEPITA

¡Gracioso!

EMILIO

¿Y qué repertorio lleváis?

PAQUITA

Género fino. No como esas francesotas de la pulga...

PEPITA

¡Y unos trajes!...

PAQUITA

Ya veis, en el teatro, ¿qué porvenir podíamos esperar? Cuando no la protegen á una los autores, no hay modo de salir del montón.

PEPITA

¡Y unas exigencias! ¡Quieren que tenga una hasta voz!...

ÁNGEL

Bueno. *¡A table! ¡A table!*

PEPITA

¡Allons! ¡Allons!

PAQUITA

¡Va, p'tit cochon!

EDUARDO

Domináis el género. (*Vanse del brazo de Eduardo y Emilio, Pepita y Paquita, por la segunda derecha.*)

ÁNGEL

Y todavía me dirán que no han sido ellos. ¡Qué comidita me van á dar! Gracias á que tengo apetito... *(Vase detrás de ellos.)*

ESCENA VII

CLOTILDE, doña JACOBA, doña CONCHA, CARMEN, FELISA y GRACIA. Salen todas por el foro izquierda.

CLOTILDE

Descansen ustedes. Siéntense ustedes. Si quieren ustedes pasar aquí la noche, hay magníficas habitaciones para señoras solas con timbre de alarma...

JACOBA

Muchas gracias, señora. En cuanto descansen un poco los caballos, nos volvemos á Corraliza... ¿Qué hacemos aquí? Después de lo que usted nos ha dicho...

FELISA

Yo quiero irme á Madrid.

CARMEN

Y yo.

GRACIA

Y yo.

CONCHA

¡Niña! Tú ¿á qué santo? Por un mal novio. ¿Quieres comparar tu intranquilidad con la de estas señoras? Se trata de sus maridos...

JACOBA

¿Usted está segura de que aquí no han estado esos señores un momento siquiera?

CLOTILDE

No, señora, no. El tren descarriló á media hora de aquí y solo hemos recibido á los dos matrimonios que les hemos dicho á ustedes, y á un caballero suelto que los acompaña, al parecer pariente suyo. No ha venido nadie más al hotel.

FELISA

¡Ay, Dios mío! Han vuelto á Madrid... Están heridos, no me cabe duda...

CONCHA

Desde aquí pueden ustedes telegrafiar.

JACOBA

Eso, sí.

CARMEN

Telegrafiaremos.

GRACIA

¡Y yo! ¡Y yo!

CONCHA

¡Niña! ¡Telegrafiar á un hombre que no es tu marido!

JACOBA

Bueno. ¿Qué hacemos? Decidid vosotras.

CARMEN

¿A qué hora pasa el primer tren para Madrid?

CLOTILDE

Hasta las diez y media de esta noche no tienen ustedes ninguno; y falta que á esa hora esté arreglada la línea y puedan ustedes seguir.

CONCHA

A esa hora ya pueden ustedes saber algo por telégrafo.

CLOTILDE

No estén ustedes con cuidado. Heridos graves no ha habido ninguno, según dicen todos.

GRACIA

¿Sabe usted si le ha sucedido algo á un joven vestido de blanco, con máquina fotográfica?

CLOTILDE

Por esas señas...

CONCHA

¿Y tú qué sabes si vestía de blanco y si traía la máquina?

JACOBA

Lo raro es que Eduardo y Emilio hayan telegrafiado desde aquí.

CLOTILDE

¿Eduardo y Emilio?

FELISA

¿Le suenan á usted los nombres?

CLOTILDE

No... no... Repetía maquinalmente.

FELISA

(A Carmen.) Esta señora sabe algo; le han sonado los nombres, por más que diga.

CARMEN

¡Vaya si le han sonado!

JACOBA

¿Hay otra fonda en el pueblo?

CLOTILDE

No, señora, esta es la única: Fonda de la Estación Antigua, hoy de El Universo.

JACOBA

¿Pórqué decir que estaban aquí?

CARMEN

Les ha ocurrido algo, no puede ser otra cosa, y por no asustarnos...

FELISA

¡Sabe Dios lo que será de ellos á estas horas!

CARMEN

Nos vamos á Madrid á la hora que sea.

CONCHA

Pero telegrafíen ustedes antes; hay tiempo.

JACOBA

¿Puede ir alguien?

CLOTILDE

Avisaré á mi esposo. *(Llamando por la segunda derecha.)* ¡Gastón, Gastón!...

GRACIA

(A Felisa y Carmen.) Como cosa de ustedes, pregunten ustedes también por Angel, sin que se entere la tía.

JACOBA

Si este verano me daba el corazón que iba á sucedernos algo. Salimos en martes y llevábamos trece bultos.

CONCHA

¡También tuvieron ustedes resolución!

GRACIA

Con eso de la mala pata no se puede jugar.

ESCENA VIII

Dichas y GASTÓN por la segunda derecha.

GASTÓN

¡Señoras! ¡Señoritas!

JACOBA

Beso á usted la mano.

CLOTILDE

Estas señoras vienen en coche desde Corraliza; sus maridos venían en el tren que ha descarrilado.

GASTÓN

Perfectamente.

CLOTILDE

Y á estas horas no saben lo que ha sido de ellos.

GASTÓN

Perfectamente. No puede haberles sucedido nada grave; el único herido de importancia era extranjero, desgraciadamente para la Compañía, porque pedirá indemnización; los demás, contusiones sin importancia; algún brazo roto...

CARMEN

¿Qué dice usted?

FELISA

¿Y usted ha visto á los heridos?

GRACIA

¿Había alguno joven y vestido de blanco?

GASTÓN

Cuando yo los he visto los estaban curando, y estaban en paños menores.

GRACIA

Ya no puedo dar señas.

CONCHA

¡No faltaba más!

CLOTILDE

(Bajo á Gastón.) Es preciso alejar á estas señoras. Ya te diré.

GASTÓN

(Idem.) ¿Qué?

CLOTILDE

Una sospecha. ¡Calla!

FELISA

(Bajo á Carmen.) Secretean. Yo creo que están aquí y lo ocultan. Están heridos.

CARMEN

(Idem.) No, mujer; no te pongas en lo peor.

JACOBA

(A Gastón.) ¿Usted será tan amable que envíe dos telegramas á Madrid?

GASTÓN

Sí señora. Y podemos pedir á Pantanillo la relación de los heridos; llegará antes y quedarán ustedes tranquilas.

CLOTILDE

Eso es; pasen ustedes á esta habitación, aquí pueden ustedes escribir y si quieren ustedes arreglarse un poco, descansar...

CONCHA

Sí; nos quitaremos un poco el polvo, que está esa carretera...

JACOBA

Vamos.

FELISA

(A Carmen.) Yo digo que saben algo y lo ocultan.

CARMEN

Que no, mujer. Han vuelto á Madrid, ya lo verás.

GRACIA

Estará contuso, de seguro. Como es tan fino, iría en el peor sitio... *(Vanse todas por la primera derecha.)*

ESCENA IX

CLOTILDE y GASTÓN

GASTÓN

¿Qué me dices?

CLOTILDE

Tengo una sospecha.

GASTÓN

Yo otra.

CLOTILDE

Estas señoras...

GASTÓN

Esos caballeros...

CLOTILDE

Has pensado lo mismo.

GASTÓN

Me lo he figurado.

CLOTILDE

¿Recuerdas los nombres?

GASTÓN

Sí, uno de ellos es... ¡Calla!

CLOTILDE

Emilio.

GASTÓN

No, Eduardo.

CLOTILDE

Ese es el otro. Son ellos... Angel, Emilio, Eduardo... Son ellos. Si desde que los ví llegar lo dije. No son matrimonio.

GASTÓN

¿Lo habías sospechado?

CLOTILDE

Se conoce á la legua. ¿Qué te parece? Si se encuentran aquí... ¡Qué escándalo en nuestra casa!

GASTÓN

Y van á encontrarse.

CLOTILDE

¡Qué hombres! ¡Qué hombres!

GASTÓN

¿No estaremos equivocados?

CLOTILDE

No, no; Angel, Emilio, Eduardo. ¡Son ellos! ¡Pobrecitas esposas que vienen desoladas! ¡Si tú fueras capaz de una infamia semejante!...

GASTÓN

¿Yo? ¿Yo?

CLOTILDE

Si yo pensara encontrarte muerto ó malherido y te encontrara vivo y sano y de francachela... ¡No quiero pensar el disgusto que tendría!...

GASTÓN

¡Mujer! Eso ya es una exageración. Esto tiene remedio, y la muerte ó una rutura... Pero es preciso prevenir que no se encuentren. Sobre todo, es preciso ente-

rarse bien, no vayamos á cometer una ligereza: todo puede perjudicar el crédito de la casa.

CLOTILDE

¡Por supuesto, no es cuentecita la que yo les pondría para que escarmentaran!

GASTÓN

Descuida que quedarán bien escarmentados. Se me ocurre una idea. *(Llamando por la segunda derecha.)* ¡Hilario! ¡Hilario, suba usted!

CLOTILDE

¡Ay!... ¿Qué hemos hecho? Esa habitación da al jardín y pueden verlos desde el balcón... *(Llamando á la puerta primera derecha.)* ¡Señoras... salgan ustedes!

ESCENA X

Dichos, doña JACOBA, doña CONCHA, CARMEN, FELISA y GRACIA. Salen todas precipitadamente por la primera derecha.

TODAS

¿Qué ocurre? ¿Qué sucede? ¿Hay novedad?

CLOTILDE

Que esa habitación está ocupada. Se me había olvidado.

GASTÓN

Sí; mi señora no sabía... Pasen ustedes aquí... *(Señalando la primera izquierda.)*

CLOTILDE

No, aquí no.. (Han dejado los abrigos...) Aquí... á esta. Pasen ustedes. *(Abriendo la segunda izquierda.)*

CARMEN

Voy á recoger el neceser.

FELISA

Y los sombreros...

JACOBA

Y el papel de escribir... *(Vanse Felisa y Carmen por la primera derecha, saliendo á poco con el neceser, el papel y el sombrero de doña Jacoba.)*

CONCHA

Y abran ustedes el balcón, porque hemos dejado un olor á antiespasmódico...

CLOTILDE

No, no abran ustedes; yo abriré. *(Vase por la primera derecha.)*

FELISA

(Saliendo y á Carmen.) Nos ocultan algo.

CARMEN

(Idem á Felisa.) Voy creyendo que sí.

CONCHA

¿Están ustedes seguras de que ésta no está ocupada?

GASTÓN

No, no señora. *(Sale Clotilde de la primera derecha y cierra la puerta.)*

CONCHA

No nos den ustedes más sustos. *(Vanse todas por la segunda izquierda.)*

ESCENA XI

CLOTILDE, GASTÓN y después HILARIO, por la segunda derecha.

CLOTILDE

Yo las encierro. *(Va á la puerta segunda izquierda y echa la llave.)*

GASTÓN

¡Mujer! Hay que preguntar si quieren tomar algo... Hay que atender á todo.

CLOTILDE

Después... *(A Hilario que sale.)* ¡Hilario!

GASTÓN

Ven acá. ¿Estás sirviendo á la mesa á esos señores?

HILARIO

Sí; yo y Sebastián. Y ahora sí que se nota... Tienen una conversación...

GASTÓN

¿Sí, eh? Pues mira, le dices al caballero que está solo...

HILARIO

Sí, al que no hace más que comer.

GASTÓN

Que suba en seguida, que necesito hablarle; pero á él solo; que es un asunto... ¡Bueno, que necesito hablarle!

HILARIO

¡Qué más querrán los otros, que les dejen solos!... *(Vase Hilario por la segunda izquierda.)*

CLOTILDE

(Escuchando á la puerta.) ¡Pobrecitas! ¡Pues no están llorando! Y ellos mientras... ¿No es para matarlos?

GASTÓN

Ya lo pagarán, ya lo pagarán.

GRACIA

(Dentro.) ¡Abran ustedes!

CLOTILDE

Llaman.

GASTÓN

Quieren salir.

CLOTILDE

¡Ahora que sube el otro!

GRACIA

(Dentro.) ¡Abran ustedes!

GASTÓN

Abre. Bajaré yo...

CLOTILDE

(Abriendo la puerta.) Usted perdone. Cerré de golpe, y estas puertas...

ESCENA XII

Dichos, GRACIA y ÁNGEL, que sale por la segunda derecha y se encuentra con GASTÓN, que le impide el paso.

GRACIA

(Saliendo por la segunda izquierda.) Pues para una prisa...

ÁNGEL

¿Qué desea usted? ¿Quién me llama?

GASTÓN

No entre usted.

GRACIA

Esa voz... ¡Angel!

ÁNGEL

¡Gracia!

CLOTILDE

¡Se conocen!

GASTÓN

¡Son ellos!

CLOTILDE

Ya no hay duda. Cierro otra vez. *(Va á la puerta y echa la llave.)*

ÁNGEL

¿Cómo estás aquí?

GRACIA

Eso digo yo. *(A Gastón.)* ¿No decían ustedes que no estaban aquí?

GASTÓN

¿Pero usted también es casado?

GRACIA

No señor; es el joven que debía venir de blanco.

ÁNGEL

Vengo de mezclilla. ¿Pero cómo has venido aquí?

GRACIA

He venido temiendo que te hubiera ocurrido algo.

ÁNGEL

Un chichón nada más, un insignificante chichón. Caí sobre una señora gruesa...

GRACIA

¡Qué bonito modo de caer! Eso prueba que venías enfrente.

ÁNGEL

¡Mujer, si le debo la vida! Ha sido mi segunda madre y podía ser mi primera abuela. ¿Y tu tía?

GRACIA

Está aquí. Hemos venido con Carmen y con Felisa.

ÁNGEL

¿Eh? ¿Carmen? ¿Felisa?

GRACIA

¿Qué te pasa?

ÁNGEL

¡Ellas! ¡Y ellos!

GRACIA

¿Qué sucede?

CLOTILDE

Es para matarlos.

GASTÓN

¿Conque es verdad? Por eso le avisé á usted. ¿Sus amigos de usted son los maridos de esas señoras?

GRACIA

¿Qué dice?

ÁNGEL

Nada, nada... Gracita, por favor, que no sepan Car-

men y Felisa, que no sepa tu tía... que no se muevan... que no vengan... ¡Ay!

GRACIA

¿Pero quieres decirme?...

CLOTILDE

Sí, señorita. Vuelva usted con ellas, y deténgalas usted á todo trance. Diga usted que la cerradura es de resorte y que se ha perdido la llave. Cuando sea usted esposa comprenderá usted...

GRACIA

No comprendo nada. ¿Es que?...

GASTÓN

Que Emilio y Eduardo están aquí, y si sus mujeres los encuentran...

GRACIA

¿Están heridos?

ÁNGEL

Sí, eso; gravemente heridos. Que no sepan nada; que...

GRACIA

¡Pobrecillos! ¿Y es cosa grave?

ÁNGEL

Puede ser muy grave. (*Vase Gracia por la segunda izquierda. Clotilde vuelve á cerrar la puerta con llave.*)

CLOTILDE

(*A Angel.*) Corra usted á avisarles. Nosotros hemos dicho que solo había dos matrimonios en la fonda.

GASTÓN

¿Cómo se presentan ahora? ¿Cómo justifican su llegada?

ÁNGEL

Que no se presenten; que se larguen, que se escondan.

CLOTILDE

Eso es lo mejor.

GASTÓN

Si hubieran ustedes avisado... Esas cosas se advierten.

CLOTILDE

Es un descrédito para la casa.

ÁNGEL

¿Y á mí que me cuentan ustedes? ¿Y qué hago yo ahora con esas chicas? Van á endosármelas, como si lo viera. Y mi novia aquí, y su tía...

PEPITA Y PAQUITA

(*Dentro.*) ¡Angelito!... ¿Qué te pasa? ¿Te has perdido?

ÁNGEL

¡Que vienen!

GASTÓN

A buscarle á usted y escandalizando.

CLOTILDE

¡No faltaba más!

ÁNGEL

Voy, voy corriendo.

GASTÓN

Sí, vamos.

CLOTILDE

Yo cuidaré de las señoras. *(Vanse Angel y Gastón por la segunda izquierda.)*

ESCENA XIII

CLOTILDE, después GRACIA y doña JACOBA

GRACIA

(Dentro.) ¡Abra usted, abra usted!...

CLOTILDE

¡Que no hay quién las tenga encerradas!

GRACIA

(Dentro.) Abra usted. No hay cuidado.

CLOTILDE

¿Que no hay cuidado? Después de todo, ¡allá ellos! (*Abre la puerta.*)

JACOBA

(*Saliendo.*) ¿Conque están aquí? ¡Pobrecitos! ¡Y ustedes no querían decir nada!...

CLOTILDE

¿Nosotros?... Ya ve usted, siempre es desagradable...

JACOBA

¡Cuánto se lo agradezco á usted por esas pobres criaturas! Si de buenas á primeras se los encuentran heridos...

CLOTILDE

¿Qué dice usted?

GRACIA

Esta señora es la mamá política de uno de esos caballeros heridos.

JACOBA

Sí; yo puedo resistir el golpe. Figúrese usted si lo sentiré; pero al fin soy madre; debo hacerme superior para no acobardar á mi hija.

GRACIA

Ya ve usted, yo he creído que debía usted saberlo. No será tan grave, ¿verdad?

JACOBA

¿Están bien asistidos? ¿No les hará falta nada?

CLOTILDE

Si el caso es que... Verá usted; no es que estén heridos; es...

JACOBA

¿Será conmoción de las vísceras? Eso puede tener muy malas consecuencias. Gracia, vuelva usted con mi hija. Entreténgalas usted. Yo quiero verlos. ¿Dónde están? Lléveme usted. Tendré valor. Pero esas criaturas que no sepan nada hasta que yo vea...

GRACIA

Descuide usted. *(Vase por la segunda izquierda.)*

JACOBA

(A Clotilde.) Lléveme usted, señora.

CLOTILDE

Si yo... No sabe usted...

ESCENA XIV

Dichas y doña CONCHA por la segunda izquierda.

CONCHA

Venga usted... A Felisa le ha dado un ataque... Yo me asusto mucho.

CARMEN

(Dentro.) ¡Mamá! ¡Mamá!

JACOBA

¡Ay! ¡Mi hija!... Voy, voy... Prepárelos usted... Que sepan que nos tienen aquí... que suceda lo que suceda estaremos á su lado. *(Vase por la segunda izquierda. Clotilde la acompaña y sale á su tiempo.)*

ESCENA XV

EDUARDO, ANGEL y GASTÓN por la segunda derecha.

EDUARDO

¡Pero qué ingenioso eres, hombre; también quieres dártelas de autor!... ¿No se te ha ocurrido otra broma?

ÁNGEL

¡Dale, que no es broma! ¡Buena está la broma!

GASTÓN

No es broma, no señor...

EDUARDO

Me alegro tanto. Y le advierto á usted que si á un amigo puedo tolerárselo, usted no tiene confianza conmigo...

GASTÓN

¡Caballero!

CLOTILDE

(Saliendo y cerrando la puerta, sin echar la llave.) ¿Qué ocurre?

GASTÓN

Que este caballero no cree que está aquí su mujer...

ANGEL

Dice que es una bromita mía... nuestra...

EDUARDO

¡Claro está! Para desquitarte de tu papel de desairado...

ÁNGEL

Corriente. Es una broma, ya verás la broma; si te encuentras de manos á boca con tu mujer... Ya te hemos avisado.

GASTÓN

Se le ha avisado á usted.

EDUARDO

¡Que á usted no le tolero bromas! ¿Conque á mi mujer? ¿Porqué no te dedicas á escribir comedias de enredo? ¡Mi mujer!

CLOTILDE

Sí señor, sí; su pobrecita mujer...

EDUARDO

¿Usted también? Advierta usted á su señora, ó lo que sea...

GASTÓN

¿Cómo lo que sea?

CLOTILDE

¡Insolente!

ÁNGEL

¡Señores! Tengan ustedes en cuenta que está algo... No hagan ustedes caso...

EDUARDO

¿Conque mi mujer? ¡Qué casualidad! Después de nuestros telegramas, lo que menos se le ha ocurrido á mi mujer es presentarse aquí. Dijimos que salíamos para Madrid. Si no se te ocurre otra broma...

ÁNGEL

¿Pero ven ustedes? Que hablo en serio, muy en serio.

GASTÓN

No es broma, no señor.

CLOTILDE

¿Tiene cara mi marido de gastar una broma?

EDUARDO

(Chillando.) Bueno, bueno. Pues si está mi mujer que venga, que me oiga. Aquí está don Juan Tenorio.

ÁNGEL

(Tapándole la boca.) ¡Calla, desdichado!

ESCENA XVI

Dichos y doña JACOBA por la segunda izquierda.

JACOBA

¡Azahar, un poco de azahar!... ¿Usted? *(Asombrada.)*

EDUARDO

(Aterrado.) ¿Usted? ¡Ah!

ÁNGEL

(Aparte á Eduardo.) (¡Era broma!).

JACOBA

¿Y mi yerno?

BDUARDO

¿Emilio?... Bueno, gracias

JACOBA

De modo que no ha sido nada... Digo, usted por lo menos...

ÁNGEL

(Aparte á Eduardo.) (Dí que te duele algo.)

EDUARDO

¡Ay!

JACOBA

Y Felisa que está con un ataque...

CLOTILDE

Voy por azahar. (*Vase foro derecha.*)

GASTÓN

(*A Eduardo, aparte.*) (Le está á usted muy bien empleado.)

ÁNGEL

Ahora falta que el otro tampoco me haga caso. Ya es inútil que se esconda; sería peor.

GASTÓN

Que salga del paso como pueda. (*Vanse Angel y Gastón por la segunda derecha.*)

ESCENA XVII

Doña JACOBA y EDUARDO

JACOBA

Y Emilio no tiene tampoco más que unas erosiones..

EDUARDO

Ligeras erosiones, muy ligeras...

JACOBA

Pero el susto no se lo habrá quitado á ustedes nadie.

EDUARDO

El susto, el susto ha sido terrible. No tiene usted

idea. El tren descarrilado en el túnel... todo obscuro, muy obscuro, las señoras gritando... sin saber porqué... los hombres renegando de nuestra suerte y de la Compañía y del Gobierno... ¡Un cuadro horrible! ¿No ha descarrilado usted nunca?

JACOBA

No señor.

EDUARDO

¡Qué lástima! Porque no puede usted comprender lo que es eso.

JACOBA

Lo que no comprendo es porqué nos dijeron que no estaban ustedes aquí, que solo había dos matrimonios en la fonda... y nadie más.

EDUARDO

¿Dos matrimonios?

JACOBA

Sí; dos matrimonios que almorzaban en el jardín con otro caballero... ¿Porqué los negaron á ustedes si no estaban heridos?

EDUARDO

(*Aparte.*) (Esta señora está escamada.)

JACOBA

¿Porqué los negaron á ustedes?

EDUARDO

¿Negaron?... No... Una confusión del fondista. El vio á tres caballeros y dos señoras... y es claro... como no

era cosa de explicarle, supuso ¿eh? supuso que eran dos matrimonios y un caballero solo, y era al contrario... dos caballeros solos, que éramos nosotros, y un matrimonio, que era ese amigo nuestro que nos acompañaba en el viaje y las dos señoras...

JACOBA

¿Un matrimonio con dos señoras?

EDUARDO

No... un matrimonio compuesto de marido, que es ese joven que ha visto usted aquí; nuestro mejor amigo, Angel Tordesillas... Un ángel, un verdadero ángel. La señora... otro ángel... y una hermanita de la señora, que los acompañaba en su viaje; se dirigen á San Sebastián; entraron en el mismo departamento que nosotros, descarrilamos juntos; con ese motivo intimamos más todavía; las señoras asustadas no estaban en condiciones de seguir el viaje; su esposo, nuestro amigo, decidió que descansaran aquí... y nosotros nos ofrecimos á acompañarlos... Pensábamos volver á Madrid y por eso pusimos el telegrama; pero, ¿cómo dejarlos después de las atenciones que han tenido con nosotros?... Esa es la historia de nuestro accidentado viaje; pero el fondista, claro, ¿qué sabe un fondista? vió dos señoras, tres caballeros, y no pensó más... Dos matrimonios... A un fondista no se le puede pedir que discurra mejor. Ahí tiene usted, doña Jacoba... Y ustedes... y ustedes... no me ha dicho usted nada de ustedes.

JACOBA

Lo nuestro es más sencillo y más natural. No es de teatro.

EDUARDO

(*Aparte.*) Esta señora está reacia, parece público de estreno.

JACOBA

Lo principal es que no haya sido nada.

EDUARDO

Nada, nada. El susto.

JACOBA

Y como no es cosa de prolongar la angustia de mi hija y de la pobre Felisa, voy á decirles la verdad.

EDUARDO

¿La verdad?

JACOBA

Sí; que están ustedes aquí; que están ustedes buenos... ¡Carmen! ¡Felisa! ¡Hijas mías! (*Vase por la segunda izquierda.*)

ESCENA XVIII

EDUARDO, PEPITA. Después ÁNGEL.

PEPITA

(*Saliendo por la segunda derecha.*) ¿Pero qué va á ser esto? ¡Vaya una guasa!

EDUARDO

¿A qué vendrá ésta?

PEPITA

¡Qué mala sombra!

EDUARDO

¡Vete! ¡Calla!

PEPITA

¿Y porqué he de irme yo?

ÁNGEL

(Sale corriendo por la derecha.) Vengo sin aliento. ¿No te dije que no subieras?

PEPITA

¿Pero nos vais á tomar el pelo?

ÁNGEL

¡Calla! ¡Calla!

EDUARDO

¡Que viene mi mujer!

PEPITA

¿Su mujer? ¡Me alegro tanto! *(Se sienta.)* Es usted muy bromista.

ÁNGEL

¡Mire usted que empeñarse en que yo estoy de broma....

EDUARDO

¡Como tienes ese modo de decir las cosas, con esa cara de pánfilo!

ÁNGEL

¿Cómo queréis que diga las cosas para tomarlas en serio; con latiguillo, como en los dramas?

EDUARDO

Que tú tienes que sacarnos del apuro.

PEPITA

¿Y para esto nos habéis retrasado el viaje?...

ÁNGEL

¿Yo, del apuro? ¿Y mi novia y su tía?

EDUARDO

¿Tu novia?

ÁNGEL

Sí; mi novia, mi novia... á quien no voy á engañar antes de casarme... como vosotros...

ESCENA XIX

Dichos, doña JACOBA, CARMEN y FELISA, por la segunda izquierda.

JACOBA

Ahí lo tienes... ¡respira!

FELISA

¡Eduardo, Eduardo de mi alma!

EDUARDO

¡Felisa! ¡Felisita! ¡Ileso, ileso!...

FELISA

Creí que no volvía á verte.

CARMEN

¿Y Emilio? ¿Dónde está Emilio?

JACOBA

Este caballero sabrá...

ÁNGEL

Sí, venga usted conmigo... *(Aparte.)* (Si puedo avisarle.) Venga usted conmigo. *(A Pepita.)* Tú no digas nada.

PEPITA

¿Pero es verdad? ¡Sus mujeres!

ÁNGEL

Venga usted conmigo, señora... El brazo.

CARMEN

Muchas gracias. *(Se van del brazo los dos por el foro derecha.)*

ESCENA XX

Dichos menos CARMEN y ÁNGEL

PEPITA

(Aparte.) Yo no sé qué cara poner.

FELISA

¡Y nos dijeron que no estábais aquí!.. ¡Qué torpes! ¡Cuidado que dimos vuestras señas!

EDUARDO

Ya te habrá dicho doña Jacoba...

JACOBA

Sí; se lo he contado todo. Esa señora es...

EDUARDO

Sí...

PEPITA

(*Aparte.*) (Ahora entro yo. ¿De qué entraré?)

EDUARDO

La señora de mi amigo, de mi mejor amigo, Angel Tordesillas...

FELISA

Tanto gusto...

PEPITA

(*Aparte.*) (Me han casado.)

EDUARDO

Muy emocionada todavía... del susto...

FELISA

Ya lo creo... habrá sido terrible...

EDUARDO

Se ha quedado sin habla.

PEPITA

Sí señora; no sé qué decir.

JACOBA

¿Y su hermana de usted?

EDUARDO

¿Su hermana?... Muy emocionada también. Mi mujer también se ha emocionado mucho.

JACOBA

Es día de emociones.

ESCENA XXI

Dichos y ÁNGEL por la segunda derecha.

ÁNGEL

Dejo á los dos esposos reunidos. ¡Qué escena!

JACOBA

¡Pobre hija mía! Ya se creía viuda.

ÁNGEL

(Bajo á Eduardo.) ¿Cómo has salido del paso?

EDUARDO

Admirablemente. Por algo es uno autor.

FELISA

(A Angel.) Su esposa de usted, todavía está muy emocionada...

ÁNGEL

¿Eh?

EDUARDO

Sí, tu mujer; ya se conocen; yo las he presentado... *(Bajo á Angel.)* Finge, finge.

ÁNGEL

Sí; figúrese usted. Es para asustarse... (Qué has hecho.)

EDUARDO

(No había otro medio.)

PEPITA

(A Felisa.) Muchas gracias, ya he tomado tila y azahar...

EDUARDO

(A Angel.) Pero ¿qué te sucede?

ÁNGEL

Que sois unos imbéciles, que Emilio ha tenido la misma idea que tú y le ha dicho lo mismo á su mujer.

EDUARDO

Mejor; así no nos cogerán en mentira.

ÁNGEL

Eso crees tú... ¿No ves que él ha presentado como mi mujer á la otra?

EDUARDO

¿A Paquita?

ÁNGEL

Me habéis adjudicado dos mujeres.

EDUARDO

¿Y cómo se arregla? ¡Dos mujeres!

ÁNGEL

Como en la zarzuela. ¡Os habéis lucido! ¡Qué falta de inventiva!

FELISA

De modo que iban ustedes á San Sebastián por una temporada...

PEPITA

Por treinta funciones, por treinta baños...

EDUARDO

¿Cómo se deshace el error?

ÁNGEL

¡Imposible! Soy bígamo... ¡Ay! mi segunda, digo, mi primera... Ahora es ella, digo, ellas...

JACOBA

(Aparte.) Me parece que mi yerno y su amigo... han colaborado.

ESCENA XXII

Dichos, CARMEN, PAQUITA y EMILIO, por la segunda derecha.

CARMEN

¿Has visto, Felisa, has visto qué sorpresa?

FELISA

¡Ya lo creo!

ÁNGEL

Estas sorpresas no son para todos los días.

CARMEN

Todo lo doy por bien empleado, porque he tenido el gusto de conocer á su esposa. ¡Qué simpática! ¡Qué distinguida!

ÁNGEL

(A Pepita.) (Ni un movimiento.)

EDUARDO

(A Pepita.) (Como si no fuera contigo.)

FELISA

Sí; es encantadora...

CARMEN

¿Te ha presentado antes?

FELISA

¡Ya lo creo! A quien no tengo el gusto de conocer es...

CARMEN

Como yo, á su hermana. Preséntеme usted.

FELISA

Y á mí también.

ÁNGEL

(Ahora es cuando descarrilamos.)

EDUARDO

(A Emilio.) Todo por ti.

EMILIO

¿Por mí?

EDUARDO

No se te ocurre nada.

ÁNGEL

Pues ya se conocen ustedes... La una es mi señora, y la otra su hermana... *(Sin señalar á ninguna.)*

FELISA

Tanto gusto...

CARMEN

Un verdadero placer...

JACOBA

(Aparte.) ¡Qué groseras!

EMILIO

¿Qué me dices? ¡Las dos! *(A Eduardo.)*

FELISA

No pueden ustedes negar que son hermanas.

ÁNGEL

No; no pueden negarlo. Y se quieren tanto, no saben estar separadas. Yo me hago cuenta de que me he casado con las dos...

CARMEN

Pues es raro llevarse bien con una cuñada.

PEPITA

Muy raro.

ÁNGEL

(Bajo á Paquita y Pepita.) No soltéis prenda.

PAQUITA

¡Angel es tan bueno!...

PEPITA

Muy bueno...

FELISA

(A Angel.) No se quejará usted. Su esposa y su cuñada están de acuerdo en apreciarle.

EDUARDO

(Esto marcha.)

JACOBA

¿Y no tienen ustedes hijos?

PEPITA

(A Angel.) (¿Quién contesta?)

CARMEN

Mamá, si están recién casados.

ÁNGEL

Recién, sí, señora, recién... (Rediez iba á decir.)

FELISA

(A Pepita.) ¿Le gustan á usted los niños?

PEPITA

Mucho.

CARMEN

Entonces se alegrará usted de tener sobrinos.

ÁNGEL

¡Ya lo creo! y de los que tenga su hermana... (Este es el juego de los despropósitos.)

FELISA

(A Paquita.) Ya oye usted á su hermana. Desea tener hijos y sobrinos...

ÁNGEL

Sí; de todo, de todo... Mi cuñada está también para casarse.

FELISA

(A Paquita.) ¿Sí?

CARMEN

(A Pepita.) ¿De veras?

ÁNGEL

Sí; pero seguiremos viviendo en familia.

FELISA

Da gusto ver á dos hermanas tan unidas...

ÁNGEL

(Yo no puedo más.)

EDUARDO

(Vamos saliendo.)

EMILIO

(A Eduardo, aparte.) (Este Angel es más que un ángel; es nuestro ángel custodio.)

JACOBA

Pero hemos dejado solas á doña Concha y á su sobrina. ¿Qué dirán de nosotras? Voy á llamarlas.

ÁNGEL

(A Eduardo.) (Que no vengan.)

EDUARDO

No, no las llame usted.

FELISA

¿Porqué?

EDUARDO

Estamos tan bien... estamos en familia...

EMILIO

Que no vengan.

JACOBA

Me parece una grosería...

EMILIO

Vaya usted, pero que no vengan... Doña Concha es muy antipática y su sobrina es una loca...

ÁNGEL

(Bajo á Emilio.) Que es mi novia.

CARMEN

¡Pobrecilla! ¡Ella que esperaba á su novio!

FELISA

Y creía encontrarle aquí.

CARMEN

¡Contenta está la tía con el tal novio! Dice que es un pelagatos.

EDUARDO

(A Angel.) Contente, por favor...

FELISA

Eso dice. Para lo que ella se merece...

ÁNGEL

(Que me hieren en los más caros afectos.)

CARMEN

Pero tiene razón mamá. Están solas. Vamos con ellas *(á Pepita y Paquita);* vengan ustedes también... Si es que no tiene usted inconveniente en dejar un momento á su esposo...

ÁNGEL

Un momento...

FELISA

(A Paquita.) ¿Qué dice usted? Es un modelo de maridos...

CARMEN

(A idem.) No encontrará usted uno igual para su hermana... *(A Pepita.)* Ni usted un cuñado mejor...

FELISA

(A Pepita.) Un marido mejor, imposible...

ÁNGEL

(Vuelven los despropósitos.)

JACOBA

Pasen ustedes.

PEPITA

(A Paquita.) ¿Qué hacemos?

PAQUITA

¿Qué hemos de hacer? Si yo lo hubiera sabido...

PEPITA

¡Vaya un bromazo! (*Vanse todas por la segunda izquierda.*)

ESCENA XXIII

EDUARDO, EMILIO y ANGEL. Los tres caen sentados.

EDUARDO

¡Uf!

EMILIO

¡Ah!

ÁNGEL

¿Y yo? ¿Y yo qué debo hacer? ¿Os parece bien comprometerme... hacer de mí?... no quiero decir lo que habéis hecho de mí. Y en presencia, casi en presencia de mi novia, pasar por casado... más que por casado.

EDUARDO

Etcétera, etc... Déjate de recriminaciones... Lo que debes pensar es en el modo airoso de marcharnos de aquí cada uno por su lado; nosotros con nuestras mujeres y tú... con las tuyas...

EMILIO

Eso es, antes de que se enteren las nuestras.

EDUARDO

O de que metan la patita las tuyas.

EMILIO

Y que no vuelvan á saber de ti.

EDUARDO

Ni de ellas.

EMILIO

Sacrifícanos tu amistad en aras de la paz doméstica.

ÁNGEL

Eso es, ¿queréis que me vaya á San Sebastián? ¿Queréis que baile en Actualidades? ¿Queréis que cante la *Pulga?*... No, y en San Sebastián es lo más á propósito.

EDUARDO

Queremos que nos salves de un disgusto conyugal.

EMILIO

Del primero, que es el que debe evitarse.

EDUARDO

Completa tu obra.

EMILIO

Redondéala...

ÁNGEL

¿Y no os advertí á tiempo y lo echásteis á broma? Y luego, ¿á quién se le ocurre no encontrar otro recurso para salir del paso que colgarme una mujer de cada brazo?...

EDUARDO

No había otro... Dos matrimonios... tres hombres... dos señoras... no había otra combinación posible...

ÁNGEL

¡Silencio!... Faldas en puerta...

ESCENA XXIV

Dichos, CARMEN y FELISA, por la segunda izquierda.

ÁNGEL

¡Vuestras mujeres!

CARMEN

¡Qué simpática es su esposa de usted!

FELISA

Y su cuñadita.

CARMEN

Ya parece que se les ha pasado el susto.

FELISA

Sí, están muy animadas.

EDUARDO

(Aparte.) (Habrán soltado alguna de las suyas.)

CARMEN

(A Angel.) Con su permiso. Emilio, esposo mío, ver acá....

FELISA

(A Angel.) Usted perdone... Eduardo, oye...

ÁNGEL

(Estas se han enterado.)

CARMEN

(Bajo á Emilio.) Es usted un infame.

EMILIO

¿Eh?

CARMEN

¡Chist! No se dé usted por entendido. Estoy enterada... disimulo porque la pobre Felisa no sabe nada, pero yo sí... yo sí.

EMILIO

¿Pero qué sabes?

CARMEN

No se disculpe usted. Ha muerto usted para mí... ¡Chist!... ¡Pobre Felisa! ¡Que ignore que la misma desgracia nos une!... Ella todavía puede ser feliz.

EMILIO

Pero...

CARMEN

Disimule usted, caballero; disimule usted; le sobra á usted cinismo para ello. *(Siguen hablando bajo.)*

FELISA

(A Eduardo, que ha estado hablando bajo con él.) Todo ha concluído... He muerto para usted. No replique usted; no invente usted una nueva farsa... ¡Pobre Carmen! Ella puede ser dichosa todavía, no sabe como yo...

EDUARDO

¡Felisa!

FELISA

Disimule usted... que no se entere .. finja usted como yo... ¿No ve usted cómo me río? *(Riéndose.)*

CARMEN

(Con risa fingida.) ¡Qué gracioso; pero qué gracioso!... ¡Pobre Felisa! se ríe.

FELISA

(¡Pobre Carmen! ¡Es feliz!)

ÁNGEL

(¡Vaya!, pues están muy contentas; yo que temía... Son más tontas las mujeres de lo que uno cree.)

ESCENA XXV

Dichos y doña JACOBA por la segunda izquierda.

JACOBA

¡Felisa, Carmen! doña Concha quiere volver á Corraliza. ¿Qué habéis decidido?

FELISA

Marcharnos todas juntas.

*

JACOBA

(A Emilio y Eduardo.) ¿Y ustedes también?

CARMEN

No, no; vuelven á Madrid... Tienen que ensayar... Nosotras vamos á arreglarnos. *(Bajo á Emilio.)* Cada uno por su lado...

FELISA

(Bajo á Eduardo.) Separados para siempre. *(Vanse Carmen y Felisa por la segunda izquierda.)*

ESCENA XXVI

Dichos, menos CARMEN y FELISA.

JACOBA

Ahora que estamos solos... *(A Angel que se separa.)* No, no es secreto. A usted también la conviene oirlo. Les diré á ustedes que su conducta con esos ángeles es...

EDUARDO

¿Usted también?

EMILIO

Tres reprensiones privadas...

EDUARDO

No, no; es mejor una sola y pública. Usted sabe... Felisa sabe...

EMILIO

Carmen lo sabe...

ÁNGEL

Lo saben... Ya decía yo... Las mujeres no son tan tontas como uno cree.

JACOBA

Y ustedes dirán lo que merecen.

EDUARDO

Señora, comprenda usted... No somos culpables; un accidente del viaje...

EMILIO

Los autores conocemos por necesidad á gente de todas clases... Se trata de unas artistas...

EDUARDO

Usted es viuda de un autor... Su esposo de usted...

JACOBA

Mi esposo nunca hizo género chico.

EDUARDO

Señora, por favor, no añada usted leña al fuego.

EMILIO

Sea usted grande...

ÁNGEL

Sea usted madre, antes que madre política.

ESCENA XXVII

Dichos, CARMEN, FELISA, doña CONCHA y GRACIA. Salen todas por la segunda izquierda con los abrigos y sombreros puestos.

EDUARDO

¡Felisa! Voy contigo.

EMILIO

Nos vamos juntos á Corralizas.

JACOBA

¿Conque estábais enteradas de todo?

CARMEN

¿Tú lo sabes?... ¡Mejor!

GRACIA

Yo se lo dije á ustedes... una por una... porque no puedo consentir que paguen justos por pecadores.

EDUARDO

¡Ah! ¿Fué usted?

GRACIA

Yo se lo dije en secreto.

EMILIO

En secreto á todas...

GRACIA

Mi tía era capaz de creer que mi novio tenía parte en los enredos de usted... y Angel es inocente.

ÁNGEL

¡Soy inocente!

CONCHA

Usted es un trapisondista como sus amigotes.

GRACIA

¡Tía!... Discúlpate; dí que eres inocente.

ÁNGEL

¡Soy inocente, soy inocente! Pero cualquiera me lleva por donde quiere...

CONCHA

¿Y le parece á usted que eso es garantía para una mujer?

ÁNGEL

Ella me llevará por donde quiera.

CARMEN

¡Que no perdono, que no perdono!

FELISA

¡En mi vida, en mi vida, en mi vida!

EDUARDO

Doña Jacoba, interceda usted.

EMILIÒ

¡Mamá!...

JACOBA

¡Vaya, tampoco debéis ser así! Después de todo hemos llegado á tiempo... ¿y qué marido no descarrila alguna vez? En el viaje matrimonial, nuestro papel... ¡pobrecitas mujeres! es el de guarda-agujas. ¡Vaya, vaya! Pidan ustedes la cuenta y volvamos todos al pueblo.

ÁNGEL

Sí... ¡Mozo, mozo!... ¡La cuenta! *(Llamando.)*

CARMEN

¡No, no, no!

FELISA

¡Nunca, nunca, nunca!...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, HILARIO. Después GASTÓN. Los dos salen por la segunda derecha.

HILARIO

¿Qué desean ustedes?

ÁNGEL

¡La cuentecita!

GASTÓN

(Saliendo con un papel en la mano.) Aquí está.

ÁNGEL

No se descuidan.

GASTÓN

Por si tenían ustedes que salir de prisa y corriendo... Vea usted.

ÁNGEL

¡Ah! ¿Es la suma?

GASTÓN

Y un suplemento. El gasto que pueden hacer esas señoritas antes de marcharse.

ÁNGEL

Esas señoritas... que lleven feliz viaje.

EDUARDO

¿Qué es eso?

ÁNGEL

Tomad. (*Dando la cuenta á Eduardo y Emilio.*) Ese será vuestro castigo.

GASTÓN

Me parece... No dirán ustedes...

ÁNGEL

Nada... Ya puesto, ha podido usted asesinarnos. Es usted digno de andar en romances.

JACOBA

Así aprenderán ustedes lo que cuesta esa vida...

ÁNGEL

Ahora debéis escribir una obrita con este asunto, y si gusta... con cien representaciones no pagáis la cuenta.

EDUARDO

Es una idea... ¡No hay que desperdiciarla!

EMILIO

Y si somos aplaudidos...

CARMEN

Eso podéis desear...
Y que el tren de los maridos
no vuelva á descarrilar.

FIN DE LA COMEDIA

ÍNDICE

Págs.

Amor de amar (comedia en dos actos). 7
¡Libertad! (comedia en tres actos de S. Rusiñol). . . 75
El tren de los maridos (comedia en dos actos). . . . 173

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

TEATRO

Tomo primero.

El nido ajeno (comedia en tres actos, en prosa). *Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo segundo.

Don Juan (comedia de Molière en cinco actos). *La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un

cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo tercero.

Cuento de amor (Twelfth night or what you will), de Shakespeare, comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo cuarto.

Modas (sainete en un acto).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo quinto.

La gobernadora (comedia en tres actos).—*El pri-*

mo Román (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo sexto.

Amor de amar (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—Precio: 3,50 pesetas.

EN PRENSA

Tomo séptimo.

Los favoritos (comedia en un acto).—*Alma triunfante* (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (novela escénica en cinco cuadros).

Tomo octavo.

El hombrecito (comedia en tres actos).—*Por qué se ama* (comedia en un acto).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Al natural* (comedia en dos actos).

Tomo noveno.

La casa de la dicha (drama en un acto).—*No fumadores* (entremés en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).

Tomo décimo.

Richelieu (drama en cinco actos, de Bulwer Lytton).—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna), comedia en cuatro actos.

Teatro fantástico. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

EN PREPARACIÓN

En Madrid y en varias casas (novela).

Para los pedidos de estas obras dirigirse á D. Antonio López Gómez-Salas, Alcalá, 172 (Pasaje Moderno, hotel núm. 5), Madrid; y en Barcelona á los Sres. Toledano López y C.ª, Elisabets, 4, librería.

Se acabó la impresión de este
tomo VI, en el Establecimiento
tipográfico de Fortanet,
el 20 de Septiembre
de 1904.

BINDING STAT JUL 9 1974

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
V.6
C.1
ROBA